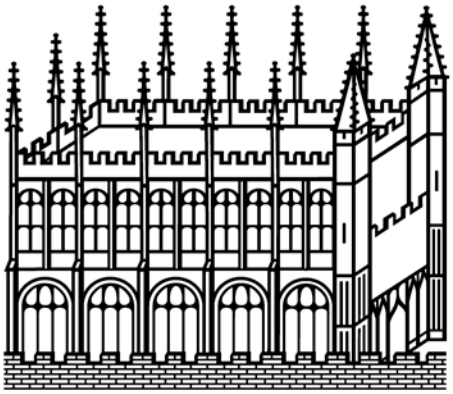


Bodleian Libraries

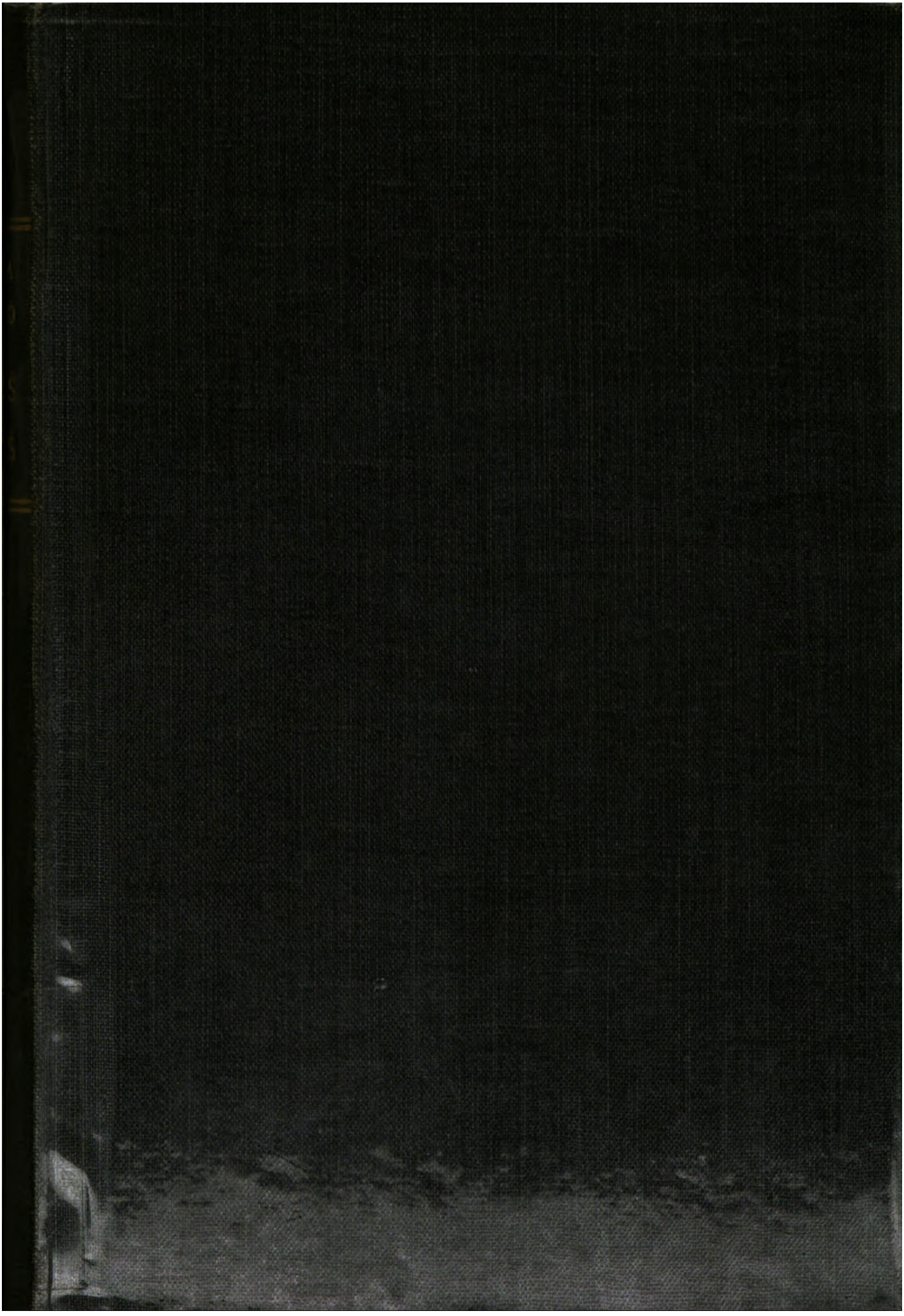
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



300163004H

NM.CAS7
5 FOL
D3

MODERN LANGUAGES FACULTY LIBRARY
TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY OF OXFORD

This book should be returned on or before the date last marked below.

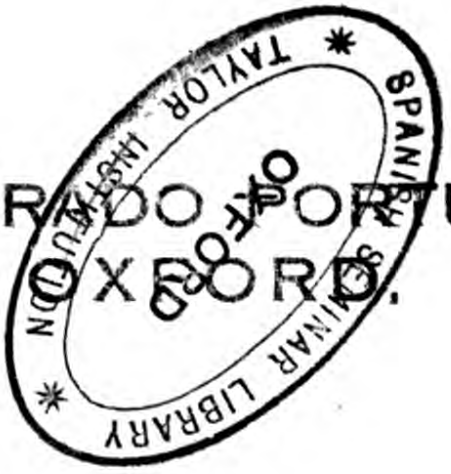
11. FEB. 1963
-8. JUL. 1963
-2 JUN 1966
22 MAY 1967
31 OCT 1967
27 NOV 1967
29 APR 1968
12 JUN 1968
27 APR 1968
15 NOV 1970
-9 NOV 1970
30.6.75

18. MAY 1976
9. FEB. 1980
30 OCT. 1987
18 NOV. 1987
27. JAN. 1990
10. FEB. 1990

21 OCT 2002
19 MAY 2005

If this book is found please return it to the abr address—postage will be refunded.

LEITORADO PORTUGÊS
OXFORD.



FOLLAS NOVAS

OBRAS COMPLETAS

DE

ROSALÍA DE CASTRO

II

FOLLAS NOVAS

PRÓLOGO DE

EMILIO CASTELAR

NUEVA EDICIÓN

Leitorado de Portugués
OXFORD
Taylor Institution

MADRID
1933

ES PROPIEDAD

Imp. J. Pueyo Luna, 29.
Teléf. 10864 — MADRID

Á OS SEÑORES D'A XUNTA DIREUTIVA

E MÁIS INDIVIDUOS QUE COMPOÑEN A

SOCIEDADE DE BENEFICENCIA

D'OS NATURALES DE GALICIA
N-A HABANA

Un sentimento de gratitude faime hoxe dedicarlles este meu libro. O día en q'os fillos de Galicia levaban a cabo n-A Habana un d'os seus máis groriosos feitos (permítaseme chamarlle así, porque tal o creio); o día en que antre o aplauso de todos fundóuse en tan lexana rexión a SOCIEDADE DE BENEFICENCIA D'OS NATURALES DE GALICIA, *houbo quen quiso santifica-l-o ô seu modo volvendo pra a sua patria os ollos y o corazón, unindo n-aquela obra de patriotismo o recordo d'un libro que foi tamén o exaltado froito d'amor ô noso país.*

O xuntar os nomes d'os fundadores d'a SOCIEDADE *ó de a autora d'os* CANTARES GALLEGOS (*cousa que lles agradecín, porque me vía ansí unida â obra de caridade máis grata ô meu corazón*), *xa sei que non foi máis que como unha expresión d'amor pra a patria ausente, que eu cantara, xa que non en bos versos, ô menos en versos afertunados. Sei-n-o ben; mais non por*

eso deixo de ter n-o que val aquel recordo, e de crêrme obrigada á dar á esa SOCIEDADE *unha púbrica moestra d'o meu agradecemento, xa que púbrica foi tamén a proba de estimación que á sua vez me deron n-aquel día os meus paisanos n-A Habana.*

Reciban, pois, a dedicatoria de este meu novo libro: trata d'as cousas d'a terra, e vai escrito n-a nosa lengoa. Recíbana, non pol-o que val, sinon pol-o que significa.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA,

Socia honoraria d'a *Sociedade de Beneficencia d'os naturalcs de Galicia n-A Habana.*

Santiago, 23 febreiro 1880.

PRÓLOGO

Nada me complace tanto en la vida como recorrer las regiones que componen el territorio de nuestra España y contemplar los monumentos que despiertan la memoria de nuestros padres. Los tiempos pasados se avivan y resucitan en el escenario donde sus tragedias sucedieron. El alma de los muertos vuelve, a los conjuros y evocaciones del recuerdo, como para buscar el origen de venturas o desventuras trascendentes a su nombre en el mundo y a su reposo en la eternidad. Enseña más sobre el destino de Roma un paseo por la Vía Apia, bordada de sepulcros, que un estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito. Cuentan más Historia de España las piedras mudas de la catedral de Toledo que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. Los campos de Montiel llevan aún la maldición del fratricidio de los Trastamaras; las ruinas de Poblet, cubiertas de ortigas, guardan aún las sombras augustas de los reyes de Aragón; las alturas del puerto de Muradiel revelan a los ojos más vulgares las glorias a ellas unidas como la luz a los soles; el pico de Monserrat refleja las retinas de los navegantes catalanes del Mediterráneo, que lo saludaban arrobados en sus fabulosas expediciones al oriente de Europa; las rejas de Granada parecen el poema de la guerra santa y de la reconquista nacional, y apenas hay un rincón de la Península donde los espectáculos de la

Naturaleza no estén realzados por las grandiosas escenas de la Historia.

En mi calidad de historiador he contemplado mil veces los escenarios principales de los hechos históricos, y no he visto, sin embargo, aquellos donde nuestras crónicas modernas comienzan, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el poema de la Reconquista se inicia, y el habla española balbucea sus primeras palabras, y el grito de ¡Dios y Libertad! resuena, y la capilla de Covadonga señala como la letra inicial de nuestras victorias, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe abortado por los desiertos hacia el Mediodía y al normando abortado por los mares hacia el Norte; y por doquier, así en los primitivos dialectos, de incomparable dulzura, como en las iglesias románicas, de indecible severidad, se sienten aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna; ¡ah!, no he visto, decía, ni Asturias ni Galicia.

¡Y cuántas veces heme fingido estas tierras en mi imaginación y he tratado de resucitarlas y de describirlas tales como las veía interiormente! Sobre todo, esa extraña y desconocida Galicia me llamaba con sus innumerables atractivos y aparecía verde y húmeda, ceñida de espumas oceánicas, tapizada de inacabables prados, llena de colinas en cuyas alturas sombrea el bosque y a cuyos pies brilla la floresta, esmaltada por sus rías y por sus puertos, semejantes a tranquilos lagos, cubierta de castañares y de naranjales, con sus mares verdes y sus horizontes recamados de arreboladas neblinas, como una especie de Escocia meridional española, muy apropiada, cual la Escocia británica del Norte, a la poesía, y al cántico, y al sentimiento de la Naturaleza.

¡Y será de ver aquella catedral, a la que volvían sus ojos los moribundos en toda la Edad Media, e iban, hasta del seno de la Bulgaria y de Rusia, los

peregrinos en gran muchedumbre a ganar el perdón de sus culpas con poner los labios en las losas de su pavimento! ¡Y el alma se quedará extática en su puerta de la Gloria, pintada de tantos colores, y entre cuyos iris, semejantes a los matices de la oración, y entre cuyos dorados, semejantes a los resplandores de inmaculado éter, revolotean las innumerables figuras como místicas mariposas venidas de las flores del cielo, y surgen las estatuíllas como mensajeras encargadas de elevar a las alturas celestiales las constantes aspiraciones que a lo infinito siente en su eternal carrera nuestro pobre y obscuro planeta! ¡Cómo caerán las sombras por aquellas recatadas capillas, antiguo albergue de las peregrinaciones y término santo de largo y proceloso viaje! ¡Cómo resonará por aquellas bóvedas el grito que los guerreros han proferido en Clavijo, en Calatañazor, en las Navas, en Tarifa; el grito que invocaba al Apóstol y lo traía al frente de nuestros ejércitos en su blanca cabalgadura apocalíptica! Jerusalén, Roma, Compostela, eran por aquellos tiempos de fe como las tres gradas espirituales por donde la pobre humanidad podía subir hasta ver frente a frente las tres personas de la Trinidad Santísima.

Y después de haberse confortado el ánimo con estos santos recuerdos, ¡cómo se comunicará con la Naturaleza! Ya sé por experiencia que no puede pedírsele al Norte el color de nuestras tierras meridionales y la línea inflamada que rodea como de una aureola esplendente las aristas de la Giralda y las estrías del Parthenón. Ya sé que nuestro paganismo clásico, nuestra forma plástica, nuestro relieve escultórico, los secos torrentes en que la adelfa se corona de rosadas flores y la palma se cimbrea al soplo abrasador del simoun, jamás se encuentran en los campos eternamente verdes que el Océano riega

con sus evaporaciones continuas y con sus lluvias benéficas, y que la niebla envuelve en sus velos de gasa. Pero será de ver el campo, tranquilo como los idilios de Teócrito; el prado, a la continua reverdecido por una primavera perpetua; los bosques de frutales, cargados con las abrillantadas frutas; las colinas, donde en libertad crecen toda clase de arbustos; entre los altos robles y castaños, el antiguo campanario de la aldea; por los hondos valles, la cabaña con su establo y el establo con sus vacas a la puerta; serpenteando en varias direcciones la ría serena y transparente, llena de barcas ligeras que contrastan con las pesadas carretas, y trabajando sin descanso los campesinos de ambos sexos, seguidos de sus innumerables chicuelos, que entonan a una en coro esas sonatas y cantares, cuyos aires se han elevado en las composiciones de los primeros maestros europeos, lo mismo en la Sinfonía pastoral de Beethoven que en la tierna *Sonámbula*, de Bellini, a expresión clásica de la felicidad campestre. Galicia tiene pintores, que excuso nombrar, capaces de darnos idea tan clara de su tierra como los pintores malagueños nos la han dado de una merienda en la Caleta, o los pintores sevillanos de un baile en Triana.

Inútil buscar en las composiciones gallegas una sombra como de azabache junto a una pared cuya cal semeja al alabastro; la luz llega, ceñida por tantos vapores como hay en el aire y amortiguada por tanta vegetación como hay en el suelo, dulce, a guisa de caricia gallega, sin rebotes hiperbólicos, sin reverberaciones metálicas a los ojos, que pueden recibirla y gozarla en una placidez inefable. Bajo los seculares árboles de ramas bastantes a cubrir una plaza, en cercados floridos y olientes a madreselva; sobre alfombra natural, y aunque natural mullida y blanda, el gallego, cubierto con su montera y ata-

viado con sus calzones y su chaqueta de paño obscuro que chapillas de plata abotonan y adornan, baila en compañía de la hermosísima gallega, en cuya cabeza flamea el pañuelo de colores, realzado sobre el primoroso dengue y el obscuro zagalejo de estameña, y en cuyo cuello relucen sobre la blanca camisa los varios collares; y así, trenzan, al son de su gaita, una de esas danzas iguales a su música, por tristes, por amantes y por voluptuosas.

Lo cierto es que esta tierra, falta de calor, inspira a sus hijos una pasión tan encendida que raya en fanatismo. Ni el catalán, que se cree ciudadano de perfecta nacionalidad; ni el andaluz, que habita en la región más privilegiada y más poética de España; ni el valenciano, bienhadado en sus asiáticos jardines; ni el vigoroso aragonés, aman a su patria como la ama el gallego. La sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y de centeno, las maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su Municipio, el tañido de la campana que toca la oración de anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada en tales términos se impone a sus sentidos, a sus sentimientos, a su conciencia, a toda su alma, a todo su ser, que al arrancarle de allí le desarraigan como si fuera un árbol, y dobla el cuello, y pierde la gana, y apaga la mirada, y desmaya de fuerzas, y decae de color, y olvida el habla, y siente una tristeza tal en todos sus afectos y un dolor tan agudo en todo su cuerpo, que concluye el infeliz por la muerte. Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas separáis los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluís con su existencia. La mayor parte de aquellos suicidios de pueblos, como los de Numancia y de Sagunto, que tanto nos maravillan, se explican por el apego al suelo natal, fuera de cuyo aire no pueden

respirar ni vivir. Existen razas nómadas, como las razas invasoras del Norte, llamadas por una vocación interior al movimiento, desasidas del suelo, juntas con su caballo y con su carro, que las transportan de uno a otro territorio, las cuales se engendran en una región, nacen en otra, viven de continuo viaje, mueren sin saber el pueblo donde han nacido, y cambiando de creencias cual cambian de patria, tienen la vocación de las emigraciones y de las conquistas, por cuyo terrible poder suelen renovarse las sociedades humanas, de igual suerte que se renuevan los aires por las tempestades y por las inundaciones los campos. Pero, en cambio, hay otras razas a quienes jamás separaríais del territorio donde nacen y que se pegan a él como la carne al hueso. Estas son las razas que padecen el mal del país, llamado en griego nostalgia, mal horrible que termina casi siempre con la muerte. Y parece que la fatalidad lo quiere. El gallego se ve obligado, por la densidad de la población y por la tristeza del suelo, a las emigraciones constantes. Imaginaos cuál será su pena cuando trasponga la línea del horizonte sensible y deje tras sí el campanario de la iglesia parroquial en cuyo regazo ha crecido su alma; el cementerio donde yacen sus mayores, con cuyos huesos se mezclan las raíces de la vida; los hogares que han cobijado los afectos y las pasiones, a cuyo impulso se ha reunido la sangre y ha amasado la carne del corazón. En ningún punto del mundo donde vaya volverá a ver la zagaleja que, con la mano puesta al oído, la cabeza movida a un lado y otro, los ojos casi fuera de las órbitas, cual si buscara y no encontrara el ser amado, entone la triste canción correspondiente a la serenata andaluza, canción parecida, en su larga y triste cadencia, bien a un arrullo de amor, o bien a un suspiro de muerte. Y se comprende, se comprende perfectamente que

al abandonar todos estos hogares, indisolublemente unidos a todas sus pasiones, desfallezca y muera. Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía, que es verdaderamente una poesía melancólica del corazón.

Así tiene los caracteres de la poesía del Norte, la vaguedad y la profundidad. La Naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. La estrella que luce entre las primeras sombras de la tarde; el vapor que asciende del oleaje de los mares a formar las nubes; los vientos huracanados que se estrellan al pie de la roca vestida de pinares; las hierbas de las colinas que ondean y se pliegan al beso de los céfiros; el torrente que se despeña espumoso entre los riscos; la luna coronada de nieblas, que dan mayor palidez y mayor misterio a su faz; la caverna llena de aves nocturnas, cuyos gritos se confunden con el toque de las ánimas, dan a la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos de aquellos pueblos obligados por su latitud y por su clima a encerrarse dentro de sí mismos, y relacionar los fenómenos del Universo con los afectos y las ideas del alma.

Su lengua, sin embargo, por la riqueza de combinaciones vocales, por la dulzura de las consonancias, por la copia de rimas, por la variedad de metrificación, por la onomatopeya de sus palabras, relaciónase con todas las lenguas meridionales, pues al oírla diríais que estáis oyendo el italiano, el provenzal, el lemosín, cualquiera de las lenguas habladas a orillas del Mediterráneo y compuestas por las relaciones y el comercio de aquellos pueblos que sobre un fondo heleno-latino ostentan esmaltes y relieves por el movimiento natural de la sociedad sobrepuestos y realzados. A estas cualidades reúne un candor, una sencillez, un sabor arcaico que mues-

tran cómo se ha cultivado principalmente en la Edad Media, y luego, cuando la nación se formó en el siglo generador de los grandes Estados, ha tenido que ceder la palma a la gran lengua del centro, a la lengua castellana Galicia, menos abierta naturalmente a las irrupciones de extranjeros pueblos que el mediodía de España; menos helena y menos árabe, pues ni una ni otra raza han ejercido en las orillas del Atlántico el poder que en las orillas del Mediterráneo; romana, muy romana durante el Imperio, y después de la irrupción germánica esencialmente sueva, tiene una complexión más determinada y una tradición más seguida que el resto de las provincias españolas. Su habla, pues, debe ser el latín romanceado por los suevos, como el habla castellana el latín romanceado por los habitantes del centro. Sea de esto lo que quiera, existe una hermosa literatura en Galicia. El mayor de nuestros escritores y de nuestros sabios en la Edad Media, el rey Don Alfonso X, escogió el gallego para cantar loores a la Virgen Madre, y el gallego ha inmortalizado los amores y los duelos del popular Macías. Y si examináis el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suabia, tan encarecida y alabada en Alemania por la fluidez de sus rimas, unida a la profundidad del sentimiento y de la idea.

Si la literatura gallega no tuviese ningún otro libro más que las FOLLAS NOVAS de Rosalía Castro, bastábale para su lucimiento y para su gloria. Puesto que la poesía es, como todo arte, la idea sentida con profundidad y expresada con hermosura, digo que no conozco quien sienta más y exprese mejor. La ternura se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiración y el estro con la verdad, formando un conjunto de tal suerte nuevo y original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimien-

to fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan en resucitar lo pasado, muerto para siempre, o ya en repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad. Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. Su alma no liba la poesía en lo grande, en lo inmenso, en lo infinito; como la violeta, gusta de las sombras y exhala su aroma con tal humildad que excusa como grave falta el propio mérito. Pocas veces he visto expresar como en la composición titulada *Vaguedás* esas visitas de las inspiraciones varias, nubes sin formas evaporadas del corazón a la mente, y que suelen unas veces arrebolarse en las tintas de la idea, y otras veces enrojecerse en el relámpago de la pasión. Así pregunta por qué escribe y no sabe cómo responder a esta pregunta. Pues en tal ignorancia se encuentra el secreto de la verdadera vocación poética. Quien canta sin voluntad, obedeciendo a movimientos del ser como obedece el arpa a la mano que la tañe, y expresando ideas instintivas presentadas de súbito a la mente, más por sobrenaturales revelaciones que por la interior reflexión; quien hace eso, ha recibido del Cielo el don de la poesía para traerlo y depositarlo entre los abrojos de la tierra.

Teniendo este don, no podía menos de tener con él profunda melancolía. Redentores y no llevar corona de espinas; profetas y no sentir las epilepsias de la admiración; sabios y no consumirse en el calor de la retorta donde surgen nuevos elementos; héroes y no desposarse con la muerte; poetas y no padecer con todos los que padecen, y no llorar con todos los que lloran, y no sentir la nostalgia de cielos misteriosos, ¡ah!, es completamente imposible. Rosalía está triste, y la tristeza rodea de aureola mística sus sienes, y la tristeza se plañe en todos los acordes de su lira. Así no podéis menos de llo-

eso deixo de ter n-o que val aquel recordo, e de crêrme obrigada á dar á esa SOCIEDADE *unha púbrica moestra d'o meu agradecemento, xa que púbrica foi tamén a proba de estimación que á sua vez me deron n-aquel día os meus paisanos n-A Habana.*

Reciban, pois, a dedicatoria de este meu novo libro: trata d'as cousas d'a terra, e vai escrito n-a nosa lengoa. Recíbana, non pol-o que val, sinon pol-o que significa.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA,

Socia honoraria d'a *Sociedade de Beneficencia d'os naturalcs de Galicia n-A Habana.*

Santiago, 23 febreiro 1880.

PRÓLOGO

Nada me complace tanto en la vida como recorrer las regiones que componen el territorio de nuestra España y contemplar los monumentos que despiertan la memoria de nuestros padres. Los tiempos pasados se avivan y resucitan en el escenario donde sus tragedias sucedieron. El alma de los muertos vuelve, a los conjuros y evocaciones del recuerdo, como para buscar el origen de venturas o desventuras trascendentes a su nombre en el mundo y a su reposo en la eternidad. Enseña más sobre el destino de Roma un paseo por la Vía Apia, bordada de sepulcros, que un estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito. Cuentan más Historia de España las piedras mudas de la catedral de Toledo que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. Los campos de Montiel llevan aún la maldición del fratricidio de los Trastamaras; las ruinas de Poblet, cubiertas de ortigas, guardan aún las sombras augustas de los reyes de Aragón; las alturas del puerto de Muradiel revelan a los ojos más vulgares las glorias a ellas unidas como la luz a los soles; el pico de Monserrat refleja las retinas de los navegantes catalanes del Mediterráneo, que lo saludaban arrobados en sus fabulosas expediciones al oriente de Europa; las rejas de Granada parecen el poema de la guerra santa y de la reconquista nacional, y apenas hay un rincón de la Península donde los espectáculos de la

Naturaleza no estén realzados por las grandiosas escenas de la Historia.

En mi calidad de historiador he contemplado mil veces los escenarios principales de los hechos históricos, y no he visto, sin embargo, aquellos donde nuestras crónicas modernas comienzan, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el poema de la Reconquista se inicia, y el habla española balbucea sus primeras palabras, y el grito de ¡Dios y Libertad! resuena, y la capilla de Covadonga señala como la letra inicial de nuestras victorias, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe abortado por los desiertos hacia el Mediodía y al normando abortado por los mares hacia el Norte; y por doquier, así en los primitivos dialectos, de incomparable dulzura, como en las iglesias románicas, de indecible severidad, se sienten aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna; ¡ah!, no he visto, decía, ni Asturias ni Galicia.

¡Y cuántas veces heme fingido estas tierras en mi imaginación y he tratado de resucitarlas y de describirlas tales como las veía interiormente! Sobre todo, esa extraña y desconocida Galicia me llamaba con sus innumerables atractivos y aparecía verde y húmeda, ceñida de espumas oceánicas, tapizada de inacabables prados, llena de colinas en cuyas alturas sombrea el bosque y a cuyos pies brilla la floresta, esmaltada por sus rías y por sus puertos, semejantes a tranquilos lagos, cubierta de castañares y de naranjales, con sus mares verdes y sus horizontes recamados de arreboladas neblinas, como una especie de Escocia meridional española, muy apropiada, cual la Escocia británica del Norte, a la poesía, y al cántico, y al sentimiento de la Naturaleza.

¡Y será de ver aquella catedral, a la que volvían sus ojos los moribundos en toda la Edad Media, e iban, hasta del seno de la Bulgaria y de Rusia, los

peregrinos en gran muchedumbre a ganar el perdón de sus culpas con poner los labios en las losas de su pavimento! ¡Y el alma se quedará extática en su puerta de la Gloria, pintada de tantos colores, y entre cuyos iris, semejantes a los matices de la oración, y entre cuyos dorados, semejantes a los resplandores de inmaculado éter, revolotean las innumerables figuras como místicas mariposas venidas de las flores del cielo, y surgen las estatuíllas como mensajeras encargadas de elevar a las alturas celestiales las constantes aspiraciones que a lo infinito siente en su eternal carrera nuestro pobre y obscuro planeta! ¡Cómo caerán las sombras por aquellas recatadas capillas, antiguo albergue de las peregrinaciones y término santo de largo y proceloso viaje! ¡Cómo resonará por aquellas bóvedas el grito que los guerreros han proferido en Clavijo, en Calatañazor, en las Navas, en Tarifa; el grito que invocaba al Apóstol y lo traía al frente de nuestros ejércitos en su blanca cabalgadura apocalíptica! Jerusalén, Roma, Compostela, eran por aquellos tiempos de fe como las tres gradas espirituales por donde la pobre humanidad podía subir hasta ver frente a frente las tres personas de la Trinidad Santísima.

Y después de haberse confortado el ánimo con estos santos recuerdos, ¡cómo se comunicará con la Naturaleza! Ya sé por experiencia que no puede pedírsele al Norte el color de nuestras tierras meridionales y la línea inflamada que rodea como de una aureola esplendente las aristas de la Giralda y las estrías del Parthenón. Ya sé que nuestro paganismo clásico, nuestra forma plástica, nuestro relieve escultórico, los secos torrentes en que la adelfa se corona de rosadas flores y la palma se cimbrea al soplo abrasador del simoun, jamás se encuentran en los campos eternamente verdes que el Océano riega

con sus evaporaciones continuas y con sus lluvias benéficas, y que la niebla envuelve en sus velos de gasa. Pero será de ver el campo, tranquilo como los idilios de Teócrito; el prado, a la continua reverdecido por una primavera perpetua; los bosques de frutales, cargados con las abrillantadas frutas; las colinas, donde en libertad crecen toda clase de arbustos; entre los altos robles y castaños, el antiguo campanario de la aldea; por los hondos valles, la cabaña con su establo y el establo con sus vacas a la puerta; serpenteando en varias direcciones la ría serena y transparente, llena de barcas ligeras que contrastan con las pesadas carretas, y trabajando sin descanso los campesinos de ambos sexos, seguidos de sus innumerables chicuelos, que entonan a una en coro esas sonatas y cantares, cuyos aires se han elevado en las composiciones de los primeros maestros europeos, lo mismo en la Sinfonía pastoral de Beethoven que en la tierna *Sonámbula*, de Bellini, a expresión clásica de la felicidad campestre. Galicia tiene pintores, que excuso nombrar, capaces de darnos idea tan clara de su tierra como los pintores malagueños nos la han dado de una merienda en la Caleta, o los pintores sevillanos de un baile en Triana.

Inútil buscar en las composiciones gallegas una sombra como de azabache junto a una pared cuya cal semeja al alabastro; la luz llega, ceñida por tantos vapores como hay en el aire y amortiguada por tanta vegetación como hay en el suelo, dulce, a guisa de caricia gallega, sin rebotes hiperbólicos, sin reverberaciones metálicas a los ojos, que pueden recibirla y gozarla en una placidez inefable. Bajo los seculares árboles de ramas bastantes a cubrir una plaza, en cercados floridos y olientes a madreselva; sobre alfombra natural, y aunque natural mullida y blanda, el gallego, cubierto con su montera y ata-

viado con sus calzones y su chaqueta de paño obscuro que chapillas de plata abotonan y adornan, baila en compañía de la hermosísima gallega, en cuya cabeza flamea el pañuelo de colores, realzado sobre el primoroso dengue y el obscuro zagalejo de estameña, y en cuyo cuello relucen sobre la blanca camisa los varios collares; y así, trenzan, al son de su gaita, una de esas danzas iguales a su música, por tristes, por amantes y por voluptuosas.

Lo cierto es que esta tierra, falta de calor, inspira a sus hijos una pasión tan encendida que raya en fanatismo. Ni el catalán, que se cree ciudadano de perfecta nacionalidad; ni el andaluz, que habita en la región más privilegiada y más poética de España; ni el valenciano, bienhadado en sus asiáticos jardines; ni el vigoroso aragonés, aman a su patria como la ama el gallego. La sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y de centeno, las maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su Municipio, el tañido de la campana que toca la oración de anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada en tales términos se impone a sus sentidos, a sus sentimientos, a su conciencia, a toda su alma, a todo su ser, que al arrancarle de allí le desarraigan como si fuera un árbol, y dobla el cuello, y pierde la gana, y apaga la mirada, y desmaya de fuerzas, y decae de color, y olvida el habla, y siente una tristeza tal en todos sus afectos y un dolor tan agudo en todo su cuerpo, que concluye el infeliz por la muerte. Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas separáis los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluís con su existencia. La mayor parte de aquellos suicidios de pueblos, como los de Numancia y de Sagunto, que tanto nos maravillan, se explican por el apego al suelo natal, fuera de cuyo aire no pueden

respirar ni vivir. Existen razas nómadas, como las razas invasoras del Norte, llamadas por una vocación interior al movimiento, desasidas del suelo, juntas con su caballo y con su carro, que las transportan de uno a otro territorio, las cuales se engendran en una región, nacen en otra, viven de continuo viaje, mueren sin saber el pueblo donde han nacido, y cambiando de creencias cual cambian de patria, tienen la vocación de las emigraciones y de las conquistas, por cuyo terrible poder suelen renovarse las sociedades humanas, de igual suerte que se renuevan los aires por las tempestades y por las inundaciones los campos. Pero, en cambio, hay otras razas a quienes jamás separaríais del territorio donde nacen y que se pegan a él como la carne al hueso. Estas son las razas que padecen el mal del país, llamado en griego nostalgia, mal horrible que termina casi siempre con la muerte. Y parece que la fatalidad lo quiere. El gallego se ve obligado, por la densidad de la población y por la tristeza del suelo, a las emigraciones constantes. Imaginaos cuál será su pena cuando trasponga la línea del horizonte sensible y deje tras sí el campanario de la iglesia parroquial en cuyo regazo ha crecido su alma; el cementerio donde yacen sus mayores, con cuyos huesos se mezclan las raíces de la vida; los hogares que han cobijado los afectos y las pasiones, a cuyo impulso se ha reunido la sangre y ha amasado la carne del corazón. En ningún punto del mundo donde vaya volverá a ver la zagaleja que, con la mano puesta al oído, la cabeza movida a un lado y otro, los ojos casi fuera de las órbitas, cual si buscara y no encontrara el ser amado, entone la triste canción correspondiente a la serenata andaluza, canción parecida, en su larga y triste cadencia, bien a un arrullo de amor, o bien a un suspiro de muerte. Y se comprende, se comprende perfectamente que

al abandonar todos estos hogares, indisolublemente unidos a todas sus pasiones, desfallezca y muera. Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía, que es verdaderamente una poesía melancólica del corazón.

Así tiene los caracteres de la poesía del Norte, la vaguedad y la profundidad. La Naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. La estrella que luce entre las primeras sombras de la tarde; el vapor que asciende del oleaje de los mares a formar las nubes; los vientos huracanados que se estrellan al pie de la roca vestida de pinares; las hierbas de las colinas que ondean y se pliegan al beso de los céfiros; el torrente que se despeña espumoso entre los riscos; la luna coronada de nieblas, que dan mayor palidez y mayor misterio a su faz; la caverna llena de aves nocturnas, cuyos gritos se confunden con el toque de las ánimas, dan a la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos de aquellos pueblos obligados por su latitud y por su clima a encerrarse dentro de sí mismos, y relacionar los fenómenos del Universo con los afectos y las ideas del alma.

Su lengua, sin embargo, por la riqueza de combinaciones vocales, por la dulzura de las consonancias, por la copia de rimas, por la variedad de metrificación, por la onomatopeya de sus palabras, relaciónase con todas las lenguas meridionales, pues al oírla diríais que estáis oyendo el italiano, el provenzal, el lemosín, cualquiera de las lenguas habladas a orillas del Mediterráneo y compuestas por las relaciones y el comercio de aquellos pueblos que sobre un fondo heleno-latino ostentan esmaltes y relieves por el movimiento natural de la sociedad sobrepuestos y realzados. A estas cualidades reúne un candor, una sencillez, un sabor arcaico que mues-

tran cómo se ha cultivado principalmente en la Edad Media, y luego, cuando la nación se formó en el siglo generador de los grandes Estados, ha tenido que ceder la palma a la gran lengua del centro, a la lengua castellana Galicia, menos abierta naturalmente a las irrupciones de extranjeros pueblos que el mediodía de España; menos helena y menos árabe, pues ni una ni otra raza han ejercido en las orillas del Atlántico el poder que en las orillas del Mediterráneo; romana, muy romana durante el Imperio, y después de la irrupción germánica esencialmente sueva, tiene una complexión más determinada y una tradición más seguida que el resto de las provincias españolas. Su habla, pues, debe ser el latín romanceado por los suevos, como el habla castellana el latín romanceado por los habitantes del centro. Sea de esto lo que quiera, existe una hermosa literatura en Galicia. El mayor de nuestros escritores y de nuestros sabios en la Edad Media, el rey Don Alfonso X, escogió el gallego para cantar loores a la Virgen Madre, y el gallego ha inmortalizado los amores y los duelos del popular Macías. Y si examináis el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suabia, tan encarecida y alabada en Alemania por la fluidez de sus rimas, unida a la profundidad del sentimiento y de la idea.

Si la literatura gallega no tuviese ningún otro libro más que las FOLLAS NOVAS de Rosalía Castro, bastábale para su lucimiento y para su gloria. Puesto que la poesía es, como todo arte, la idea sentida con profundidad y expresada con hermosura, digo que no conozco quien sienta más y exprese mejor. La ternura se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiración y el estro con la verdad, formando un conjunto de tal suerte nuevo y original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimien-

to fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan en resucitar lo pasado, muerto para siempre, o ya en repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad. Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. Su alma no liba la poesía en lo grande, en lo inmenso, en lo infinito; como la violeta, gusta de las sombras y exhala su aroma con tal humildad que excusa como grave falta el propio mérito. Pocas veces he visto expresar como en la composición titulada *Vaguedás* esas visitas de las inspiraciones varias, nubes sin formas evaporadas del corazón a la mente, y que suelen unas veces arrebolarse en las tintas de la idea, y otras veces enrojecerse en el relámpago de la pasión. Así pregunta por qué escribe y no sabe cómo responder a esta pregunta. Pues en tal ignorancia se encuentra el secreto de la verdadera vocación poética. Quien canta sin voluntad, obedeciendo a movimientos del ser como obedece el arpa a la mano que la tañe, y expresando ideas instintivas presentadas de súbito a la mente, más por sobrenaturales revelaciones que por la interior reflexión; quien hace eso, ha recibido del Cielo el don de la poesía para traerlo y depositarlo entre los abrojos de la tierra.

Teniendo este don, no podía menos de tener con él profunda melancolía. Redentores y no llevar corona de espinas; profetas y no sentir las epilepsias de la admiración; sabios y no consumirse en el calor de la retorta donde surgen nuevos elementos; héroes y no desposarse con la muerte; poetas y no padecer con todos los que padecen, y no llorar con todos los que lloran, y no sentir la nostalgia de cielos misteriosos, ¡ah!, es completamente imposible. Rosalía está triste, y la tristeza rodea de aureola mística sus sienes, y la tristeza se plañe en todos los acordes de su lira. Así no podéis menos de llo-

rar cuando se despide de sus prados; del claustro donde tantas veces ha gemido; de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en el Sarela; de las pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas; y al decirles adiós, considera que esto permanecerá perenne, inmóvil, perdurable, mientras los que se creen inmortales superiores a todos los mencionados objetos, eternos como las almas, cada día darán hacia la muerte un paso y dejarán en las tortuosidades del camino alguna ilusión o alguna esperanza. Conozco pocas emociones más magistralmente dichas que la despertada en su corazón por el interior de la catedral de Santiago. Se oye rezar a los viejos y a las viejas los padrenuestros; se ven los rayos últimos del sol en su ocaso penetrando por las vidrieras de colores y descomponiéndose en las brillantes sartas de las arañas; se siente el terror que la sobrecoge cuando al plañido de los campanarios ve las almas en pena pintadas por los altares, y las cabezas de los santos moviéndose como para contarse algún misterio unas a otras; se pregunta, por fin, al poder de la evocación, si aquellos rostros de las estatuas tienen alma, y los labios de piedra palabras, y los arzobispos y los obispos, tendidos sobre las losas, fuerza para levantarse de sus lechos fríos como el mármol, y pedir perdón a los crucifijos, iluminados por las dudosas lámparas, y la Soledad lágrimas para llorar los dolores de su divino Hijo y la eternidad de nuestros pecados. No acierto a expresar cuánto me conmueven los pensamientos poéticos por Rosalía consagrados al cementerio, a la ermita, al enterramiento, a la mezcla de la religión con la muerte. Creeríais sus ideas florecillas brotadas en los sepulcros. Caen sobre el alma con la lánguida tristeza de las ramas del sauce y huelen a ciprés. Hace bien la poetisa cantando esos abismos inson-

dables donde concluye el frenesí de nuestra vida y para el movimiento vertiginoso de nuestra desatentada carrera. Yo nunca he visto sin conmoverme una iglesia en los valles de mi tierra. Una iglesia, único ideal del pobre pueblo, a quien el Arte se aparece bajo la forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros, y circuída de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidas del alma; luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la tierra y los caminos de la eternidad; influencia de toda aspiración ascendente a lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito; una iglesia conmueve siempre por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento, aguardando perdón por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex votos que penden de sus paredes, por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino a todo lo contingente, y las nubes de incierto que manda el espíritu humano a todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares, sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia.

No conozco en las diversas lenguas literarias de la Península composición alguna más tierna y más sentida que la titulada «¡*Padrón*!, ¡*Padrón*! Dentro de poco, así que el libro se divulgue, alcanzará renombre tan ruidoso como la inmortal composición de Bécquer «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» Delante de un cementerio, lo primero que se le

ocurre es la idea de todo cuanto acaba en nosotros al pasar de la juventud a la madurez en la existencia: las risas sin fin, los bailes sin término, los cantares dulces, los coloquios amorosos, las noches serenas, la guitarra melancólica, los acordes de la serenata, cuanto ha pasado en la vida. Sigue a esta triste reflexión sobre todo lo que llevamos muerto en nosotros mismos, una pintura del cementerio de Adina, tal como se aparecía a sus ojos en la niñez, con sus olivos viejos y obscuros; con sus clérigos que toman el sol en las tapias como los viejos cipreses, y los niños que juegan entre las tumbas como las mariposas entre las flores; con las piedras tumularias que resaltan entre los montones obscuros de la tierra removida; con el blanco osario, que a lo mejor, en la callada noche, despide la fosfórica luz de sus fuegos fatuos; con las hierbas verdes, las malvas, las cicutas, las ortigas, que crecen alimentadas por los muertos y exhalan desde la superficie de las sepulturas, mezcladas sus raíces con los huesos, el oxígeno de la vida. Naturalmente, la emoción que el cementerio despierta en el alma de una niña es emoción de alegría. Y en esta alegría se encuentra lo filosófico y lo profundo del pensamiento, alcanzado por la intuición soberana del poeta. En la edad en que no hemos visto los muertos, no creemos en la muerte. Pues qué, ¿no jugamos a la puerta del cementerio como a la puerta de la escuela? ¿Habéis visto algún contraste mayor y más terrible que los divertimientos, y las risas, y los gritos de los huérfanos de dos o tres años mientras los clérigos salmodian, a la puerta de la casa en duelo y ante un ataúd lleno, los cánticos de la eternidad?

La niña ve en el cementerio de Adina la hierba sobre las sepulturas, las flores sobre las hierbas, las mariposas sobre las flores, los pájaros sobre las mariposas, el cielo sobre los pájaros, la vida que re-

bosa en el templo de la muerte. Pero se ha ido lejos de allí, se ha separado por mucho tiempo, y al cabo ha vuelto la infeliz. Pregunta por todos los que ha amado, y nadie le responde. El tiempo se los ha ido llevando poco a poco en sus giros, y ha despoblado de los seres predilectos a Padrón y ha poblado con sus despojos el cementerio. Así corre a él, y mira por la cerradura, y en vez de ver y oír lo que veía y oía de niña, ve la tierra removida sobre la cual vagan las almas y oye la campana plañidera que llora por los muertos.

Consolémonos. Nada en la realidad tan repugnante, ni nada en el ideal tan hermoso como la muerte. El cadáver a los ojos del cuerpo está lleno de gusanos, y a los ojos del alma circuído de ángeles. Hiede cuando nos acercamos a él con nuestro cuerpo, y embalsama el aire cuando nos acercamos con nuestra alma. ¡Qué sería de nosotros si no muriéramos nunca! Estas dudas que taladran las sienes y estos desengaños que desgarran el corazón; el amor sin esperanza, la ilusión sin realidad, la separación de los seres queridos, la pena de la ausencia, todos estos dolores habrían de ser eternos. Sólo allende la tumba el ideal será verdad, la ilusión certidumbre, la poesía pensamiento, el pensamiento vida, la vida eternidad, la eternidad amores sin celos, satisfacciones sin desencantos, creencias sin sombras, espíritus sin cuerpos, arte sin formas, felicidad sin zozobras, la plenitud del ser, el día imperecedero de la justicia, la visión perfecta del Eterno. ¡Dios mío, que no vengan dos veces los cálices ya apurados; que no se aparten de nosotros jamás los seres tan queridos; que no suceda al ideal soñado con tanto amor el parto abortivo de la grosera realidad; que el cierzo de un nuevo desengaño no hiele, no, la última florescencia de ilusiones y la última cosecha de esperanzas; y como

todo esto sea imposible en el mundo, mátanos pronto en tu divina misericordia para que pronto nuestros mismos calumniadores nos hagan justicia y nos durmamos para siempre creyéndonos bendecidos y amados, y aguardando muchas lágrimas sobre nuestras cenizas!

Una de las cualidades más sobresalientes en Rosalía Castro es la cualidad poética por excelencia la vista intuitiva de la relación misteriosa que existe entre el mundo interior y el mundo exterior, entre el universo que compone la Humanidad y el universo que compone la Naturaleza. La esfera del horizonte y la esfera del cerebro, la luz de los ojos y la luz de los astros, las lluvias y las lágrimas, las tormentas y los dolores, la electricidad que culebrea por las nubes y las simpatías que despedimos de nuestro ser, forman, como los asonantes un romance, como los consonantes una oda, como los tonos graves y agudos una sinfonía. La luna llena, mirando al Océano, lo aviva en mareas; la mujer hermosa, mirando nuestros ojos, los enciende en fuego, que a su vez aviva y enciende el deseo. Las corrientes magnéticas en cuya virtud se pliegan las hojas de la sensitiva, tienen algo de esa otra corriente en cuya virtud se agitan unos nervios como las cuerdas de un arpa. Hay entre la palabra y la idea, entre la forma y el fondo, entre el alma y el cuerpo la misma relación que entre la electricidad y el magnetismo, que entre la luz y el calor. La serpiente fascina al pajarillo como la meditación al místico. En el yermo encontráis muchas almas y muchas alondras extáticas. El entusiasmo de los corazones contribuye al movimiento de los cuerpos como el esfuerzo de los músculos. El bacante caería rendido en su carrera si no creyese que un dios lo impulsa, y la pitonisa muerta en su trípode si no creyese que un dios habla por su boca. Los seres huma-

nos se sostienen unos pendientes de otros en la sociedad, como los mundos sidéreos se sostienen unos a otros en la atracción universal. La mirada del tigre os da terror como la mirada de vuestro mayor enemigo, y la mirada del cordero compasión como la mirada de un niño. Existe una relación misteriosa entre los matices del prisma y las notas del músico. Pitágoras explicaba más a sus discípulos con la vista que con la palabra. Alejandro, que sólo tenía cincuenta mil hombres en Arbelas, mientras Darío tenía un millón, no quiso pelear en las tinieblas como le aconsejaba Parmenón, porque creía más en los prodigios de sus ojos que en los prodigios de su táctica. Magnetismo, electricidad, amor, voluntad, calor, pasión, luz, idea, todas estas virtudes varias se confunden, perteneciendo unas a la esfera espiritual y otras a la esfera material, como unas fuerzas se confunden con otras fuerzas en la inmensidad del Universo. Pues pocos pensadores y pocos poetas expresan mejor estas relaciones que Rosalía Castro en sus bellísimos versos.

Si hubiéramos de calificarla con una sola palabra, calificaríamosla de poeta lírico por excelencia Cuando se eleva en alas de robusto estilo a la poesía impersonal, objetiva, rayana con la epopeya, carece de la originalidad que la distingue en tanto grado cuando canta sus propias emociones; y si presenta el mundo externo, lo presenta en relación con su alma, celeste, luminosa, transparente, y en cuya superficie el menor soplo de las auras levanta rizos y ondulaciones, el menor reflejo de la luz extiende esmaltes, y matices el menor objeto de las orillas; el árbol frondoso y la hierba humilde, la colina que permanece inmóvil en los bordes y el ave que pasa por los horizontes, encuentran espejos y dejan de sí copias y retratos. Y siendo poeta lírico por excelencia, es por necesidad poeta elegíaco. Desde el

principio al fin de sus versos dos sentimientos la poseen: sentimiento de tristeza melancólica por las desgracias universales de la vida humana, y sentimiento de tristeza exaltada por las desgracias particulares de la vida gallega. El hombre es una síntesis de la Creación. El universo sideral recoge su más bello éter para producir la luz de los humanos ojos: los flúidos electromagnéticos condensan sus más poderosas corrientes para derramarse por las cuerdas de nuestros nervios; los átomos, que acaso vienen de los confines del espacio, se acumulan en nuestro cuerpo para componer el más perfecto organismo; y sobre todas estas varias determinaciones y modos de la materia universal, se eleva en nosotros el misterio indecible, inenarrable, sublime: ese misterio del alma que llega por grados a ver lo infinito y a desembocar en la eternidad. Todas las cosas piensan en nosotros y todas las cosas en nosotros padecen. Nuestra voz repite el quejido universal de los seres que se duelen del esfuerzo empleado por traspasar el límite y de la fatalidad que al límite los sujeta como a su cadena, como a su prisión, como a su eterno suplicio. Este quejido, más agudo a medida que el ser crece y progresa, encuentra un eco en todas las estancias de las FOLLAS NOVAS, y un eco poético. Pero el dolor más bellamente expresado es el dolor de su madre Galicia. Se ve el aislamiento en que la patria común ha dejado a tan hermosas provincias.

Se oye el resuello de una raza forzada por su triste condición social a todos los trabajos más materiales y penosos. Se ven las marcas de las heridas seculares abiertas en los pobres campesinos por la antigua tiranía señorial. Se notan las cualidades de aquella familia de pueblos: la inteligencia aguda, la astucia fina, la tristeza perpetua. Sobre todo, el dolor de los dolores gallegos se halla repetido a

cada verso: el dolor de la separación, el dolor de la ausencia, el dolor de la nostalgia, el dolor de las emigraciones; la patria apareciéndose húmeda, fresca, verde, sencilla como un idilio, grata como una mañana de primavera, con su aroma de frutas y flores, con sus cadencias campestres repetidas por la zampoña y por la gaita, con sus rías transparentes y tranquilas, en medio de los ardores del implacable trópico y las tristezas del forzado destierro. Toda obra poética, por subjetiva, por particular, por personalista que a primera vista parezca, es una obra social. Los dolores de Galicia hablan por boca de Rosalía, y los hombres de Estado, los que han tenido el Gobierno en sus manos, que hoy lo tienen, los que mañana pueden volver a tenerlo, necesitan, heridos por voces tan dulces como ésta, averiguar la cantidad de satisfacciones que deben darse a las justas exigencias de esas provincias y el remedio que puede colegirse entre todos para sus antiguos e inveterados males. No olvidemos que hace poco un escritor insigne del vecino reino trazaba una especie de nacionalidad literaria compuesta de portugueses, brasileños y gallegos. Estas cosas podían pasar por juegos de la imaginación cuando no habían transcurrido horribles crisis, y no se habían visto ciertas tendencias que podrían reaparecer mañana, ora bajo la bandera del absolutismo, ora bajo la bandera de la demagogia, que tantos desastres han derramado en nuestros territorios y tantas amarguras en nuestros corazones. Para matar el provincialismo exagerado no hay medio como satisfacer las justas exigencias provinciales. No olvidemos que muchas de nuestras regiones, como Galicia, por ejemplo, tienen brillantísima literatura propia, la cual, respondiendo a una ley de la vida, a la ley de variedad, debe coexistir con la literatura nacional, sin daño de la patria, mayor e

medida que crecen sus hijos y se fortifican los órganos que componen su cuerpo y se abrillantan las estrellas que pueblan su cielo. Rosalía, por sus libros de versos gallegos, es un astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español.

EMILIO CASTELAR.

DUAS PALABRAS D'A AUTORA

Gardados estaban, ben podo decir que para sempre, estes versos, e xustamente condenados pol-a sua propia índole á eterna olvidanza, cando, non sin verdadeira pena, vellos compromisos obrigáronme á xunta-l-os de prèsa é correndo, ordena-l-os e da-l-os â estampa. No era esto, en verdade, o que eu quería; mais n'houbo outro remedio; tiven que conformarme cu o duro d'as circunstancias que así o fixeron. «¡Vayan en boa hora, lles dixen estonces, estes probes enxendros d'a miña tristura!, ¡vaya antr'os vivos o que xa é, pol-a sua propia natureza, cousa d'unha morta ben morta!» E fóronse, sin que eu sepa pra qué, nin me faga falla sabe-l-o.

Máis de dez años pasaron—tempo cáseque fabuloso á xusgar pol-a prèsa con que hoxe se vive—desque a mayor parte de estes versos foron esquirtos, sin que as contrariedades d'a miña vida desasosegada, y unha saude decote endebre, me permitisen apousar n-eles os meus cansados ollos y o meu fatigado esprito. Ó leé-l-os de novo, vin ben craro cómo era incompreto e probe este meu traballo poético, cánto lle faltaba para ser algo que valla, e

non un libro máis, sin outro mérito que a perene melancolía que o envolve, e que algúns terán, non sin razón, como fatigosa e monótona. Mais as cousas teñen de ser coma as fan as circunstancias, e si eu non puden nunca fuxir as miñas tristezas, os meus versos menos. Escritos n-o deserto de Castilla, pensados e sentidos n-as soidades d'a Natureza e d'o meu corazón, fillos cativos d'as horas de enfermedade e d'ausencias, refrexan, quisáis con demasiada sinceridade, o estado d'o meu esprito unhas veces; outras, a miña natural disposición (que no en balde son muller) á sentir como propias as penas alleas. ¡Ai!, a tristeza, musa d'os nosos tempos, conóceme ben e de moitos anos atrás; mírame como sua, é outra como eu, non me deixa un momento, ni inda cando quero falar de tantas cousas coma andan hoxe n-o aire e n-o noso corazón. ¡Tola de min!, ¿n-o aire, dixen?, ¡n-o meu corazón, inda mais fora de el! Anque en verdade, ¿qué lle pasará á un que non sea como se pasase en todo-l os demáis? ¡En min y en todos!; ¡n-a miña y-alma e n-as alleas!... ¿Mais diráse por eso que me teño por unha inspirada, nin que penso haber feito o que se di un libro transcendental? Non: nin eu o quixen, nin me creo con forzas pra tanto. N-o aire andan d'abondo as cousas graves, é certo; fácil é conoce-l-as, e hastra falar de elas; mais son muller, y âs mulleres, apenas si a propia femenina franqueya lle é permitido adiviña-l-as, senti-l-as pasar. Nós somos arpa de sóyo duas cordas, a imaxina-

ción y o sentimiento; n-o eterno panal que traballamos alá n-o íntimo, solasmente se da mel, máis ou menos dòce, de máis ou menos puro olido, pero mel sempre e nada máis que mel. Que si os problemas que tên ocupados ôs máis grandes entendementos teñen algo que ver con nosco, è nentramentras que os que comparten e levan á unha con nosoutras os traballos d'a vida non poden ocultarnos de todo as suas tristezas y os seus desfalecementos! É de eles vere âs chagas e conta-l-as e buscarlles precuro; é noso axudarlles á soporta-l-es; máis con feitos iñorados que con palabras e romores. O pensamento d'a muller é lixeiro; gústanos como âs volvoretas, voar de rosa en rosa sobre as cousas tamén lixeiras: n'è feito para nós o duro traballo d'a meditación. Cando a el nos entregamos, empreámo-l-o, sin sabe-l-o siquera, d'a inna ta debilidade, e si nos é fácil engaña-l-os espritos frívolos ou pouco acostumados, non sucede o mesmo co'os homes de estudio e reflexión, que logo conocen que baixo d'a crara corrente d'a forma non s'atopa máis que o limo insubstancial d'as vulgaridades. E n-os dominios d'a especulación como n-os d'o arte, nada máis inútil nin cruel q'o vulgar. De elo fuxo sempre con todas as miñas forzas, e por non caer en tan gran pecado nunca tentei pasar os límites d'a simple poesía, que encontra âs veces n-unha expresión feliz, n-unha idea afertunada, áquela cousa sin nome que vai direuta como frecha, traspasa as nosas carnes, fainos estreme-

cer, e resoa n-a y-alma dorida como un outro ¡ai! que responde ô largo xemido que decote levantan en nós os dôres d'a terra.

Depois d'o xa dito, ¿tendrei que añadire que este meu libro n'é en certa maneira fillo d'a mesma inspiración que dou de sí os *Cantares gallegos*? Paréceme que non. Cousa este último d'os meus días de esperanza e xuventude, ben se ve que ten algo d'a frescura propia d'a vida que comenza. Mais o meu libro d'hoxe, esquirto, como quen di, en medio de todo-l os desterros, non pode ter, anque quixera, o encanto que soye emprestarlles a inocencia d'as primeiras impresións: que o sol d'a vida, como o que aluma o mundo que habitamos, non loce n-os seus albores d'a mesma sorte que cando vai poñerse tristemente, envolto antre as nubes d'o postreiro outono.

Por outra parte, Galicia era n-os *Cantares* o obxeto, a y-alma enteira, mentras que n-este meu libro d'hoxe, âs veces, tan soyo é a ocasión, anque sempre o fondo d'o cuadro; que si non pode senon c'a morte despirse o esprito d'as envolturas de carne, menos pode o poeta prescindir d'o medio en que vive e d'a natureza que o rodea; ser alleo á seu tempo e deixar de reproducir, hastra sin pensa-l-o, a eterna e layada queixa que hoxe eisalan todo-l os labios. Por eso iñoro o que haxa n-o meu libro d'os propios pesares, ou d'os alleos, anque ben podo têl-os todos por meus, pois os acostumados â desgracia, chegan a contar por suas

as que afrixe ôs demáis. Tanto e así, que n-este meu novo libro preferín, âs composiciós que puderan decirse personales, aquelas outras que, con máis ou menos acerto, expresan as tribulaciós d'os que, uns tras outros e de distintos modos, vin durante largo tempo sofrir ô meu arredore. ¡E sófrese tanto n-esta querida terra gallega! Libros enteiros poideran se esquirbire falando d'o eterno infortunio que afrixe à os nosos aldeáns e mariñeiros, soya e verdadeira xente d'o traballo n-o noso país. Vin e sentín as suas penas como si fosen miñas; mais o que me conmoveu sempre, e pol-o tanto non podía deixar de ter un eco n-a miña poesía, foron as innumerables coitas d'as nosas mulleres: criaturas amantes para os seus y os extraños, cheas de sentimento, tan esforzadas de corpo como brandas de corazón e tamén tan desdichadas que se dixeran nadas solasmentes para rexer cantas fatigas poidan afrixir â parte máis floxa e inxel d'a humanidade. N-o campo, compartindo mitade por mitade co'os seus homes as rudas faenas; n-a casa, soportando valerosamente as ansias d'a maternidade, os traballos domésticos y as arideces d'a probeza. Soyas o máis d'o tempo, tendo que traballar de sol á sol, e sin axuda pra mal manterse, pra manter ôs seus fillos, e quisáis ô pai valetudinario, parecen condenadas á n'atopare nunca reposo senon n-a tomba.

A emigrazón y o Rei arrebátanlles de contino o amante, o hirman, o seu home, sostén d'a familia

de cote numerosa: y así, abandonadas, chorando o seu desamparo, pasan a amarga vida antre as incertidumbres d'a esperanza, a negrura d'a soidade y as angustias d-unha perene miseria. Y os máis des consolador pra elas é, que os seus homes vanse indo todos, uns porque ll'os levan, y outros porque o exempro, as necesidades, âs veces unha cobiza, anque disculpabre, cega, fannos fuxir, d'o lar querido, d'aquella á quen amaron, d'a esposa xa nai e d'os numerosos fillos, tan pequeniños que inda n'acertan á adiviñar, os desdichados, a orfandade á que os condenan.

Cando n-as suas confianzas estas probes mártires s'astreven á decirnos os seus sacretos, a chorar os seus amores, sempre vivos, á doerse d'as suas penas, descróbese n-elas tal delicadeza de sentimentos, tan grandes tesouros de ternura (que a enteireza d'o seu carauter n'é bastante á mermar), unha abnegación tan grande, que sin querer sentímonos inferiores á aquelas obscuras e valerosas heroínas que viven e morren levando á cabo feitos maravillosos por sempre iñorados, pero cheos de milagres d'amor e d'abismos de perdón. Historias dinas de ser cantadas por mellores poetas d'o que eu son; e cuyas santas armonías deberan ser expresadas c'unha soya nota e n-unha soya corda: n-a corda d'o subrime, e n-a nota d'o delor. Anque sin forzas pra tanto, tentei algo de eso, sobre todo n-o libro titulado *As viudas d'os vivos e as viudas d'os mortos*; mais eu mesma conoso

que non acertei á deci-l as cousas que era menester. As miñas forzas son cativas; quéreas mayores quen haya de cantarnos con toda a sua verdade e poesía tan sencilla como dolorosa epopeya.

... ...

Creerán algúns que porque, como digo, tentei falar d'as cousas que se poden chamar homildes, é porqué me exprico n-a nosa lengoa. N'é por eso. As multitudes d'os nosos campos tardarán en ler estes versos, escritos á causa de elas, pero sô en certo modo pra elas. O que quixen foi falar unha vez máis d'as cousas d'as nosa terra, n-a nosa lengoa, e pagar en certo modo tamén o aprecio e cariño que os *Cantares gallegos* despertaron en algúns entusiastas. Un libro de trescentas páxinas, esquirto n-o dòce dialeuto d'o país, era n-aquel estonces cousa nova e pasaba pol-o mesmo todo atrevemento. Aceptáron-o, y o qu'é máis, aceptáron-o contentos, y eu comprendín que desde ese momento quedaba obrigada á que non fose o primeiro y o último. N'era cousa de chamar as xentes á guerra é desertar d'a bandeira que eu mesma había levantado.

Alá van, pois, as FOLLAS NOVAS que mellor se dirían vellas, porque o son; e últimas, porque pagada xa a deuda en que me parecía estar co'a miña terra, difícil é que volva á escribir máis versos n-a lengua materna. Alá van en busca, non de triunfos, senon de perdós; non de alabanzas, senon d'olvidos; non d'as predileicións d'outros tempos,

senon d'a beninidade que di d'os malos libros. —¡Deixá-l-os pasar!—é o que eu deseo: que os deixen pasar, como un romor máis, como un perfume agreste que nos trai consigo algo de aquella poesía, que nascendo n-as vastas soidades, n-as campías sempre verdes d'a nosa terra, e n-as prayas sempre hermosas d'os nosos mares, veñen direutamente á buscar o natural agarimo n-os corazós que sufren y aman esta querida terra de Galicia.

Santiago, 30 de marzo de 1880.

LIBRO PRIMERO

VAGUEDAS

D'aquelas que cantan âs pombas y âs frores
Todos din que teñen alma de muller;
Pois eu que no as canto, Virxe d'a Paloma,
¡Ai!, ¿de qué'a terei?

II

Ben sei que non hai nada
Novo en baixo d'o ceo,
Que antes outros pensaron
As cousas que ahora eu penso.

E ben, ¿para qué escribo?
E ben, porque así semos,
Relox que repetimos
Eternamente o mesmo.

III

Tal coma as nubes
Que leva o vento,
Y agora asombran, y agora alegran
Os espacios inmensos d'o ceo,
Así as ideas
Loucas que eu teño,
As imaxes de múltiples formas
D'extrañas feituras, de cores incertos,
Agora asombran,
Agora acraran,
O fondo sin fondo d'o meu pensamento.

IV

Diredes de estes versos, y é verdade,
Que tên extraña insólita armonía,
Que n-eles as ideas brillan pálidas
Cal errantes muxicas
Que estalan por istantes
Que desparecen xiña,
Que se asomellan â parruma incerta
Que voltexa n-o fondo d'as curtiñas,
Y a o susurro monótono d'os pinos
D'a veira-mar bravía.

Eu direivos tan sô q'os meus cantares
Así sân en confuso d'a alma miña,
Como sai d'as profundas carballeiras,
Ô comenzar d'o día,
Romor que non se sabe
Si é rebuldar d'as brisas,
Si son beixos d'as frores,
Si agrestes, misteirosas armonías
Que n-este mundo triste
O camiño d'o ceu buscan perdidas.

V

¡*Follas novas*!, risa dame
Ese nome que levás,
Cal si a unha moura ben moura,
Branca lle oise chamar.

Non *Follas novas*, ramallo
De toxos e silvas sôs,
Hirtas, coma as miñas penas,
Feras, coma a miña dor.

Sin olido nin frescura,
Bravas magoás e ferís...
¡Si n-a gándara brotades,
Como non serés así!

VI

¿Qué pasa ô redor de min?
¿Qué me pasa que eu non sei?
Teño medo d'unha cousa
Que vive e que non se ve.
Teño medo â desgracia traidora
Que ven, e que nunca se sabe ónde ven.

VII

Algúns din ¡miña terra!
Din outros ¡meu cariño!
Y éste, ¡miñas lembranzas!
Y aquél, ¡ouh meus amigos!
Todos sospiran, todos,
Por algún ben perdido.
Eu sô non digo nada,
Eu sô nunca sospiro,
Que o meu corpo de terra
Y o meu cansado esprito,
Adondequer que eu vaya
Van conmigo.

V

¡*Follas novas*!, risa dame
Ese nome que levás,
Cal si a unha moura ben moura,
Branca lle oise chamar.

Non *Follas novas*, ramallo
De toxos e silvas sôs,
Hirtas, coma as miñas penas,
Feras, coma a miña dor.

Sin olido nin frescura,
Bravas magoás e ferís...
¡Si n-a gándara brotades,
Como non serés así!

VI

¿Qué pasa ô redor de min?
¿Qué me pasa que eu non sei?
Teño medo d'unha cousa
Que vive e que non se ve.
Teño medo â desgracia traidora
Que ven, e que nunca se sabe ónde ven.

VII

Algúns din ¡miña terra!
Din outros ¡meu cariño!
Y éste, ¡miñas lembranzas!
Y aquél, ¡ouh meus amigos!
Todos sospiran, todos,
Por algún ben perdido.
Eu sô non digo nada,
Eu sô nunca sospiro,
Que o meu corpo de terra
Y o meu cansado esprito,
Adondequer que eu vaya
Van conmigo.

VIII

Alá, pol-a alta noite,
Â luz d'a triste e morimunda lámpara
Ou antre a negra escuridad medosa,
O vello ve pantasmas.

Uns son árbores muchos e sin follas,
Outros, fontes sin augua,
Montes q'a neve eternamente crube,
Ermos que nunca acaban.
Y ô amañescer d'o día,

Cando c'a última estrela aqueles marchan,
Outros veñen máis tristes e sañudos,
Pois a verdade amarga,
Escrita trân n-os apagados ollos
E n-as asienes calvas.

Non digás nunca, os mozos, que perdeches
A risoña esperanza:
D'o q'a vivir comenza, sempre é amiga;
¡Sô enemiga mortal de quen acaba!...

IX

¡Paz, paz deseada!:
Pra min, ¿ónde está?
Quixáis n'hei de tel-a...
¡Ni a tiven xamás!

Sosego, descanso,
¿Onde hei d'o atopar?
N-os mals que me matan,
N-a dor que me dan.

¡Paz, paz, ti és mentira!
¡Pra min non a hai!

X

Unha vez tiven un cravo
Cravado n-o corazón,
Y eu non m'acordo xa si era aquel cravo
D'ouro, de ferro ou d'amor.
Sóyo sei que me fixo un mal tan fondo,
Que tanto m'atormentou,
Que eu día e noite sin cesar choraba
Cal chorou Madanela n-a Pasión.
«Señor, que todo o podedes
—Pedínlle unha vez á Dios—,
Dáime valor pra arrincar d'un golpe
Cravo de tal condición.»
E doum'o Dios arrinquei-n-o,
Mais... ¿quén pensara?... Despois
Xa non sentín máis tormentos
Nin soupen qué era delor;
Soupen sô que non sei qué me faltaba
En donde o cravo faltou,
E seica..., seica tiven soidades
D'aquela pena... ¡Bon Dios!
Este barro mortal que envolve o esprito
¡Quén o entenderá, Señor!...

XI

Cando un é moi dichoso, moi dichoso,
¡Incomprensibre arcano!
Cáxeque—n'é mentira anque o pareza—
Lle a un pesa d'o ser tanto.

Que n-o fondo ben fondo d'as entrañas
Hai un deserto páramo
Que non se henche con risas nin contentos,
Senon con froitos d'o delor amargos.

Pero cando un ten penas
Y é en verdá desdichado,
Oco no atopa n-o ferido peito,
Por q'a dor, ¡henche tanto!

Tan abonda é a desgracia n-os seus dones,
Que os verte, ¡Dios ll'o pague!, ôs regazados.
Hastra que o qu'os recibe
¡Ai!, reventa de farto.

XII

Haxe ou mañan, ¿quén pode decir cándo?
Pero quisáis moi logo,
Viránme á despertar, y en vez de un vivo
Atoparán un morto.

Ó rededor de min levantaránse
Xemidos dolorosos,
Ayes de angustia, choros d'os meus fillos,
D'os meus filliños orfos.

Y eu, sin calor, sin movemento, fría,
Muda, insensibre á todo,
Así estarei cal me deixare a morte
Ó helarme co'o seu sopro.

E para sempre ¡adiós canto eu quería!
¡Qué terrible abandono!
Antre cantos sarcasmos,
Hai, ha de haber y houbo,
Non vin ningún que abata máis ôs vivos
Q'o d'a humilde quietú d'un corpo morto.

XIII

Xa nin rencor, nin desprezo,
Xa nin temor de mudanzas;
Tan sô unha sede..., unha sede,
D'un non séi qué, que me mata.
Ríos d'a vida, ¿ónde estades?
¡Aire!, que o aire me falta.

—¿Qué ves n-ese fondo escuro?
¿Qué ves que tembras e calas?
—¡Non vexo! Miro cal mira
Un cego a luz d'o sol crara.
E vou caer alí en donde
Nunca o que cai se levanta.

XIV

Aquel romor de cántigas e risas,
Ir, vir, algarear;
Aquel falar de cousas que pasaron
Y outras que pasarán;
Aquela, en fin, vitalidade inquieta
Xuvenil, tanto mal
Me fixo, que lles dixen:
«Ivos e non volvás.»

Un á un desfilaron silenciosos
Por aquí, por alá,
Tal como cando as contas d'un rosario
Se espallan pol-o chan:
Y o romor d'os seus pasos, mentres se iñan
De tal modo hastra min veu resoar,
Que non máis tristemente
Resoará quisáis
N-o fondo d'os sepulcros
Ultimo adiós que un vivo á os mortos da.

Y ô fin soya quedei, pero tan soya,
que oyo d'a mosca o inquieto revoar,
D'o ratiño o roer terco e constante,

E d'o lume o *chis chas*,
Cando d'a verde ponla
O fresco zugo devorando vai,
Parece que me falan, qu'os entendo,
Que compaña me fan;
Y este meu corazón lles di tembrando:
«¡Por Dios!... ¡non vos vayás!»

¡Qué dòce, mais qué triste,
Tamén é a soedad!

XV

Á un batido, outro batido,
Á unha dor, outro delor,
Tras d'un olvido, outro olvido,
Tras d'un amor, autro amor.

Y á o fin de fatiga tanta
E de tan diversa sorte,
A vellés que nos espanta,
Ou o repousar d'a morte.

XVI

Cando era tempo d'invierno
Pensaba en donde estarías;
Cando era tempo de sol
Pensaba en onde andarías.
¡Agora... tan soyo penso,
Meu ben, si m'olvidarías!

XVII

Mais vé que o meu corazón
É unha rosa de cen follas,
Y é cada folla unha pena
Que vive apegada n-outra.

Quitas unha, quitas duas,
Penas me quedan de abonda;
Hoxe dez, mañan coarenta,
Desfolla que te desfolla...

¡O corazón m'arrincaras
Desque as arrincaras todas!

XVIII

Có o seu xordo e constante marmurío
Antre o oleaxen de ese mar bravío,
Cal atrai d'as sirenas o cantar.
«N-este meu leito misterioso e frío
—Díme—vén brandamente á descansar.»

Él namorado está de min... o deño!
Y eu namorada de el,
Pois saldremos c'o empeño,
Que si el me chama sin parar, ¡eu teño
Unhas ansias mortás d'apousar n-el...

XIX

Ando buscando meles e frescura
Para os meus labios secos,
Y eu non sei cómo, ni por ónde, atopo
Queimores e amarguexos.

Ando buscando almibres que almibaren
Estes meus agres versos,
Y eu non sei cómo, ni por ónde, sempre
Se lles atopa un fero.

Y o ceo e Dios ben saben
Non teño a culpa de eso:
¡Ay!, sin querel-o, tiña,
O lastimado corazón enfermo.

XX

¡SILENCIO!

A man nerviosa e palpitante o seo,
As niebras n-os meus ollos condensadas,
Con un mundo de dudas n-os sentidos
Y un mundo de tormentos n-as entrañas;
Sintindo cómo loitan
En sin igual batalla
Inmortales deseios que atormentan,
E rencores que matan;
Mollo n-a propia sangre a dura pruma
Rompendo a vena hinchada,
Y escribo..., escribo..., ¿para qué? ¡Volvede
Á o máis fondo d'a-y-alma,
Tempestosas imaxes!
¡Ide á morar có as mortas relembranzas!;
Que a man tembrosa n-o papel sô escriba
¡*Palabras*, e *palabras*, e *palabras*!
¿D'a idea a forma inmaculada e pura
Ónde quedou velada?

LIBRO SEGUNDO

¡D'O INTIMO!

XX

¡SILENCIO!

A man nerviosa e palpitante o seo,
As niebras n-os meus ollos condensadas,
Con un mundo de dudas n-os sentidos
Y un mundo de tormentos n-as entrañas;
Sintindo cómo loitan
En sin igual batalla
Inmortales deseios que atormentan,
E rencores que matan;
Mollo n-a propia sangre a dura pruma
Rompendo a vena hinchada,
Y escribo..., escribo..., ¿para qué? ¡Volvede
Á o máis fondo d'a-y-alma,
Tempestosas imaxes!
¡Ide á morar có as mortas relembranzas!;
Que a man tembrosa n-o papel sô escriba
¡*Palabras*, e *palabras*, e *palabras*!
¿D'a idea a forma inmaculada e pura
Ónde quedou velada?

LIBRO SEGUNDO

¡D'O INTIMO!

¡ADIOS!

¡Adiós!, montes e prados, igrexas e campanas,
¡Adiós!, Sar e Sarela, cubertos d'enramada,
¡Adiós!, Vidán alegre, muiños e hondanadas,
Conxo, o d'o craustro triste y as soedades prácidas,
San Lourenzo, o escondido, cal un niño antre as ramas
Balvis, para min sempre o d'as fondas lembranzas,
Santo Domingo, en onde canto eu quixen descansa,
Vidas d'a miña vida, anacos d'as entrañas.
E vos tamén, sombrisas paredes solitarias
Que me viches chorare soya e desventurada.
¡Adiós!, sombras queridas; ¡adiós!, sombras odiadas;
Outra vez os vaivéns d'a fertuna
Pra lonxe me arrastran.

Cando volver, se volvo, todo estará onde estaba;
Os mesmos montes negros y as mesmas alboradas,
D'o Sar e d'o Sarela, mirándose n-as auguas
Os mesmos verdes campos, as mesmas torres pardas,
D'a catredal severa, ollando as lontananzas;
Mais os que agora deixo, tal coma a fonte mansa,
Ou n-o verdor d'a vida, sin tempestás nin bágoas.

¡Cánto, cando eu tornare, vítimas d'a mudanza,
Terán depresa andado n-a senda d'a disgracia!
¡Y eu..., mais eu, ¡nada temo n-o mundo:
Q'a morte me tarda!

* * *

Grilos e ralos, rans albariñas,
Sapos e bichos de todas crás,
Mentras ô lonxe cantan os carros,
¡Qué serenatas tan amorosas
N-os nosos campos sempre nos dan!

Tan sô acordarme d'elas,
Non sei o que me fai:
Nin sei se é ben,
Nin sei se é mal.

* * *

Cál as nubes n-o espacio sin límites
Errantes voltexan.
Unhas son brancas,
Outras son negras;
Unhas, pompas sin fel me parecen,
Despiden outras
Luz de centela...

Sopran ventos contrarios n-a altura
Y â desbandada,
Van levándoas sin orden nin tino,
Nin eu sei pra ónde,
Nin sei por qué causa:

Van levándoas, cal levan os anos
Os nosos ensoños
Y á nosa esperanza.

* * *

Rico ou probe, algún día
¡Con qué contento e pracidez folgaba!
Y agora probe ou rico, ô desdichado,
¡Todo, todo lle falta!

En balde veñen días, pasan anos,
E inda sigros pasaran:
Si hai abondosas fontes que se secan,
Tamén as hai que eternamente manan;
Mais as fontes perenes n-esta vida
Son sempre envenenadas.

N-elas o esprito que ofendido pena,
N-a humidá enferma d'o rencor se baña
Sin que dado lle sea
Beber d'o olvido n-as saudosas auguas.

¡Odio!, fillo d'o inferno,
Pode acabá-l-o amor; mais ti n'acabas,
Mamoria que recorda as ofensas.
Sí, sí, ¡de ti mal haya!

N-A CATREDAL

Coma algún día, po-l os corunchos
D'o vasto tempro
Vellos e vellas, mentras monean
Silban as salves y os padrenuestros:
Y os arcebispos n-os seus sepulcros,
Reises e reinas, con gran sosego
N-a paz d'os mármores tranquilos dormen
Mentras n-o coro cantan os cregos.
O órgano lanza tristes cramores,
Os d'as campanas responden lexos,
Y-a santa imaxen d'o Redentore
Parés que suda sangre n-o Huerto.

¡Señor Santísimo, a os teus pés, ¡cánto
Tamén d'angustia sudado teño!!
Mais si o pecado castigas sempre,
Á o que afrixido vai á pedircho
Daslle remedio.

O sol poniente, po-l as vidreiras
D'a Soledade, lanza serenos

Rayos que firen descoloridos
D'a Groria os ánxeles y o Padre Eterno.
Santos y apóstoles, ¡védeos!, parece
Que os labios moven, que falan quedo
Os uns co os outros: y aló n-a altura
D'o ceu a música vrai dar comenzo,
Pois os groriosos concertadores
Tempran risoños os istrumentos.

¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra
Aqués sembrantes tan verdadeiros,
Aquelas túnicas maravillosas,
Aquelles ollos de vida cheos?
Vos q'os fixeches de Dios co a axuda
D'inmortal nome, Mestre Mateo:
Xa que ahí quedaches homildemente
Arrodillado, faláime de eso;
Mais co eses vosos cabelos rizos
Santo d'os croques, calás... y eu rezo.

Aquí está a Groria, mais n'aquel lado,
N-aquela arcada negrexa, o inferno
C'as almas tristes d'os condanados,
Ond'as devoran todo-l os demos.
D'alí non podo quita-l os ollos,
Mitá asombrada, mitá con medo,
Que aqueles todos se me figuran
Os d'un delirio, mortaes espeutros.

¡Cómo me miran eses calabres
Y aqueles dèños!
¡Cómo me miran, facendo moecas
Dende as colunas onde os puxeron!
¡Será mentira, será verdade!?
¡Santos d'o ceo,
¿Saberán eles que son a mesma
D'aqueles tempos!...
Pero xa orfa, pero enloitada,
Pero insensibre cal eles mesmos...
¡Cómo me firen!... Voume, sí, voume,
¡Que teño medo!

Mais xa n-os vidros d'a grande araña
Cai ò postreiro
Rayo tranquilo q'o sol d'a tarde
Pousa sereno;
Y en cada prancha d'a araña hermosa
Vivos refrexos,
Cintileando coma as estrelas,
Pintan mil cores n-o chan caendo,
E fan q'a tola d'a fantesía,
Soñe milagres, finxa portentos.
Mais de repente veñen as sombras...,
Todo é negrura, todo é misterio...
Adiós alxofres, e maravillas...
Tras d'o Pedroso púxose Febo.

Coma pantasmas cruzan as naves
Silbando salves e padrenuestros

Vellos e vellas q'a Dios lle piden,
Él tan sô sabe cáles remedios;
Que cando o mundo nos deixa, é soyo
Cando buscamos con ansia o ceo.

Os pés d'a Virxe d'a Soledade
—¡De moitos anos nos conocemos!...—
A oración dixen que antes dicía,
Fixen mamoria d'os meus sacretos:
Para mi madre deixei cariños,
Para os meus fillos miles de beixos:
Po-l os verdugos d'o meu esprito
Recei... e fuime, pois tiña medo!

* * *

¡Corré, serenas ondas cristaiñas,
Pasade en calma e maxestosas, como
As sombras pasan d'os groriosos feitos!
¡Rodade sin descanso, como rodan
Â eternidá xeneracións sin número
Que cal eu vos contempro, contempráranvos!
Daime vosos perfumes, lindas rosas;
D'a sede que me abrasa, craras fontes
Apagade o queimor... ¡Nubes de gasa
Cubrid cal velo de lixeiro encaixe
D'o ardente sol os briladores rayos;
E ti temprada e cariñosa brisa,
Dá comenzo a os concertos misteriosos.
Antr'os carballos d'a devesa escura
Por onde o Sar vai marmurando leve.

O tempo pasou rápido; a centela
Tal vez máis lentamente o espaço inmenso
Atravesa ô caer que eles, os anos,
Pra min correron en batallas rudas...
¡Mais correron por fin... y o día chega!...
Dame os teus bicos y os teus brazos ábreme

Aquí onde o río, n-a espesura fresca...
Á ninguén digas onde estou...: con frores
D'as que eu quería a delatora mancha
Crube..., e que nunca có o meu corpo acerten
Profanas mans para levarme lexos...
¡Quero quedar onde os meus dôres foron!

* * *

Cada noite eu chorando pensaba...
Que esta noite tan grande non fora
Que durase..., e durase entretanto
Que a noite d'as penas
Me envolve loitosa.

Mais a luz insolente d'o día,
Constante e traidora,
Cada amañecida,
Penetraba radiante de groria
Hastra o leito donde eu me tendera
Co'as miñas congoxas.

Desde entonces busquei as tiniebras
Máis negras e fondas,
E busquéi-n-as en vano, que sempre
Tras d'a noite topaba co'a aurora...
Sô en mí mesma buscando-n-oscuro
Y entrando n-a sombra,
Vin a noite que nunca s'acaba
N-a miña alma soya.

TI ONTE, MAÑAN EU

Caín tan baixo, tan baixo,
Que a luz onde a min non vai;
Perdín de vista as estrelas
E vivo n-a escuridá.

Mais, aspera... ¡o que te riches
Ensensibre ô meu afán!
Inda estou vivo..., inda podo
Subir para me vingar.

Tirá pedras á o caído,
Tirálle anque sea un cento;
Tirá..., que cando cayades,
Haivos de face-l o mesmo.

* * *

Deixa que n-esa copa donde bebes
As dozuras d'a vida,
Unha gota de fel, unha tan sóyo,
O meu dorido corazón exprima.
Comprenderás estonces
Cómo abranda e dalor as pedras frías,
Anque abrandar non poida
Almas de ferro e peitos homicidas.

BOS AMORES

Cal olido de rosas que sai d'antre ramaxen
N-unha mañan de mayo, hai amores soaves
Que ni inda vir se sinten, nin se ve cando entraren
Pol-a mimosa porta q'o corazón lles abre
De seu, cal se abre n-o agosto
A frol ô orballo d'a tarde.
E sin romor nin queixa, nin choros, nin cantares,
Brandos así e saudosos, cal alentar d'os ánxeles,
En nós encarnan puros, corren co'a nosa sangre
Y os ermos reverdecen d'o esprito onde moraren.
Busca estes amores..., búscaos,
Si tés quen che os poida dare;
Que estes son sóyo os que duran
N-esta vida de pasaxen.

AMORES CATIVOS

Era dêlor y era cólera,
Era medo y aversión,
Era un amor sin medida,
¡Era un castigo de Dios!
Que hai uns negros amores d'índole penzoñenta
Que privan os espritos, que turban as concencias,
Que morden, se acariñan, que cando miran queiman,
Que dan dôres de rabia, que manchan e q'afrentan.
Máis val morrer de friaxen
Que quentarse â sua fogueira.

* * *

¡Abride, as frescas rosas;
Brilade, os caraveles
D'o seu xardín; ¡ouh, árbores! vestivos
C'as lindas follas verdes!
Parras que un tempo sombra nos prestaches!:
A cubrirvos de pámpanos volvede.
¡Natureza fermosa,
A mesma eternamente:
Dille a os mortaes, de novo ôs loucos dille
¡Que eles no máis perecen!

DE BALDE...

Cando me poñan o hábito,
Se é q'o levo;
Cando me metan n-a caixa,
Se é q'a teño;
Cand'o responso me canten,
Si hai con qué paga-l ôs cregos,
E cando dentro d'a cova...
¡Que inda me leve San Pedro
Se sô ô pensa-l-o non río
Con unha risa d'os deños;
Qu'enterrar, han enterrarme
Anque non lles den diñeiro!...

¿QUÉN NON XIME?

Luz e progreso en todas partes..., pero
As dudas n-os corazós,
E bágoas que un non sabe por qué corren,
E dôres qu'un non sabe por qué son.

Outro cantar, din, cansados
De este estribilo, os que chegando van
N-unha nova fornada, e que andan cegos
Buscando o que inda non hai.

¡Réprobos!... Sempre á o oculto perguntando
Que, mudo, nada vos di:
Buscade a fe, que se perdeu n-a duda
E deixá de xemir.

Mais eles tamén perdidos
Por unha y outra senda van e vên
Sin que sepan, ¡coitados!, por onde andan,
Sin paz, sin rumbo e sin fe.

... ...

Triste é o cantar que cantamos,
¿Mais qué facer si outro mellor non hai?
Moita luz deslumbra os ollos,
Causa inquietude o moito **desear.**
Cand'un ha peste arrebata
Homes tras homes, no hai mais
Que enterrar depresa os mortos,
Baixá-l a frente, e esperar
Que pasen as correntes apestadas...
¡Que pasen!..., que outras virán.

* * *

Ladraban contra min que camiñaba
Cáxeque sin alento,
Sin poder có o meu fondo pensamento
Y a pezoña mortal que en min levaba.
Y a xente que topaba
Ollándome a mantenta
D'o meu dôr sin igual y a miña afrenta
Traidora se mofaba.
Y eso que nada máis que a adiviñaba.
Si a souperan, ¡Dios mío!,
Pensei tembrando, contra min volvera
A corrente d'o río.

Buscando o abrigo d'os máis altos muros,
N-os camiños desertos,
Ensangrentando os pés nos seixos duros,
Fun chegando a o lugar d'os meus cariños
Maxinando espantada: «Os meus meniños,
¿Estarán xa despertos?
¡Ai, que ô verme chegar tan maltratada,

Chorosa, sin alento, e ensangrentada,
Darán en se afrixir... malpocadiños
Por sua nai malfadada!»

Pouco á pouco fun indo
Y as escaleiras con temor subindo,
Có o triste corazón sobresaltado:
¡Escoitei!... Nin as moscas rebulían
N-o berce onde os meus ánxeles dormían
Co'a Virxen a o seu lado.

* * *

¿Por qué, miña almiña,
Por qué ahora non queres
O que antes querías?

¿Por qué, pensamento,
Por qué ahora non vives
De amantes deseos?

¿Por qué, meu esprito,
Por qué ahora te humildas,
Cando eras altivo?

¿Por qué corazón,
Por qué ahora non falas
Falares d'amor?

¿Por qué xa non bates
Con dòce batido
Que calma os pesares?

¿Por qué, en fin, Dios meu,
Á un tempo me faltan
A terra y o ceu?

¡Ouh ti, roxa estrela
Que din que conmigo
Nasciche, poideras

Por sempre apagarte,
Xa que non pudeche
Por sempre alumarme!...

O TOQUE D'ALBA

D'a catredal campana
Grave, triste e sonora,
Cando ô rayar d'o día
O toque d'alba tocas,
N-o espaço silencioso
Soando malencólica,
As tuas bataladas
Non sei qué despertares me recordan.

Foron algúns tan puros
Coma o fulgor d'a aurora,
Outros cal a esperanza
Q'o namorado soña;
Y â derradeira inquietos,
Mitá luz, mitá sombras,
Mitá un pracer sin nome,
E mitá unha sorpresa aterradora.

¡Ai!, q'os anos correron
E pasaron auroras,
E menguaron as ditas,
E medràno as congoxas.
E cando ahora, campana,

O toque d'alba tocas,
Sinto que se desprenden
D'os meus ollos bagullas silenciosas.

¡Qué xorda e tristemente,
Qué pavorosa sóas
N-o meu esperto oído,
Mensaxeira d'a aurora,
Cando ô romper d'o día
Pausadamente tocas!...
¿En dónde van aqueles
Despertares de dichas e de groria?

¡Pasaron para sempre!
Mais ti, grave e sonora,
¡Ai!, ô romper d'o día,
C'a tua voz malencólica
Vés decote á lembrarm-os
Cada nascente aurora;
E parece q'a morto
Por eles e por min á un tempo dobras.

D'a catredal campana,
Tan grave e tan sonora,
¿Por qué á tocar volveches
A y-alba candorosa
Desque eu houben de oirte
En bagullas envolta?
Mais ben pronto..., ben pronto; os meus oídos
Nin te oïrán n-a tarde nin n-a aurora.

* * *

¡Mar!, c'as tuas auguas sin fondo:
¡Ceo!, c'a tua inmensidá,
O fantasma que m'aterra
Axudádeme á enterrar.

É máis grande que vós todos
E que todos pode máis...
C'un pé posto onde brilan os astros
Y outro onde a cova me fán.

Impracabre, bulrón e sañudo,
Diante de min sempre vai,
Y amenaza perseguirme
Hastra a mesma eternidá.

* * *

Cava lixeiro, cava,
Xigante pensamento,
Cava un fondo burato onde a memoria
D'o pasado enterremos:
¡A terra có os difuntos!
¡Cava, cava lixeiro!
E por lousa daráslle o negro olvido,
Y a nada lle darás por simiterio.

* * *

Cando penso que te fuche,
Negra sombra que m'asombras,
Á o pé d'os meus cabezales
Tornas facéndome mofa.
Cando maximo que es ida,
N-o mesmo sol te m'amostras,
Y eres a estrela que brila,
Y eres o vento que zoa.
Si cantan, es ti que cantas;
Si choran, es ti que choras,
Y es o marmurio d'o río
Y es a noite y es a aurora.
En todo estás e ti es todo,
Pra min y en min mesma moras,
Nin m'abandonarás nunca,
Sombra que sempre m'asombras,

A VENTURA É TRAIDORA

Tembra á qu'unha inmensa dicha
N-este mundo te sosprenda;
Grorias, aquí, sobrehumanas
Trân desventuras supremas.
Nin maxines que pasan os dôres
Como pasan os gustos n-a terra;
¡Hai infernos n-a memoria
Cando no os hai n-a concencia!

Cal arraigan as hedras n-os muros,
N-algúns peitos arraigan as penas,
E unhas van minando a vida
Cal minan outras las pedras.
Sí; tembra cando n-o mundo
Sintas unha dicha imensa;
Val máis q'a tua vida corra
Cal corre a y-augua serena.

* * *

Lévame á aquela fonte cristaiña
Onde xuntos bebemos
As purísimas auguas que apagaban
Sede d'amor e llama de deseos.
Lévame pol-a man cal n-outros días...
Mais non, que teño medo
De ver n-o cristal líquido
A sombra d'aquel negro
Desengano sin cura nin consolo
Q'antre os dous puxo o tempo

Ô PAZO D'A...

Era ô caer d'a tarde,
Encomenzaba o cántico d'os grilos,
Xorda a presa ruxia,
Brilaban lonxe os lumes fuxitivos,
Á o pé d'o monte, maxestuoso, erguíase
N-aldea escura o caserón querido,
C'a oliva centenaria
De cortinaxe á o ventanil sirvindo.
Deserta a escalinata,
Soyo o materno niño,
Y enriba de el caendo misteriosas
Co as sombras d'o crepúsculo, as d'o olvido.

¿Quén á o pasado volve
Os ollos compasivos?
¿Quén se lembra dos mortos,
Si inda non poden recordarse os vivos?

* * *

N-o ceo, azul crarísimo;
N-o chan, verdor intenso;
N-o fondo d'a alma miña
Todo sombriso e negro.
¡Qu'alegre romaría!
¡Qué risas e contentos!...
Y os meus ollos en tanto
De bágoas están cheos.
Cubertos de verdura
Brilan os campos frescos,
Mentras q'a fel amarga
Rebosa n-o meu peito.

A XUSTICIA POL-A MAN

Aquês que tên fama d'honrados n'a vila
Roubáronme tanta brancura que eu tiña,
Botáronme estrume n-as galas d'un día,
A roupa decote puxéronm-a en tiras.
Nin pedra deixaron en onde eu vivira;
Sin lar, sin abrigo, morei n-as curtiñas,
O raso có as lebres dormín n-as campías;
Meus fillos... ¡meus anxes!..., que tanto eu quería,
¡Morreron, morreron, c'a fame que tiñan!
Quedei deshonrada, mucháronm'a vida,
Fixéronme un leito de toxos e silvas:
Y en tanto, os raposos de sangre maldita,
Tranquilos n-un leito de rosas dormían.

—*Salvádeme ou*!, *xueces*!, berrei... ¡Tolería!
De min se mofaron, vendeume a xusticia.
—*Bon Dios*, *axudáime*, berrei, berrei inda...
Tan alto qu'estaba, bon Dios non m'oíra.
Entonces, cal loba doente ou ferida,
De un salto con rabia pillei a fouciña,
Rondei paseniño... ¡Ni as herbas sentían!

Y a lua escondíase, y a fera dormía
Có os seus compañeiros en cama mullida.

Mirei-n-os con calma, y as mans extendidas,
De un golpe, ¡de un soyo!, deixei-n-os sin vida.
Y a o lado, contenta, senteime d'as vítimas,
Tranquila, esperando pol-a alba d'o día.

Y entonces..., entonces cumpréuse a xusticia,
Eu, n-eles; y as leises, n-a man q'os ferira.

* * *

Dios puso un velo enriba
D'os nosos corazós
Velo q'oculta abismos
Que El pode ollar tan sô.
Cando eu penso o que viran
N-o que adorando estou
Homilde e de rodillas
Cal se adora al Señor,
Si este velo caíse
De repente antre os dous,
Tembro..., e incrinada a frente
Digo: «¡Qué sabio é Dios!»

* * *

Tas-tis, tas-tis, n-a silenciosa noite
Con siniestro compás repite a péndola,
Mentras a frecha aguda
Marcando un y outro istante antre as tiniebras,
D'o relox sempre imóvil
Recorre lentamente a limpa esfera.
Todo é negrura en baixo
E sô n-a altura imensa,
Sô n-a anchura sin límites d'o ceo
Con inquietú relumbra algunha estrela,
Cal n-a cinza d'as grandes estivadas
Brilan as charamuscas derradeiras.
Y a péndola no máis, xorda batendo
Cal bate un corazón que hinchan as penas,
Resóa pavorosa
N-a escuridade espesa.
En vano a vista con temor n-escuro
Sin parada vaguea;
Uns tras d'outros istantes silenciosos
Pasando van, e silenciosos chegan

Outros detrás, n-a eternidá caindo
Cal cai o grau n-a moedora pedra,
Sin que o porvir velado á os mortals ollos
Rompan as pesadas brétemas.

¡Qué triste é a noite, y o relox que triste,
Si inquieto o corpo y a concencia velan!

AMIGOS VELLOS

Cando antre as naves tristes e frías
De alto mural,
Cal elas fría, cal elas triste,
O ser d'a tarde vou á rezar,
¡Qué pensamentos loucos y extraños
Á miña mente veñen e van!

Xordo silencio que eu xa conoço.
Que é meu amigo de anos atrás,
Pero que é cheo d'outras lembranzas,
Por onde o esprito parés que escoita
Eco mortal,
Reina n-os ámbitos d'a gran basílica
Con misteriosa serenidad.

Incertas sombras, rayos tembrosos,
Cabo d'o altar,
Pousan, vaguean, fuxen y agrándanse
De adiente atrás.
Y o Santo Apóstol, sempre sentado
No seu sitial

De prata y ouro, contempra inmóvil
Con ollos fixos canto alí está.

¡Quén fora pedra, quén fora santo
D'os q'alí hai!,
Como San Pedro, n-as mans as chaves,
Co'o dedo en alto como San Xoan,
Unhas tras outras generaciones
Víra pasar,
Sin medo â vida, que da tormentos,
Sin medo â morte, que espanto da.

Logo se acaba d'a vida a triste
Pelerinax.
Os homes pasan, tal como pasa
Nube de vran.
Y as pedras quedan..., e cando eu morra,
Ti, catredal,
Ti, parda mole, pesada e triste,
Cando eu non sea, tí inda serás.

* * *

Mayo longo..., mayo longo;
Todo cuberto de rosas,
Para algúns, telas de morte,
Para outros, telas de bodas.

Mayo longo, mayo longo,
Fuches curto para min,
Veu contigo a miña dicha,
Volveu contigo á fuxir.

LUA DESCOORIDA

Lua descoorida
Como cor d'ouro páledo:
Vesme y eu non quixera
Me vises de tan alto.
Ó espaço que recorres
Lévame, caladiña, n-un teu rayo.

Astro d'as almas orfas,
Lua descolorida:
Eu ben sei que n'alumas
Tristeza cal a miña.
Vái contallo á teu dono
E dílle que me leve adonde habita.

Mais non lle contes nada
Descoorida lua,
Pois ni n-este ni n-outros
Mundos terei fertuna.
Se sabes onde a morte
Ten a morada escura,
Dílle que corpo y alma xuntamente
Me leve adonde non recordan nunca,
Ni n-o mundo en que estou nin n-as alturas.

• • •

¡Qué prácidamente brilan
O río, a fonte y o sol;
Cánto brilan!..., mais non brilan
Para min, non.

¡Cal medran herbas e arbustos,
Cál brota n-o árbor a frol!
Mais non medran nin frorecen
Para min, non.

¡Cal cantan os paxariños
Enamoradas canciós!
Mais anque cantan, non cantan
Para min, non.

Cál a Natureza hermosa
Sorrí á mayo q'a mimou;
Mais para mí non sorrí,
Para min, non.

Sí..., para todos un pouco
De aire, de luz, de calor...
Mais si para todos hai,
Para min, non.

¡E ben!..., xa que aquí n'atopo
Aire, luz, terra nin sol,
¿Para min n'habrá unha tomba?
Para min, non.

EXTRANXEIRA N-A SUA PATRIA

N-a xa vella baranda
Entapizada de hedras e de lirios
Foise á sentar calada e tristemente
Frente d'o tempro antiguo.

Interminable procesión de mortos,
Uns en corpo no máis, outros n-o esprito,
Veu pouco á pouco á aparecer n-a altura
D'o direito camiño,
Que monótono e branco relumbraba
Tal como un lenzo n-un herbal tendido.

Contemprou cál pasaban e pasaban
Correndo hacia o infinito,
Sin que ô fixaren n-ela
Os ollos apagados e afundidos
Deran siñal nin moestra
De habe-l-a n-algún tempo conocido.

Y uns eran seus amantes n-outros días,
Deudos eran os máis y outros amigos,
Compañeiros d'a infancia,
Sirventes e veciños.

Mais pasando e pasando diante de ela
Fono os mortos aqueles prosiguindo
A indiferente marcha,
Camiño d'o infinito,
Mentras cerraba a noite silenciosa
Os seus loitos tristísimos
En torno d'a extranxeira n'a sua patria,
Que sin lar nin arrimo,
Sentada n-a baranda contempraba
Cál brilaban os lumes fuxitivos.

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

I

Aquelas risas sin fin,
Aquel brincar sin delor,
Aquela louca alegría,
¿Por qué acabou?
Aqueles dòces cantares,
Aquelas falas d'amor,
Aquelas noites serenas,
¿Por qué no son?
Aquel vibrar sonoroso
D'as cordas d'a arpa y os sons
D'a guitarra malencónica,
¿Quén os levou?
Todo é silensio mudo,
Soidá, pavor,
Onde outro tempo a dicha
Sola reinou...

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

II

O simiterio d'Adina
No hai duda qu'é encantador,
Co'os seus olivos escuros
De vella recordaçón;
Co'o seu chan de herbas e frores
Lindas cal no outras dou Dios;
Co'os seus canónegos vellos
Que n-el se sentan ô sol;
Co'os meniños que alí xogan
Contentos e rebuldós;
C'as lousas brancas que o cruben,
E co'os húmedos montons
De terra, onde algunha probe
Ô amañescer se enterrou.
Moito te quixen un tempo,
Simiterio encantador,
Co'os teus olivos escuros,
Mais vellos q'os meus abós;
Co'os teus cregos venerables,
Que se iban sentar ô sol,
Mentras cantaban os páxaros
As matutinas canciós,
E co'o teu osario homilde
Que tanto respeto impón
Cando d'a luz que n-el arde
Ve un de noite o resprandor.

Moito te quixen e quérote,
Eso ben o sabe Dios;
Mais hoxe, ô pensar en ti
Núbraseme o corazón:
Q'a terra está removida,
Negra e sin frols...

¡*Padrón*!... ¡*Padrón*!...
Santa María... Lestrove...
¡*Adiós*! ¡*Adiós*!

III

Fun un día en busca de eles,
Palpitante o corazón,
Fúnos chamando un á un
E ningún me contestou.
Petei n-unha y outra porta,
Non sentín fala nin voz,
Cal n-unha tomba valdeira
O meu petar resonou.
Mirei pol-a pechadura,
¡Qué silensio!... ¡Qué pavor!...
Vin no máis sombras errantes
Que iban e viñan sin són,
Cal voan os lixos leves
N-un rayo d'o craro sol.
Erguéronseme os cabelos
De extrañeza e de delor.

¡Nin un soyo!..., ¡nin un soyo!
¿Onde están?; ¿qué de eles foi?
O triste són d'a campana,
Vagoroso á min chegou...
¡Tocaba á morto por eles!...

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

PASADE

Brila, rayo d'a aurora
Cal un sono de paz branco e purísimo:
¿Á aquel que nasceu cego, que lle importa
O teu fulgor divino?

Xemí, serenas ondas,
Co'o romor d'os pinares;
Músicas, ¡ai!, e cantos y armonías,
Para un xordo, ¿qué valen?

¡Pasá!..., pasade, hermosas,
Feitizo d'os que esperan e d'os que aman;
Amores e praceres son mentira
Pra quen ten seca a y-alma.

* * *

¿Por qué, Dios piadoso,
Por qué chaman crime
Ir en busca d'a morte que tarda,
Cando á un esta vida
Lle cansa e lle afrixe?

Cargado de penas,
¿Qué peito resiste?
¿Cál rendido viaxero non quere
Busca-l o descanso
Q'o corpo lle pide?

¿Por qué si un non rexe
As dores qu'o oprimen
Por qué din que te amostras airado
De que un antre as tombas
A frente recrine?

Inferno n-o mundo,
É inferno sin límites
Máis alá de esa cova sin fondo

Q'a y-alma cobiza,
Q'os ollos non miden.

Si é que esto é verdade,
¡Verdade terrible!
Ou deixade un inferno tan soyo
De tantos que eixisten,
Ou si non, Dios santo, ¡piedade d'os tristes!

¡SOYA!

Eran doudal'as tardes,
Risoñas as mañáns,
Y era a tristeza sua
Negra coma orfandá.
Íñase â mañescida,
Tornaba co a serán;
Mais que fora ou viñera
Ninguén ll'o iña á esculcar.
Tomou un día lene
Camiño d'o areal...
Como naide a esperaba,
Ela non tornou máis.
O cabo d'os tres días
Botou-n-a fora o mar,
Y alí onde o corvo pousa,
Soya enterrada está.

LIBRO TERCERO

VARIA

N'HAI PEOR MEIGA QUE UNHA GRAN PENA

I

—Marianiña, vait'ô río.
—Deixa, ña nai, que aquí estea,
Que eu non vexa a luz d'o día,
Que a luz á min non me vexa.
—¿Qué estás dicindo, rapaza?...
—Que onte â mañán n-a debesa
A y-augua se tornou roxa
Cando me fun lavar n-ela;
Que en baixo d'os meus peíños
Íñanse muchando as herbas;
Que ô ferirme o sol n-a cara
Tornoum'a color d'a cera;
Que os ourizos d'os castaños
N-os meus cabelos se enredan;
Q'as espiñas d'os espiños
Contra min se volven feras;
Q'o pasá-l as corredoiras
Prenden en min as silveiras;
Que me pican as ortigas;
Que me mágoan as areas,

Y os paxariños ô verme,
Din cantando en son de queixa:
¡*Vai morrere Marianiña*!...
¡*Rezade todos por ela*!

—¡Ai, miña Virxe d'o Carme,
Que a miña filla está enferma!
¡Ai Dios, que m'a enfeitizaron!...
¡Ai, q'a avafou unha meiga!
Non foras ti tan bonita,
Naide envidia che tivera.
Prenda d'as miñas entrañas,
Ven á min, non tomes pena,
Q'has de ir á San Pedro Mártir,
Mais que bois e vacas venda...

—Mi madriña, mi madriña,
Levaime adonde quixeras,
Mais para min n'hai remedio
En todo o redor d'a terra,
Si non é n-un corazón
Que m'oprime antre cadeas,
Si n'é n-unha mala boca
Que me pragou maldicenta...

—¿Quén te pragueou, ña filla?
¿Qué males, meu ben, fixeras?
—Non m'o preguntes, mi madre,
Pois val máis que nunca o sepas:
Secretos de esta feitura

Deben dormir antre as pedras.
—Fala, rapaza, que sinto
Ferverme a sangre n-as venas.
—Que eu non vexa a luz d'o día,
Q'a luz á min non me vexa...!
Mi madriña, mi madriña,
Non me maldizás cal ela.
Déixame ir co'o meu sacreto
Dormir n-o fondo d'a terra.
—Non irás co'o teu sacreto;
Non irás, anque ben queiras;
Que alí á preguntárch'o fora
Tu madre, e alí responderas.

—¡Ai, mi madre! Era bonito
Coma os anxes d'as igrexas;
Era en falas amoroso,
Moito, muito máis q'as sedas;
Era dòce..., muito, muito
Más q'a mel que sai d'a cera.
Olía á rosas de mayo;
Seus ollos eran estrelas,
E tiña cal ouro puro
A enrisada cabeleira...
—Acaba, Mariana, acaba,
Q'o corazón se me aperta...
¿De quén falas?, dim'o, dim'o...
¿Ou quizáis soñaches, nena?
—Non soñei, mi máa, non soño,
Anque soñar ben quixera;

Folguei co'o conde, señora,
Prometido d'a condesa.
Falábame antre os carballos
Cando iba á o monte por leña;
Falábame á o pé d'o río
N-as tardes d'o vran serenas;
Falei con el..., ¡ai!, falara,
Mi madriña, a vida enteira.
—¡Ai!, santa Virxe querida,
Q'a miña filla está enferma,
Enferma de mal d'amores
Que enfermaron a honra de ela.
Ben fan en cantarche os páxaros,
Marianiña, miña prenda:
¡*Vai morrere Marianiña*!...
¡*Que recen todos por ela*!

Marianiña vai secando,
A probe sin sangre queda,
N'hai alimento que tome,
N'hai augua que ll'apeteza.
Amigas n'hai q'a consolen,
Músicas n'hai q'a entreteñan,
Y â vista d'o sol acora,
Y â vista d'as frores tembra.
A súa nai anda tola
En busca de santas herbas,
Que n-o leito de Mariana
Pon de noite â cabeceira;
E vai de ermida en ermida,

Leva ofrenda tras ofrenda
Á cada bendita Virxe.
Á todo-l os santos reza
Y âs ánimas lles pon luces
Para que pidan por ela.
Pero non sanda Mariana,
Mariana sin sangre queda...
Todos dín que unha *chuchona*
Ven de noite á zugar n-ela,
Y hai algún que veu de noite
A *compaña* po-l a aldea.

II

—¿Conque morre a namorada?
¿Por min morre a linda nena?
¡Nunca!, porque eso non fora
Dino d'a miña nobreza.
Enxugade esas bagullas,
Non chorés máis, probe vella,
Que a nena d'as trenzas longas
Ben pronto será condesa.
Vamos á darlle esta nova,
Vámonos á cabo de ela.—
Y á trote largo camiñan
Po-l o medio d'a debesa.

—Meu señor..., ¿no oís os corvos?
Veñen camiño d'a aldea...

Mirá cál baten as alas...
Cál baten as alas negras.
—Deixa q'as batan, que é cousa
D'os corvos facé tal moestra.
—Señor, señor..., ¡cómo chilan!
¡Qué agoreiramente berran!
É porque adiviñan morte,
É que mortandade hai cerca.
—¡Habrá-y-a! Que Dios acolla
Á aquel que deixa esta terra...
—Meu señor, tocan a morto...
¡Ai!, tocan n-a grosa igrexa...
¡Ña Virxe! ¿Quén morrería?
—Non pensés en quén morrera,
Pensá, ña vella, tan soyo
N-a vosa filla que pena.
—Señor, señor..., pouco andamos;
Picade, por Dios, espuela,
Que ô sair, ô amañecere,
No había enfermos n-aldea
Si non era miña filla,
Que tiña o color d'a terra
Y os pés coma a neve fríos,
Y as manciñas como cera,
Y ô redor d'os tristes ollos
Unhas como manchas negras.
—Afrixísme co eses ditos,
Y aguillóame a impacencia...
Medio condado daría
Por salvá-l a vida de ela:

D'a máis fermosa villana
Q'hai en toda a redondeza;
Mais se é q'a atopase morta,
Si tal nos acontecera...
Xa q'a matase, hastra a morte
Hei de facer penitencia.

Morreu, morreu Mariana;
O conde viu-n-a antre as velas,
Mais ela non veu a el,
Q'antes de chegar morrera.
Morreu como un paxariño,
Y antre os lenzos q'a rodean
Parés un ánxel que aguarda
Que veñan d'o ceu por ela.
... ...
... ...
Ninguén soupo que d'amores
E que d'olvido morrera.
Uns dixeron q'unha praga
Con ela n-a tomba dera;
Outros contaban que fora
D'a abafada d'unha meiga...
Mais por ela o conde fixo
Hastra o seu fin penitencia.

VAMOS BEBENDO

—Teño tres pitas brancas
Y un galo negro,
Que han poñer bos ovos,
Andando o tempo;
Y hei de vendelos caros
Po-l o Xaneiro;
Y hei de xuntá-l os cartos
Para un mantelo;
Y héi-n-o de levar posto
N-o casamento;
Y hei...
—Pois mira, Marica,
Vái por un neto,
Y'antramentas non quitas
Eses cerellos,
Y as pitas van medrando
Co'o galo negro,
Para poñé-l os ovos,
E todo aquelo
D'o Xaneiro, d'os cartos,
Y o casamento,
Miña prenda d'a y-alma,
¡Vamos bebendo!

* * *

—Un verdadeiro amor é grande e santo,
D'os encantos encanto,
Y é dòce..., dòce antre as dozuras todas.
—Seica por eso tanto
Tras d'unhas y outras modas,
Dalle por empachar, anque ben sabe.
—¿Por máis que acabe en bodas?...
—Anque en bodas acabe;
Pois como todo dòce, miña vida,
Y esta é cousa sabida
Como que queima o fogo,
Canto máis come un de el, repuna logo.

* * *

—Non cantes, non chores, non rías, non fales,
Nin entres, nin sallas sin m'o preguntare.
¡Válate San Pedro con tanto gardarme!
—Pois de q'así sea, nena, non te extrañes;
Que cantes, que chores, que rías, que fales...
«¡Cál pasa n-un tempo!», meniña, diránche.

¡ADIANTE!

N-o escuro pavoroso
Y antre xordo romor d'os pinos bravos
Q'a tempestá azoutaba como á escravos,
Oyéuse, como queixa de raposo,
Un asubio medoso.

Y un layo de temor que daba frío,
O medoso asubío
Respondeu dende o fondo d'a espesura,
Aumentando n-o espíritu a tristura
Que daba o rouco marmurar d'o río.

Antre as negras ribeiras manso e lento,
Como corre o abatido pensamento
Antre os tristes remorsos y a esperanza,
Iña á compás d'o vento
Correndo tras d'a extensa lontananza.

Mais cabe d'a ancha orela,
Misterioso y agachado un centinela.
N-unha lancha d'o Miño apousentaba;
Y a arma n-a man y en vela
Á través d'a ramaxen axexaba.

¡NIN AS ESCURAS!...

I

—Todo está negro; as sombras envolven a vereda,
E nin o ceu ten ollos, nin o pinar ten lengua.

¡Vamos! D'o que hai oculto, ¿quén mideu as fonduras?
¡Alma n'habrá q'o sepa!... ¡Ven!... A noite está escura.

—¿Escura?... Mais relumbra non sei qué luz traidora...
—É unha estrela que brila n-as auguas bulidoras.

—¿E non oyes que runxe algo onde aquel herbal?
—É o vento que anda tolo correndo antre o follax.

—Escoita, sinto pasos, y asoma seica un bulto...
Se é un vivo, matarémo-l-o: non fala se é difunto!

Mais aquí, onde este cómaro, hai unha cova fonda;
Vén: e santos ou deños, que nos atopen hora.

II

¿Adónde irei comigo? ¿Dónde me esconderei,
Que xa ninguén me vexa y eu non vexa á ninguén?

A luz d'o día asómbrame, pásmame a d'as estrelas,
Y as olladas d'os homes n-a y-alma me penetran.

Y é q'o que dentro levo de min, penso que ô rostro
Me sai, cal sai d'o mare ô cabo un corpo morto.

¡Houbera, e que saira!...; mais non, dentro te levo,
¡Fantasma pavoroso d'os meus remordementos!

* * *

Xigantescos olmos, mirtos
Que brancas frores ostentan,
Unhas con cogollos inda,
Outras q'o vento esfollea.
Buxos que xa contan sigros
E que xuntos verdeguean
Formando de rama e troncos
Valos que naide atravesa;
E n-os que moi descansadas
Fan o seu niño as culebras.
Loureiros hirmans d'os buxos
Pol-a altura y a nacenza,
Pois arraigaron á un tempo
N-o máis profundo d'a terra.
Limoeiros e laranxos
Q'o verde musgo sombrean
Y olido esparcen d'azare
Con que a xente se recrea.
Eternos bosques en donde
Sombrío misterio reina,
Onde sô os paxaros cruzan
Pol-as tristes alamedas;

Onde ô marmurar as fontes
Un coidara que se queixan,
Y onde o mesmo sol d'o estío
Malencónico penetra.
Y en medio de esta espesura
E de esta hermosa tristeza,
N-unha casa inda máis triste,
Si de fachada soberba,
Alí din que ten o niño
A nai de toda-l as meigas:
Casa con portas de cedro,
En cada ventana reixa,
Cociña como de monxes,
Silencio como de igrexa,
Criados que non dan fala,
Cans que morden como feras:
Alí a viron negra e fraca
Como unha gata famenta,
N-o máis san e máis frorido
D'a hermosa terra gallega.
Y estes mals que nos afrixen
Din que todos veñen de ela.
¡Mais sucede n-esta vida
Q'os que tên culpa n'alevan!

CADA COUSA N-O SEU TEMPO

D'o alegre mayo, unha alborada fresca
Foit'á sorrir n-o outono malencónico,
E por nadal os membros ateridos
Quentache ben contento á un sol d'agosto;
Despois tembraches espantado, e fuches
Buscando a sombra inquieto e pesaroso;
Mais a mamoria preguizosa, tarde
Trouxera ô teu recordo
Que aqueses cambios bruscos
Raros e intempestosos
De loitos e pesares, n-esta vida,
Sinal segura eternamente fonon.
E tras d'aquel calor que che emprestara
N-o inverno un sol d'agosto,
Sô sentiche d'a frebe o mortal frío
Que helou hastra os teus osos.
As colsas n-o seu tempo
Y as feras n-o seu tobo.

* * *

Cabe d'as froles a nena
Canta alegre o seu cantar,
Y é branca como azucena,
Pálida coma a luar.
Y onde a boquiña, un lunar
Gracioso lle dou Dios, tan feito, tanto,
Que é de todos o encanto.

¡Cor de luar..., qué cor lindo!
Uns ollos cal noite escura,
Labios que falan sorrindo
Y aquel sinal... Fermosura
Máis, non cabe en criatura
Q'a que Dios quiso darche, linda rosa,
Dòce, casta e preciosa.

Ser amada, ese é teu sino,
Amada cal n-outra houber,
E ¡qué dichoso destino!
Ser querida e ben querer,
É a ambición d'a muller

Y o soyo ben que busca sin medida
N-esta mísera vida.

Pero, nena alunarada,
¿Sabes o q'o refrán di? :
Que é en amores desdichada
A que un lunar ten así.
E tamén din q'o eres ti,
A pesar d'as risadas d'os teus labios,
Que non saben de agravios.

¡Ai!, será-l-o en mal hora:
Que n-esto de namorar
Tamén se mete a traidora
Mala sorte á traballar.
E métese á enfeitizar
Corazós inocentes y almas puras
No afeitas á amarguras.

... ...
... ...

¡Probe nena alunarada,
Pálida coma o luar!
¡Cómo canta o seu cantar
Tan serena, e sin pensar
Q'a que lunares ten, fertuna esquiva
Ll'ha de ser mentras viva!

Alegre e dichosa canta
Aquela linda cançón,

Que trai á su mente tanta
Querida recordaçón;
Que asín é como oración
Q'a y-alma, triste, con amor marmura
Pidindo a Dios ventura.

Y ela non pensa, toliña,
E non maxina a coitada
Que mal tras d'o amor camiña
E ten fertuna menguada
A que nase alunarada:
Q'a que ten un lunar tan primoroso
Nunca terá reposo.

Tan soyo ch'aguardan penas
Linda rosa a d'o lunar:
As grandes tras d'as pequenas,
Unha tras outra á chamar
Â tua porta han de chegar;
Que ninguén, tal é a forza d'o destino,
Ninguén torce o seu sino.

PELOURO QUE RODA

Dou escomenzo pensando;
Despois, gustáulle pensar,
E de este gusto a o desexo
Á toda prèsa se vai.

E decote descendendo,
Descendendo sin parar,
Dende o desexo a o pecado
Á toda prèsa se vai.

A DISGRACIA

¿Por qué existe?, ¿quén é?, ¿dónde a soberba
Morada ten?, ¿arteira, en dónde habita?
Sono lixeiro ou pasaxeira nube
Pra moitos é q'apenas deixa rastro.
Outros os golpes alevosos sinten
Que ll'asesta con negra traidoría
Dende o comenzo a o fin d'a vida escrava;
Pero n'a ven, anque a mirada tendan
Arrededor, pra a evitare, cautos
O seu vafo pestífero; ni a atopan
N-o espaço, nin n-a terra, nin n-o mare.
Anque ela en todo está, sempre dañina.
... ...

O mal, d'o inferno é fillo ou ben d'o ceo;
A disgracia, ¿de quén? Loba que nunca
Farta se ve, qu'o seu furor redobra
D'a fonda frida â vista ensangrentada,
¿De dónde ven?, ¿qué quer? ¿Por qué a consintes,
Potente Dios, q'os nosos males miras?

¿Non ves, Señor, q'o seu poder afoga
A fe y o amor n-o esprito que en Ti fía?
¡Cómo endurece o corazón que un tempo
Era todo brandura! ¡Cómo mata
D'a espranza a luz, que un resprandor tranquilo
N-os astros derramaba d'a existencia,
Nova forza prestando ô pé cansado
E máis valor a y-alma temerosa!
Todo o mucha ô seu paso, a pranta sua
Maldita todo para sempre estraga;
Todo a sua lama pegaxosa entrubia.
¡E qué oco tan profundo fai en torno
D'aquel á quen persigue! ¡Cómo fuxen
As xentes de el pra non oir os layos
Que o seu penar ll'arrinca, ou a espantosa
Blasfemia que con labio balbucente
Asimesmo mordéndose prenuncia!:
Que apestado no existe n-esta vida
Que tanto horror â humanidade cause,
Como o que d'a desgracia vai tocado.

¡E cómo non, si o ben contra el se volve,
Si o mesmo sol non loce onde el habita,
Si a fonte onde beber envenenada
Decote está; si o pan se volve asentes
Pra o seu paladar, y o mar sin fondo
Enxoito n-un instante se quedara
Si el n-a onda amarga se afogar quixera;
E n-os brazos d'a morte que aborrece,
A mesma morte o deixa abandonado!

¡Ah, piedade, Señor! ¡Barre esa sombra
Que en noite eterna para sempre envolve
A luz d'a fe, d'o amor e d'a esperanza!
Sombra d'horror que os astros briladores
Escurece d'os ceos, que un novo inferno
N-este mundo formou, y un mundo novo,
Donde todo valor perde os seus bríos
E toda forza sin loitar se estrela;
Onde as tinebras d'a impiedá, extendidas,
Borran todo camiño que á Ti guíe!

¡Dios de bondá, co'o teu potente sopro
De nós aparta ese fantasma horribre
Que a desesperaçón da por remate;
Pois xa abasta c'as dôres, c'a miseria
D'a carne fraca e c'a infalibre morte
Pra tormento e castigo d'os que tristes
Porque pecaron viven desterrados
D'a patria celestial por que suspiran!

* * *

¡E ben! Cando comprido
Teñas ese ardentísimo deseo,
O meur rir sin descanso será estonces,
Anque un rir triste e negro.

Dendes d'o meu corruncho solitario
Estarei axexándovos sereno,
E tras d'a primadera e tras d'o estío,
Verei cal chega para vós o inverno.
¡E qué inverno tan triste,
Tan áspero e tan fero!...

Como n-outono as follas caen d'os arbores,
D'os vosos corazós irán caendo
As brancas ilusiós con que crubíades
O chan d'o simeterio
En donde os nosos mortos dormen xuntos
D'o olvido n-o silencio.

E n-as negras mortaxas q'os envolven,
Diante de vós aparecer verédees,

Dicindo: «N'era aquelo o que buscábades
Cando engañados insultâst'os ceos...
¡N'era aquelo sin duda, desdichados,
Mais... tampouco era *esto*!...» .
Y eu dende o meu corruncho sorrireime
C'un sorrir triste e negro.

SIN NIÑO

Por montes e campías,
Camiños y expranadas,
Ven unha pomba soya,
Soya de rama en rama.

Síguena as probes crías,
Sedentas e cansadas,
Sin que alimento atope
Pra darlles a bicada.

Trai manchada-l as prumas,
Que eran un tempo brancas,
Trai muchas e rastreiras
Y abatida-l as alas.

¡Ai!, probe pomba, un tempo
Tan querida e tan branca,
¿Ónde vai o teu brilo?...
¿O teu amor, onde anda?

EU POR VÓS, E VÓS POR OUTRO

—A linda, a grande señora,
De non vista fermosura,
¿Ónde irá tan á deshora,
N-unha noite tan escura?
¿Ónde irá con tal premura?

Vai enfouzando n-a lama
O zapatiño de seda...
¡Pol-o toxal vai a dama,
Y o dono antre holandas queda!...
¡Bon sono Dios lle conceda!

Que el durma, que eu velarei
Pol-a dona máis fermosa
Que vin n-o mundo e verei;
Xardiñeiro, coido a rosa
De cuyo olido outro gosa.

Coido de ela noite e día,
Sin descanso nin sosego,
Que atopal-o non podría;

Corpo y alma, non o nego,
Á esa ocupaçón entrego.

Y anque de esto nada sabe,
Eu sei canto podo de ela;
Mais, que tal saber m'acabe...
Sai, pombiña; sai, estrela,
Que un valente por ti vela.
... ...
¿Adónde vai? A escondida
Porta s'abre paseniño...
Romor de seda cruxida
Runxe alá pol-o camiño
Que vai d'a fonte a o muiño...

N'a vexo, mais ela é;
Chégame o seu dòce olido,
Sinto o pisar d'o seu pé;
Y o meu corazón ferido
De pracer dou un batido.

Nobre dama, linda dona
D'os corazós que prendás:
Perdóname, sí, perdona
Si te sigo adónde vas;
¿Non ves que en perigro estás?

En noite tan tempestosa,
¿Quén vos meteu tal deseo?
¡Enlamugarse así a rosa...!

E n-o meu corazón leo
Que non levás paz n-o seo.

¿E si atopás a *compaña*?
¿E si vos sai a *estadea*?
¿Si con falas vos engaña
E vos pon mantel e cea,
Mentras troa e lostraguea?...

No irés soya, pesia vós,
No irés mentras que eu alente,
Pois fora atentar á Dios.
Señora, Dios non consente
Q'o perigro busque a xente.

Sin que sepás que vos sigo,
Irei tras de vós agora,
Por si vos tenta o enemigo;
Y en tanto non sai a aurora
Non vos deixarei, señora.

—¡Adiós..., adiós, dama hermosa!
¡Darvos á tan malos modos!...
Non vos levou a compaña,
Mais o enemigo levouvos.

Embárgam'o asombro a y-alma...
¡Ai, amor tolo..., amor tolo!...
Ben di aquel refrán sabido:
Eu por vós, e vós por outro.

* * *

—¡Valor!, que anque eres como branda cera,
Aquí en perigro estamos,
E n-outro lado a libertá che espera
Q'aquí ninguén che dera.
—Vamos, señor, adonde queiras... ¡Vamos!

—Tan nobre eres, meu ben, como esforzada;
Mais ¡tembras coma a cerva acorralada
Hora, que xuntos por ventura estamos
Para fuxir, ña prenda enamorada!...
—¡Pois fuxamos..., fuxamos!

—¿Tés medo, miña vida,
Á sere n-os meus brazos sorprendida
Y á que xuntos amándonos morramos?
—¡Ai!, non, q'a dicha así fora cumprida...
Mais partamos..., partamos...
¡E adiós, paz e virtú, sempre querida!

DULCE SONO

Baixaron os ánxeles
Adonde ela estaba;
Fixéronlle un leito
Co'as pracidas alas,
E lonxe a levano
N-a noite calada.
Cando á y-alba d'o día
Tocou a campana,
E n-o alto d'a torre
Cantou a calandria;
Os ánxeles mesmos
Pregada-l as alas,
«¿Por qué, marmurano,
Por qué desperta-l-a?...»

* * *

—Espantada, o abismo vexo
Aonde camiñando vou...
¡Corazón... canto es tirano,
Y é profundo, meu amor!
Pois eu, sin poder conterme,
N'escoito máis que unha voz,
Y adonde ela quer que vaya,
Sin poder conterme vou...

—Hoxe, â noite, desque durman,
Sairei pol-o ventanil;
Daránme as sombras alento...
Y ¡adiós, casa onde nascín!
Honra que tanto estimei,
Santidade d'o meu lar...
¡Pol-o meu amor vos deixo
Para toda a eternidá!
¡Señor!... daresme castigo;
Q'o merezco ben o sei;
Mais... condéname, Señor,
Á sufrir á cabo de el!

* * *

—Para a vida, para a morte
E para sempre en jamás
Pedínte á Dios, e Dios douteme
Por toda unha eternidá.
Para a vida, para a morte
E para sempre en jamás
Quero ser vosa, e que séades
O meu señor natural.
—Mais a que así querer sabe
Non debe ter pai ni hirmán,
Nin home, si é que é casada,
Nin fillos, si acaso é nai.
—Espanta o que estás dicindo...
Mais eu sinto que é verdá;
Lévame, señor, que irei
Onde me queiras levar...
—Pois vente... ¿Qué importa o mundo
Á quen ten a eternidá?
Xuntos hemos de vivir,
Xuntos nos han de enterrar.
Y os nosos corpos aquí,

Y as nosas almas alá,
Quer Dios que en unión eterna
Estén pra sempre jamás...—
    Cal ô paxaro a serpente,
        Cal â pomba o gavilán,
Arrincou-n-a d'o seu niño
E xa nunca á el volverá.

N-A TOMBA D'O XENERAL INGLÉS

SIR JOHN MOORE

MORTO N-A BATALLA DE ELVIÑA (CRUÑA)

O 16 DE XANEIRO DE 1809

A miña amiga María Bertorini,
nativa d'o país de Gales

Cruña, 1871.

¡Cuán lonxe, cánto, d'as escuras niebras,
D'os verdes pinos, d'as ferventes olas
Q'o nacer viron!...; d'os paternos lares
D'o ceo d'a patria, q'o alumou mimoso,
D'os sitios ¡ai! d'o seu querer, ¡qué lexos
Viu á caer, baixo enemigo golpe
Pra nunca máis se levantar, coitado!
¡Morrer asín en extranxeiras prayas,
Morrer tan mozo, abandoná-l a vida
Non farto ainda de vivir e ansiando
Gustar d'a froita que coidado houbera!
¡Y en vez d'as ponlas d'o loureiro altivo
Que d'o héroe a testa varonil coroan
Baixar â tomba silenciosa e muda!...

¡Ou!, brancos cisnes d'as britanas islas;
Ou, arboredos que bordás galanos
D'os mansos ríos as ribeiras verdes,
Y os frescos campos donde John correra!
Si á vós amargo xemidor sospiro
Chegou de aquel que n-o postrer alento
Vos dixo ¡adiós! con amorosas ansias
Tornando â patria o pensamento último,
Que d'a sua mente se escapaba inxele,
¡Con qué pesar, con qué dolor sin nome,
Con qué extrañeza sin igual diríades
Tamén ¡adiós! ô que tan lonxe, tanto,
D'a patria, soyo, â eternidá baixaba!...

Y o gran sillón, a colgadura inmóvil
D'o para sempre abandonado leito;
A cinza fría d'o fogar sin lume,
A branda alfombra que leal conserva
D'o pé d'o morto unha sinal visibre;
O can q'agoarda pol-o dono ausente
Y o busca errante por camiños ermos;
As altas herbas d'alameda escura
Por onde el antes con solás paseaba;
O sempre igual marmoruxar d'a fonte
Donde el n-as tardes á sentarse iña...
¡Cál falarían sin parar de Moore,
Co'o seu calado afrixidor lenguaxe,
Os ollos ¡ai! d'os que por el choraban!
¡Xa nunca máis..., xa nunca máis, ¡ou, triste!
Ha de volver onde por el esperan!

Parteu valente á combatir con groria;
¡Parteu, parteu!..., e non tornou: q'a morte
Segou-n-o alí n-os extranxeiros campos
Cal frol que cai ond'a semilla sua
Terra no'atopa en que arraigar poidera.

Lonxe caíche, pobre John, d'a tomba
Onde co'os teus en descansar pensaras.
En terra allea inda os teus restos dormen
Y os que te amaron e recordan inda,
Mirando as ondas d'o velado Oceano,
Doridos din, desd'as nativas prayas...:
«¡Aló está el, tras d'ese mar bravío,
Aló quedou, quisáis, quisáis por sempre;
Tomba onde naide vai chorar, cobexa
Amadas cinzas d'o que nós perdemos!...»
Y os tristes ventos y as caladas brisas
Q'os mortos aman si lexanos dormen
D'o patrio chan, á refrescarte veñen
D'o vran n-a noite calorosa, e traen
Pra ti n-as alas cariñosas queixas,
Brandos sospiros, amorosos ecos,
Algunha bágoa sin secar, que molla
A dura pedra d'o mausóleo frío;
D'o teu país algún perfume agreste.

¡Mais qué fermosa e sin igual morada,
Lle coupo en sorte ôs teus mortales restos!...
¡Quixera Dios que para ti non fora
Nobre extranxeiro, habitación allea!...

Que n'hai poeta, ensoñador esprito
Non podrá haber, q'o contemprar n-outono
O mar de seca amarillenta folla
Q'o teu mausóleo con amor cobexa;
Que ô temprar n-as alboradas frescas
D'o mes de mayo as sonrosadas luces
Que alegres sempre á visitarche venen
Non diga: «¡Asín cando eu morrer, poidera
Dormir en paz n-este xardín frorido,
Preto d'o mar..., d'o cimeterio lonxe!...»
¡Que ti n'escoitas en jamás! ¡ou, Moore!
Choros amargos, queixumbrosos rezos,
Ni os outros mortos á chamarte veñen,
Pra que con eles n-a calada noite
A incerta danza d'os sepulcros bailes.
Sô dòce alento d'o cogollo que abre,
D'a frol que mucha o postrimeiro adiose,
Loucos rebuldos, infantiles risas
De lindos nenos q'a esconderse veñen,
Sin medo á ti tras d'o sepulcro branco.
Y algunha vez, ¡moitas quizáis!, sospiros
D'ardente amor q'o vento leva donde
Dios sabe sô... por sin igual compaña
Dichosos tés n-habitación postreira.
¡Y o mar, o mar, o bravo mar que ruxe
Cal ruxe aquél que t'arrolou n-a cuna,
Mora onda ti, ven á bicar as pedras
D'un chan d'amor que con amor te garda,
Y arredor teu deixa crece-l as rosas!...
¡Descansa en paz, descansa en paz ¡ou, Moore!

E vós q'o amás, d'o voso honor celosos
Fillos d'Albión, permanecé tranquilos.
Terra fidalga é nosa terra—tanto,
Cal linda Dios a quiso dar—; ben sabe
Honra facer á quen merece honra,
Y honrado así, cal meresceu, foi Moore
Soyo n'está n-o seu sepulcro; un puebro
Co'o seu respeto compasivo vela
Pol-o extranxeiro á quen traidora morte
Fixo fincar lonxe d'os seus, y á alleos
Vir á pedir o derradeiro asilo.

Cando d'o mar atravesés as ondas
Y o voso hirmán á visitar vayades,
Poñé n-a tomba o cariñoso oído;
E si sentís rebuligar as cinzas,
E si escoitás indefinibres voces,
E si entendés o que esas voces digan,
A y-alma vosa sentirá consolo.
¡El vos dirá q'arrededor d'o mundo
Tomba mellor que a q'atopou n'achara
Sinon d'os seus antre o amoroso abrigo!

* * *

I

Cal grasiosa brandeas
O teu corpo lixeiro,
Si bailas n-os estrados
Co aquel galán soberbo,
Brandea o norte âs ponlas
Xentís d'os ameneiros;
Y unha tras outra folla
De cor amarillento
Vai deixando, enredada
N-os teus rizos cabelos,
Triste coroa póndoche,
Tan mucha, Dios d'o ceo,
Como a que n-a alma tua
Pon o teu pensamento...
¡É que se vai o outono!
¡É que se vén o inverno!

Mas inda n-as fonduras
D'o ameno val, serenos

Sopran ventos soaves,
Que aromas trân d'o ceo.
Inda n-a farta beira
Cuberta de xilmendros
Por onde corre o Miño,
Maxestuoso e lento.
D'o vran s'oye o máis dòce
Sospiro derradeiro
Que alí quedou durmindo
Antre o romeu y o espriego,
Como quedou un rayo
De espranza n-o teu peito.

II

Mas á o que ten mal sino,
Mal sino o seguirá:
Q'as rápidas correntes
Non volven nunca atrás.
¿Qué esperas, si a esperanza
Caso de ti non fai?...

¡Adiante, pelegrina!,
Da fin á o teu romax,
Q'aunque o acabar non queiras
Aló t'han de levar
D'o teu mal fado as ondas
Y os fortes huracáns.

¡Que inda tés fe!... Terá-l-a,
Ña pobre, n-o teu mal,
Terá-l-a n-as espiñas,
Que te han d'atormentar;
N-a fel que pezoñosa
Sin sede beberás,
N-o pan amargo e duro
Que t'alimentará.

Nunca, d'o mar as ondas
Dòces se tornarán;
Nunca a tua sorte terca
Co'a dicha amainará,
Nin c'a ilusión t'alentes
D'un brando descansar;
Que sô o sono d'a morte
O triste dorme en paz.

Acaba logo, acaba,
O teu triste romax,
Q'o que en mal sino nace
Mal sino o seguirá.
N-as alas d'a disgracia
O teu destino vai,
Y as rápidas correntes
Non volven nunca atrás.

SIN TERRA

—¡Calade, ou, ventos nouturnos;
Cala, fonte d'a Serena,
Que alá por cabo d'as Trompas
Quero oir quén chega!

Calaron os ventos todos
Xurrou a fonte máis queda,
E vin que iban á enterrare
O corazón de ela.

Vina despois inda viva
Por campos e por debesas;
Mais iña para unha tomba
Pidindo terra.

Non a atopou, e por eso,
Amostra âs vistas alleas
Inda aquel corazón morto
A sua cangrena.

* * *

Para algúns, negro,
Para outros, branco;
E para todos,
Traspoleirado.

I

—Si es astuto si é que sabes.
Víngate d'as ofensas s'é que podes:
Á o que che sirva págalle,
Mais a quen non che dé, nunca lle dones;
Porque a moral d'os santos
Non reza sempre c'a moral d'os homes

Esto un gallego montañés e rudo
Farto de humillaciós e de rencores,
Ó agonizar lle aconsellaba á un fillo,
Herdeiro d'os seus mals e de seu nome.

II

—Sé inxenuo e leal sempre,
Perdoa á quen t'ofenda,
Fai ben decote á amigos y enemigos
Y, a porta franca, sin temor espera:
N'hai máis que un Dios y unha moral que salve
Á os tristes fillos de Eva.

Esto a probe viuda
D'o montañés, morrendo antre a miseria,
Resinada á o seu filo lle dicía...
Y á Dios o esprito lle entregou serena.

III

E fíxolle el as honras,
Mais tan sô con xemidos e con bágoas;
Crego non houbo ô rededor q'â probe
O enterro de limosna lle cantara.
N-un corruncho d'o adro
Onde as ortigas ásperas medraban,
Sin cruz, señal nin lousa,
Alí quedou perdida e sepultada;
E triste o fillo e soyo,
Tornou sañudo â solitaria casa.

«Meu pai doume un consello—iña pensando—
E miña nai doume outro;

E si ela tiña santidá e concencia,
Exprencia el tiña e sabidá d'abondo.
Son fillo de el e de ela;
Partirei, pois, a hirencia de dous modos:
¡Ña nai! fareille ben á quem me o fixo...;
¡Meu pai!, vinganza piden os teus osos.

TRISTES RECORDOS

Unha tarde alá en Castilla
Brilaba o sol cal decote
N-aqueles desertos brila:

Craro, ardoroso e insolente,
Con perdón de el, pois n'é modo
Aquel de queimá-l a xente

E secar con tales bríos
A probe inxeliña pranta,
A fonte e os sedentos ríos.

Unha tarde, ¡ou, qué tristeza
M'acometeu tan traidora,
Véndome en tal aspereza!

¡Adónde vín á parar!,
Pensaba mirando o ceo
Para a terra non mirar.

Por q'o ceo era, eso sí,
Un máis ou menos azul
Como o que temos aquí.

Mentras q'a terra ¡bon Dios!..
Señor, ¿posibre será
Que aquela a fixêxes Vós?

Mais ¿por qué extrañarme tal
Si as cousas que vos facés
Jamás as facedes mal?

Fixeches tan tristes llanos,
Mais fixécheos, Dios cremente,
Soyo para os castellanos.

¡Ai!, cada pomba ô seu niño,
Cada conexo ô seu tobo,
Cada y-alma ô seu cariño.

Aquesto me eu repetía
N-aquela tarde, recordo
De negra malencolía.

E namentras, contempraba
D'a igual extensa llanura
A terra que branqueaba.

D'o largo pinar cansado
A negra mancha sin término,
D'a vila o color queimado;

Y antre o chan y o firmamento
As nubes de denso polvo
Que iba levantando o vento.

¡D'o deserto fiel imaxe!:
Có o mesmo alento de brasa,
Có o mesmo ardente coraxe.

Ó lonxe o mular pasaba;
Viña a tourada máis preto;
A ovella enferma balaba.

E n-o xa queimado espiño
Fuxindo d'o sol ardente
Pousábase o paxariño.

¡Dios mío, qué ansia cativa!..
Pesaba en min a tristeza,
Cal si me enterrasen viva,

¡Lembranzas d'a terra hermosa:
Calmá c'a vosa frescura
As penas d'a alma chorosa.

Por que ese sedento río
Envolto en malinas brétemas,
Da callentura, da frío.

De pronto oín un cantar,
Cantar que me conmoveu
Hastra facerme acorar.

¡Era a gallega cançón,
Era o *alalá*!..., que fixo
Bate-l o meu corazón

Con un extraño bater,
Dòce como o ben amar,
Fero como o padecer.

De polvo e sudor cubertos
C'a fouce ô lombo, corrían
Por aqués campos desertos,

Un fato de segadores...
¡Y eran eles, eran eles,
Os meigos d'os cantadores!

¡Adiós, pinares queimados!
¡Adiós, abrasadas terras
E cómaros desolados!

Pechei os ollos e vin...;
Vin fontes, pradós e veigas
Tendidos á o pé de min.

Mais cando á abri-l-os tornei,
Morrendo de soidades,
Toda á chorar me matei.

E non parei de chorar
Nunca, hastra que de Castilla
Houbéronme de levar.

Leváronme para n-ela
Non me teren que enterrar.

* * *

D'aquí vexo os seus campos,
D'aquí vexo a sua casa, os seus nabals;
E si alá de soidás me consumía,
Hora de pena me consumo acá.

¡Voume!... Voume d'a aldea...
Pois mórrome sin el de soidás.
¡Cómo pode un, ¡Dios mío!, querer tanto
Ós que tan sô nos saben olvidar!

* * *

Meses d'o inverno fríos,
Que eu amo á todo amar:
Meses d'os fartos ríos
Y o dòce amor d'o lar.
Meses d'as tempestades,
Imaxen d'a delor
Que afrixe as mocedades
Y as vidas corta en fror.
Chegade, e tras d'o outono
Que as follas fai caer,
N-elas deixá que o sono
Eu durma d'o *non ser*.
E cando o sol fermoso
De abril torne á sorrir,
Que alume o meu reposo,
Xa non o meu sofrir.

* * *

I

Era n-o mes de mayo,
N-o mes d'o amor, d'as prantas e d'as frores,
Mes d'os soaves prefumes
Y os trasparentes côres.
D'os trinos matináis d'os paxariños,
D'as cándidas e frescas alboradas,
D'as pasaxeiras nubes,
E d'as tardes sorrintes e douradas.
Cando o mar está azul, o ceo sereno
Como o dormir d'un neno,
Mansos los ríos, altas las estrelas,
Máis desvaída á lua
Si tamén máis fermosa,
Có a aquela gracia sin igual que é sua,
Y era, en fin, cando todo n-esta vida
Sorrí os mortáis có a alegre, esprendorosa
Sorrisa virxinal d'a primadera
Que á amar y á ser dichoso-l os convida.

A todos... ¡ai!, quixera
Que así a sorte o fixera,
Mais algún hai que envolto n-a negrura
D'a sua propia tristura
Tan soyo ve, d'a primadera hermosa,
N-o sol morno e n-a rosa
Có o fresco orballo d'a mañán cuberta,
Un triste e mal agoiro que desperta
Pensamentos de loito e desventura.

II

Era n-unha mañán d'o mes de mayo
En que parés que os ánxeles cantaban,
Mentras mansa-l as brisas se queixaban
Con amoroso layo;
En que o rego ô pasar pol-as curtiñas
Non sei qué cousas marmuraba lene,
Y o voar d'as inquietas anduriñas
Que n-os aires chiaban,
Â vista d'os nubeiros sabidores
Venturas e contentos agoiraba;
Mañán de encantos chea,
Cal o esprito as desea
Cando espera e confía;
Mañán que chama á toda crás de seres
Á o pracer y â alegría,
Menos â triste alma,
Que dendes que é non sabe

Que é ter sosego ou calma,
Dónde a dozura d'o gozar comence,
Dónde a crudeza d'a delor acabe.

III

¡D'a Guarda, ánxel bondoso!
Q'as brancas alas paseniño bates
Ô rededor d'o acongoxado esprito,
Pra derramar en el santos consolos
Que nos trâs d'o infinito:
¿En dónde, en donde estabas,
Q'antre negros querbantos
Soya un alma tristísima deixabas?
¡Fe, Esperanza!, virtudes,
Origen d'as eternas beatitudes,
E que dendes rexiós máis venturosas
Vindes calmar as amarguras nosas.. :
¿Dónde estades, en dónde
Cando o que en vós confía,
Soyo, en loita co'as ansias d'a agonía,
Orfo, vos chama, e naide lle responde?

IV

Por aqueles que odiaba perseguido,
Pol-os que amaba odiado,
Un triste á dura sorte condenado
Contempraba d'o Cántabro a bravura

Con un ollar profundo,
Cal si tras de tan fonda sepultura
Entrevise as anchuras d'o outro mundo.
E con ánimo forte,
D'o líquido cristal hastra toca-l-o
En carreira chegou vertixinosa
Cal si a traisón d'o abismo misteriosa
Con forza extraña o conduxese â morte,

E dixo: —¡Vida, adiós!, ¡adiós, tormento,
Que con martirio lento
M'arrancache hastra os soños d'a esperanza!:
D'a desventura miña
Vou á crebar o brazo poderoso;
Alí donde n-hai dôr, nin hai mudanza,
¡E s'enterra a inquietude n-o reposo!:
E ti, mala pasión, que en min te cebas
E foches o meu Dios y o meu castigo,
¡Xa que me quês matar, morre comigo!—

Calou o triste: e inmensas, pavorosas
C'as suas crins espumosas,
Retorcéndose as ondas pol-a area
Incitando ô coitado
Á dar fin â pelea
Que houbera n-o seu peito encomenzado.

Mais un brando sonido
Fireu de pronto o contrubado oído

D'aquel ser desdichado...
Y escoitou asombrado
D'un invisible ser a fala hermosa
Que con branda e celeste melodía,
Soave e mainamente lle decía:

—¡Detente á o pé d'a orela
D'a tua vida, cobarde centinela:
Non queiras por fuxire d'o presente
D'a eternidade descorré-l os velos!
Aguarda á que a medida,
Con rosas ou con fel, henchas d'a vida;
Nin fagas que n-a tomba se derrame
Antes que Dios che a pida:
Que ninguén, fillo d'Eva
Ô fin s'ha de librar d'o seu penare
Anque â morte se astreva:
Despois d'atravesare
Os desertos inmensos d'o infinito,
Ô mundo volverías en esprito
Á sofrir, y o teu crimen á pagare.
As noites tras d'os días,
Sin descanso nin tregua
Apegado á aquel seo te verías,
D'o ingrato corazón vendo os batidos
Non por ti, mais por outros repetidos.
E n-aquel pensamento
Con impracable craridá leerías
A traiçón alevosa, o olvido amargo
Sin velo q'os crubir, nin finximento.

¡Ou, Dios, Dios poderoso!...
¡Qué tormento espantoso!...

—Ninguén torce o poder d'os seus destinos
Infaustos ou beninos;
Nin á ninguén lle é dado
Renegar d'o seu fado.
Sô vence quen espera...
Volve á vivir y espera resinado.—

E tornou á vivir, arrepentido
Anque triste e dorido,
Aquel probe coitado,
Pidindo a Dios perdón d'o seu pecado.
E Dios, compadecido,
Mandoulle santa paz e dòce olvido.

¿QUÉ TEN?

Sempre un ¡ai! prañideiro, unha duda,
Un deseo, unha angustia, un delor..
É moitas veces a estrela que brila,
Y outras tantas un rayo d'o sol;
É q'as follas d'os arbores caen,
É que abrochan n-os campos as frors,
Y é o vento que zoa;
Y é o frío, é o calor...
E n'é o vento, n'é o sol, nin é o frío,
Non é... que é tan sô
A y-alma enferma, poeta e sensibre
Que todo a lastima,
Que todo lle doi.

* * *

Ti, a feiticeira e branca coma as neves,
Y a linda antre as millores;
Ti, arrededor de quen, cal as abellas
A redor d'unha rosa andan os homes
(Xente q'o mesmo acaso q'as mulleres
É dada á toda crase de traiciones):
Non queiras en jamás, si es queridora,
Non dones en jamás máis que te donen;
Si é que te firen, miña prenda, ríte;
Si é que te engañan, meu amor, non chores.
Ve que pasou o tempo d'as Corinas
Y o máis q'hora se sofre,
Sô porque non se diga,
É rabiar canto un pode.
—¡Rabiar no máis..., dixera que mentides!
—Sí, sí, rabear ben forte;
Mais c'a rabia picante e aguilloeira
Que é salsa apetitosa d'as pasioes.
¿Qué fora, ¡ou, Dios!, sin os asentes feros
D'os estómagos probes?
D'os corazós d'o día,
¿Qué fora sin as rabias, meu amore?

RUINAS

(ARMONÍAS D'A TARDE)

Traducción de Ruiz de Aguilera.

Xa novembre expiraba
Cando cansado e sóo tomei asento
Á o pé d'o endebre muro,
Vella defensa e límite d'un puebro.
Pol-as abertas fendas,
Casa q'âs sabandixas abre o tempo
Hoxe o lagarto mira
Con fría ollada o estrago en torno feito,
Sin core a trepadora,
Ortiga vil e xaramago enfermo,
Cuyos muchos ramallos
Moven os aires ô pasar xemendo;
Coroan capiteles
O destrozado pórtico d'o tempro,
Que tende n-a campía
Antre polvo d'altares o esqueleto.
Xa n-o lare sagrado
Lume no encende a nai ô son d'un rezo,

E d'a tisnada pedra
A borralliña os ventos xa barreron;
E xa, d'os vellos arcos
E colunas as pedras van caendo,
Cal unha y outra bágoa
Cai d'os ollos d'un triste sin achego.
¡Cómo as muchadas follas
Se desprenden d'a ponla onde nasceron,
Restos d'aquela vida
Con q'a vista encantaba o souto ameno!
¡E cál amostra o río,
Caseque enxoite o empedregado leito,
Regueiro miserable
D'outro farto raudal, limpo e sereno!
¡Cál os outeiros arden
D'o sol d'outono ô lampo derradeiro,
Mentras sombrisa a noite
Vai caladiña os valles sorprendendo!
Bataladas ô lonxe
Da unha campana sospirando resos;
Y a tarde que agonisa
Mándalle â religión o adiós máis tenro.
Y o moucho revoando
Berra tamén con chilos agoreiros,
Coma morto sin tomba,
Que anda soyo ô redor d'un simeterio.
Cando as alas sacude,
A voz desperta de dormidos ecos
E parés que resoa
Tras d'o que pasa pensatible, austero,

O ruxir misteiroso
De visiós que en tropel forman os medos,
Pol-o chan arrastrando
Pardo sayal, os brancos esqueletos.
Ou ben que resucita
A pobración d'o seu reposo eterno,
Rendido pelegrino
Que cobra, descansando, novo alento,
Y a caminata emprende
Ô dòce amañecer d'un día sereno,
Que crube os seus albores
Baixo un de nubes pudoroso velo.
Mais acabase o encanto
Un momento despois; así os xa restos
D'as ilusiós mortiñas
Henchen d'a y-alma o dolorido seo.
Y hora outra ves, d'o muro,
Os cantos sin parar rodan desfeitos,
Y ô seu compás, as follas
D'as amarelas ponlas van caendo,
Cal unha e outra bágoa
Cai d'os ollos d'un triste sin achego,
Ou anacos d'a vida
Con q'a vista encantaba o souto ameno.
Todo así pasa; a sombra
Sigue decote â lus d'o craro ceo;
Y ¡ai!, a vellés caduca
D'a mocedá é recordo pasaxeiro.
Ti soyo non acabas,
¡Ou, esprito, que ximes n'un encerro!

Mais con man compasiva
A morte, ô fin, quebrantará os teus ferros.
  Quedará o fráxil vaso
D'a tua esencia inmortal, anacos feito,
E pol-os aires, ela
En busca irá d'o seu amor eterno.
  Â terra que perdiche
Voarás lixeira d'o manchado suelo
Q'as tuas alas tocaron
Ó pousarte d'o mundo n-o deserto
  N-el, ¡ai!, triste a recordas,
Como d'a sua os azulados ceos,
O probe desterrado
N-a beiriña d'os ríos extranxeiros.

* * *

Chirrar d'os carros d'a Ponte,
Tristes campanas de Herbón:
Cando vos oyo partídesme
As cordas d'o corazón.

Ceboleiras que is e vindes
D'Adina pol-o camiño:
Â veira d'o camposanto
Pasá leve e paseniño.

Que anque din que os mortos no oyen,
Cando á os meus lles vou falar,
Penso que anque estén calados
Ben oyen o meu penar.

A BANDOLINATA

C'a espada asesina
N-o peito encrabada,
O esprito n-a sombra
Y o corpo n-a lama,
Máis negra q'a morte,
Que a terra más baixa,
Bagullas de sangre
Chorando eu estaba.

De pronto antre o espeso
D'a brétama parda
Con rara armonía
Saiu unha cántiga...
¡Qué fresca e qué dòce,
Qué leve e qué extraña
Sonou n-as recónditas
Cavernas d'a praya!

Calmouse o meu dore
Cal sede, c'a y-auga,
D'o probe sedento

N-a fonte se calma.
N-os ollos detidas
Quedáronse as bágoas,
Namentras inmoble,
Suspensa, escoitaba.

De tempos remotos
De edades lexanas,
De noites sereas,
Pra sempre acabadas,
Aquel cantar tróuxome
Non sei qué lembranzas,
Non mortas..., dormentes,
¡Quén sabe en qué campas!

Coidara q'a oíra
N-os campos de Italia,
Sendo eu quizáis reina,
Quizáis sendo escrava,
N-a orela d'o Bósforo,
D'o pazo â ventana...
Mais sempre amor fondo
Sintindo n-a y-alma.

¡Qué extraños soñares
Se en min despertaran
D'o músico incónito
C'a sonora cántiga!
D'anteriores vidas,
¿Cáles recordanzas

Calmaron a dôre
D'as presentes ansias?

¿Quén pode deci-l-o?
Misterios d'a humana
Fráxil natureza,
Naide os expricara;
Sô sei que sintindo
Consolo n-a y-alma,
Amei dende estonces
A bandolinata.

* * *

Brancos virxes de cándidos rostros,
Varóns santos de frente serea,
Nobres matronas,
Monxas austeras,
Y ainda aquelas que parés que nunca
Tocaron c'as prantas
Os lodos d'a terra,
N-a concencia, ¿quén sabe, âs escondidas,
As manchas que levan?

Mais s'hai anchos ríos,
E mares imensas,
E lagos sin fondo,
E torrentes que arrancan as penas,
De este mundo n-os ámbitos todos
N-hai auguas que laven
Manchadas concencias;
Y aqués que se manchan,
Manchados se quedan.
¡Soyo as lavan as bágoas abondas
D'a penitencia!

VANIDADE

Algúns ricos entérranse ô probe
E algúns probes á grande se enterran,
Todos para distinguirse,
Y hastra ô morrer ter fachenda.
¡Vanidá, cánto vals antre os homes,
Que hastra as portas d'a morte penetras!
Mais desque cân n-o burato,
Todos iguales se quedan;
Y o polvo á o polvo se torna:
Y onde os vivos, a soberba.

* * *

Apresa, Álvaro Anido:
Vive moito en pouco tempo,
Espolea o teu cabalo
Y espoleándoc, revéntao.
¿Qué importa un nobre cabalo?
¿Qué importan dous nin trecentos?
O qué importa, Álvaro Anido,
E chegar cedo.

Vai desde un polo á outro polo,
Rexistra os antros térreos,
Monta n-a locomotora,
Sube n-os globos aéreos:
E có a centela recorre
D'o vacío o espazo imenso:
Es home, e cansarás, Álvaro,
Correndo e correndo.

* * *

Decides q'o matrimonio
É santo e bueno. Será-y-o;
Mais non casou San Antonio,
Por máis q'o mismo demonio
Tentou-n-o á facé-l o ensayo.

Celicios, cantos poder;
Penitencias, á Dios dar;
Mais santo no houbo, á meu ver,
Que d'os casados quixer
C'a pesada cruz cargar.

Nin os santos padres todos,
De quen tên tantos escritos
Y alabas de varios modos,
Quixeron n-aqueses lodos
Meter os seus pés benditos.

D'o direuto, d'o rivés,
Matrimonio, un dogal es:
Eres tentaçon d'o inferno;
Mais casarei..., pois... ¡n-o inverno
Non ter quen ll'a un quente os pés!...

* * *

Agora cabelos negros,
Máis tarde cabelos brancos;
Agora dentes de prata,
Mañán chavellos querbados;
Hoxe fazulas de rosas,
Mañán de coiro enrugado.
¡Morte negra, morte negra,
Cura de dôres y engaños!:
¿Por qué non mata-l as mozas
Antes q'as maten os anos?

* * *

—Premita Dios que te vexas
Cal as córbegas á rastro:
Q'a y-augua que á beber vayas
Che se volva xaramagos;
Que pidas e non atopes
Pousada, acougo ni amparo,
E que inda morto de fame
Quedes á o pé d'un valado.
—Praguea boca, praguea,
Mentras que eu me vou marchando:
Pragas de malas mulleres
Nunca lles cân á os soldados.

• • •

Teño un mal que non ten cura,
Un mal que nasceu comigo;
Y ese mal tan enemigo
Lévame â sepultura.

Curandeiros, ceruxanos,
Dotores en Medeciña...
Pra esta infirmidade miña
N'hai remedio antre os humanos.

Deixá, pois, de remexer,
Con concencia ou sin concencia,
Os libros d'a vosa cencia,
Pois para min n'a han de ter.

¿Q'o dudás? Duda non cabe
N-esto que digo dotores:
Anque pese, hai amargores
Que non pasan con xarabe.

¿Asañasvos porque digo
Verdás que sabés de sobra?
¡Pois á probar..., mans â obra:
Vede de curarme, amigo!

O meu mal y o meu sofrir,
Y o meu propio corazón,
Quitáim'o sin compasión!:
Despois ¡faceme vivir!

* * *

«Sarna con gusto non pica.»
O conto é sarna sin el;
Y o verdadeiro castigo
N-o máis fondo ha de doer.
Non é sufrir chorar sangre
Os pés de quen un quer ben:
De el vivir lonx'y olvidado...
¡Este sí que penar è!

* * *

«É verdade que ún pode
Ser pior ou millor;
Pero vir de bon tronco
Eso sempre foi bo.
  Teus pais eran xitanos,
E ti hoxe eres marqués,
Masque... que ô fin y ô cabo
Un ven de donde ven.
  Can fillo d'un raposo,
Que o teñan por leal:
Que si non come os pitos
É que non poderá.»

  Esto cantaba un cego
N-a feira d'a Asención,
E d'o seu cantar ríanse
Todos que era un primor.
  Y uns á os outros mirábanse
Cal querendo decir:
«Rásquese á quen lle proya,
Que esto non vai pra min.»

* * *

¡Fas uns versos...!, ¡ai, qué versos!
Pois cal eles non vin outros;
Todos empedreguilados,
E de cotomelos todos,
Parecen feitos adrede
Para lerse á sopramocos.

* * *

Tembra un neno n-o pórtico húmido:
D'a fame e d'o frío
Ten o sello o seu rostro de ánxel,
Inda hermoso, máis mucho e sin brillo.

Farrapento e descalzo, n-as pedras
Os probes peiños
Que as xiadas d'o inverno lañaron,
Apousa indeciso;
Pois parés que llos cortan coitelos
D'aceirados fíos.

Como can sin palleiro nin dono,
Que todos desprezan,
N'un corruncho se esconde, tembrando,
D'a dura escaleira;
E cal lirio se dobra ô secárese,
O inocente a dourada cabeza
Tamén dobra, esvaecido c'a fame,
E descansa co'o rostro n-as pedras.

E mentras que el dorme,
Triste imaxen d'a dôr y a miseria,
Van e vén ¡*á adoraren ô Altísimo*!
¡Fariseios!, os grandes d'a terra,
Sin que ô ver d'o inocente a orfandade
Se calme d'os ricos
A sede avarienta.
O meu peito co'a angustia se oprime.
¡Señor! ¡Dios d'o ceo!
¿Por qué hai almas tan negras e duras?
¿Por qué hai orfos n-a terra, Dios bueno?

Mais no en vano sellado está o libro
D'os grandes misterios...
Pasa a groria, o poder y a alegría...:
Todo pasa n-a terra. ¡Esperemos!

LIBRO CUARTO

D'A TERRA

* * *

De Galicia os cimiterios
Co'os seus alcipreses altos,
Co'os seus olivos escuros
Y os seus homildes osarios,
Todos de frores cobertos,
Frescos como os nosos campos,
Pol-as mañáns malencónicos
E n-as tardes solitarios,
Cando o sol poniente os baña
Co'o seu resplandor dourado,
Cheos d'un grande sosego,
Parés que nos din: «¡Durmamos!»
D'os vivos amigos sodes,
Mortos que alí téis descanso;
E nin os nenos vos temen
Ni a ninguén causás espanto.
Visítanvos cada día,
Falan con vosco rezando;
Augua bendita vos botan
N-a sepultura ô deixarvos...
Y ¡*Hastra mañán*!, se despiden
De vós para o seu traballo.

¡CALADE!

Hai-n-as ribeiras verdes, hai n-as risoñas prayas;
E n-os penedos ásperos d'o noso imenso mar,
Fadas de extraño nome, de encantos non sabidos
Que sô con nós comparten seu prácido folgar.

Hai antre a sombra amante d'as nosas carballeiras,
E d'as curtiñas frescas n-o vívido esprendor
E n-o romor d'as fontes, espritos cariñosos
Que sô á os q'aquí naceron lles dan falas d'amor.

Y hai n-as montañas nosas, e n-estes nosos ceos,
En canto aquí ten vida, en canto aquí ten ser,
Côres de brilo soave, de trasparencia húmida,
De vaguedade incerta, q'a nós sô da pracer.

Vós, pois, os que nasceches n-a orela d'outros mares,
Que vos quentás â llama de vivos lumiares,
E sô vivir vos compre, baixo un ardente sol,
Calá, si no entendedes encantos d'estos lares,
Cal, no entendendo os vosos, tamén calamos nós.

Miña casiña, meu lar,
¡Cántas onciñas
D'ouro me vals!

Vin de Santiago á Padrón
C'un chover que era arroyar,
Descalciña de pé e perna,
Sin comer nin almorzar.
Pol-o camiño atopaba
Ricas cousas que mercar,
Y anque ganas tiña de elas
Non tiña para as pagar.
N-os mesós arrecendía
A cousas de bon gustar;
Mais o que non ten diñeiro
Sin elas ten que pasar.
Fun chegando â miña casa
Toda rendida d'andar:
Non tiña n-ela frangulla
Con que poidera cear.
A vista se me barría,
Que era aquel moito aunar.
Fun â porta d'un viciño
Que tiña todo á fartar;
Pedinlle unha pouca broa
E non m'a quixo emprestar.

As bagullas me caían,
Que me fora á avergonzar.
Volvíme â miña casiña
Alumada d'o luar;
Rexistrei cada burato
Para ver d'algo atopar:
Atopei fariña munda
(Un puñiño á todo dar);
Vino n-o fondo d'a artesa,
Púxenme á Dios á alabar;
Quixen alcendé-l o lume;
Non tiña pau que queimar;
Funllo á pedir á unha vella:
Tampouco m'o quixo dar,
Si non era un toxo verde
Para me facer rabiar.
Volvín triste como a noite
Á chorar que te chorar;
Collín un feixe de palla,
D'o meu leito o fun pillar;
Rexistrei pol-o cortello
Mentras me puña á rezar
E vin uns garabulliños,
E fieitos á Dios dar.
¡Meu San Antón milagroso,
Xa tiven fogo n-o lar!
Arrimei o pote á o lume
Con augua para quentar;
Mentras escarabellaba
N-a cinza, vin relumbrar.

Un ichavo d'a fertuna...
¡Miña Virxe d'o Pilar!
Correndiño, correndiño
O fun en sal á empregar.
Máis contenta q'unhas páscoas
Volvín a porta á pechar,
E n-a miña horta pequena
Unhas berzas fun catar.
Con un pouco de unto vello
Q'o ben soupen aforrar,
E c'a fariñiña munda,
Xa tiña para cear.
Fixen un caldo de groria
Que me soupo que ¡la mar!;
Fixen un bolo d'o pote
Que era cousa de envidiar;
Despois q'o tiven comido,
Volvín de novo á rezar;
E despois que houben rezado
Puxen a roupa á secar:
Que non tiña fío enxoito
D'haber tanto me mollar;
Nantramentras me secaba
Púxenme logo á cantar
Para que m'oíran
En todo o lugar:

Meu lar, meu fogar:
¡Cántas onciñas
D'ouro me vals!

SOBERBA

Cor de promo, amontónanse as nubes,
Rodan lentas as ondas d'o mar;
E zoando con són pavoroso
Ven o huracán.

¡Qué cargado está o ceo e qué triste;
Qué escuro, qué negro, tornándose vai!
Encendamo-l a vela bendita,
Que hai tempestá.

Cabalgando n-as alas d'os ánxeles,
Por mandado de Dios correrán
As centelas que asombran ôs malos
Có o seu lostregar.

Nove follas de olivo queimemos
Porque alexen de nós todo mal,
Que nos libren de rayo e centela
Que nos matar.

O trisaxio cantemos en coro...
Incrináivos y á Dios adorai;
Pois si trona, é que quer recordarnos
Que é grande e inmortal.

¡Santo, santo!, din todos á unha
Fillos e nai...
Todos non: que ún, soberbo e sañudo,
Calado está.

Mais os tronos afunden os ceos
E cega d'os lóstregos o brilo fatal;
¡Ou, qué noite!... ¡Qué noite terrible
De tempestás!

El Señor está airado... ¡Incrinémonos!
¡Ei!, malvados d'a terra tembrái!
O que salvo esta noite saíre,
¡Que contar há!

—Ña nai, a vaca marela
Tembra, como vós, n-a corte:
¿Fixo algún pecado ela?
¿Virá un rayo á darlle morte?

—Si ela non fixo pecado,
Mal cristiano, ti o fixeche:
Que es pecador rematado
Mesmo dendes que nasceche.

—¿Y á probe vaca marela
Paga, decí, o que eu pequei?
—Pagas ti; morrendo ela,
Di, ¿con qué te manterei?

¡A PROBIÑA, QUE ESTÁ XORDA...!

«Alá enriba d'a montaña,
Sai fume d'as chamineas...
¡Valor, meu corpiño vello!
¡Leváime aló, miñas pernas!
Paseniño, paseniño
Aquí pára alí te sentas,
Irás chegando, Xuana,
Adonde as casas fomegan.
¡Dios diante, a Virxe che valla!:
Que hoxe, seica... seica... seica...
Has de comer sete cuncas
De bon caldo, có o d'a cea,
E máis compango de porco
Ou de sardiñas salpresas:
Q'os montañeses son homes
Que cando dan, dan de veras.
Dempois, quentaráste á un lume
Grande coma unha fogueira;
E cando xa estés ben quente,
Á dormir... e que amañeza!»

Y a vella vai sube, sube
A costa d'o mar d'ovellas
C'un ollo posto n-o chan
Y outro onde as casas fomegan.

Mentras tanto, o sol d'a tarde
Tras d'os pinares se deita
Y aluma con tristes rayos
As sombrisas arboredas;
D'os *Anxos* o val hermoso,
Sabán de verdor ostenta
Alá n-o fondo tranquilo
Que soaves brisas ourean;
Aquí fonte, alí regato,
A y-augua brila antre as herbas,
Color d'ouro: q'o postreiro
Rayo de sol fire n-elas.
Quieta, docísima calma
Arriba y en baixo reina;
A noite ven silensiosa,
Maina, pero sin estrelas:
Nin siquera unha relumbra
N-o firmamento; que espesa
Brétema tamén se corre
Pol-as llanuras etéreas.
Comenza a orballar; escuro
Todo arrededor, apenas
S'acerta o que o mais conoça,
Con camiño nin carreira;
Mais non importa por eso,

Q'o que é valente é de veras.
Y a vella vai, sube sube,
A costa d'o mar d'ovellas
C'un ollo posto n-o chan
Y outro onde as casas fomegan;
Que alí relumbra unha luz,
E vai direitiña á ela
Marmurando: «Arriba, Xuana;
Que ou me engaño ou terás festa.»

A experencia insiña á todos;
E ten a vella experencia:
Por eso non pensa mal
Pensando que arriba hai festa.

Un carballo arde n-o lume,
Y arredor d'o lar se sentan
Rapazas d'alegres ollos,
Abós de brancas guedellas,
Vellas que inda rompen mangas
E tocan as castañetas;
Os afillados que a dona
Y o dono tên pol-a aldea
Y os amigos y os cuñados,
Os curmáns y a parentela
Toda xunta, e máis o crego
Y o zuruxano d'as bestas.
Un cego c'a sua zanfona
En compaña d'outra cega
Que, si ben lle da ô pandeiro,

Fai falar as castañetas;
Un manco, un coxo, unha tola
Y outros probes, que se sentan
N-un tallo, para dez posto
N-un currúncho d'a lareira:
Y abofellas, máis non caben
Anque algún máis vir quixera.
Foran chegando, chegando
Máis de nove, olindo a festa,
Y á ninguén botou d'a porta
A rica d'a montañesa:
Que hai pra todos, o día
Que alí cocen, carne fresca
Por arroas, e se fan
Papas d'arroz en caldeiras.
Matose un carneiro, grande
Como un boi y unha tenreira
Como unha vaca e gordiña
Como unha cocha pequen
Hai viño á Dios dar, un viño
D'o Ribeiro que é canela;
E para a xente de *menos*
Hai-no-o tamén d'o d'a terra,
Un pouco agriño, mais fresco
E sabroso como fresas.
Coceuse unha gran fornada
De millo branco que albea,
Con mixtura de centeo
Y unha pouca de manteiga.
Parece biscoito a broa,

Y ún non se ve farto de ela;
Que inda é moito máis sabrosa
Q'os moletes que en tres cestas,
Escollidos, de Santiago
Trouxeron as panadeiras.
En fin, a comida roda
Pol-os pés; y o viño alegra
As xentes tanto, que rabia
De envidia a negra tristeza.
Os probes qu'alí viñeron
Y atoparon lume e mesa,
Contan contos que dan risa,
Así â mozas como âs vellas,
Uns en verso, outros en prosa,
Pois falan en todas lengoas
Y apostan antre eles todos
Á quén fai copras más feitas.
Mais o d'a zanfona gana;
Que lle apunta a compañeira
Y axúdalle o viño branco
Con q'a gorxa lle refrescan.

«¡Viva a cega! ¡Viva o cego!...»
De cando en cando lle berran,
Y el di, berrando máis forte:
«¡Vivan eles!... ¡Vivan elas!...;
Y a máis bonita de todas
Que veña á darm'unha prenda.
¡*Ju-ju-ru-jú*!»: Y aturuxa
Hastra ensordecé-l as pedras;

Y a cega dall'ô pandeiro
Y o cego toda n-as tecras,
Y ô compas d'o *zongue, zongue,*
De novo bailan as nenas;
E din os probes, botando
Leña n-o lar: «¡Esta é festa!;
¡Quén che hoxe andivera fora
Y á máis c'a tripa valdeira!...»
Y un ollo botan sorrindo
Á os feixes de palla fresca,
Onde han de dormir quentiños
Como rexós en caldeira,
Mentras fora zoa o vento
E ladran os cans n-as eiras.

Ya preto d'a media noite
Dan encomenzo as peleas:
Os mozos loitan c'as mozas,
Midindo as forzas que teñan
E no andan en comprimentos
Para botarse por terra.
¡Si as vírades qué valentes
Se amostran n-a loita as nenas!...
¡Fanlle ôs mozos cada magoa
C'as suas mans pequeneiras!...

—Un xa caiu... Foi un home...
¡Ela venceu, venceu ela!
¡Ben pol-a nena bonita!...
¡Que vivan as montañesas!

¡Que vivan, pois loitar saben!...
—¡Si fixo trampa!—el contesta,
Avergonzado—; foi trampa,
Que sinón, ¡nin cen coma ela!
—¿Qué trampa nin qué morcegos?..
Vencinte...
—Non.
—Sí.
—¡Me venzas!...
E mentras que n-esto están:
¡Plum!, ¡plum!, ¡plum!, dan c'unha pedra
N-a porta.
—¿Quén é?—preguntan.
—Son unha probiña vella
Que me perdín n-este monte...—,
Responde unha voz que tembra—;
¿Non me darán pousadiña,
Que está chovendo e lostrega?
—Vaya con Dios; xa ven tarde,
Non hai sitio—lle contestan.
—¿Qué di, señora? Son xorda
Como un canto..., miña prenda:
Ábrame a porta, que Dios
Llo pagará...
—Probe vella...:
Un poco adiante, pretiño,
Hai máis portas: chame n-elas.
—¿Qué di, señoriña? Mire
Que está unha noite moi fera,
E teño medo q'os lobos

Me cōman...
—¡Dios diante! ¡Seica!...
N'hai lobos aquí, ande, ande,
Vaya con Dios, que outra aldea
Hai preto.
—¿Qué dí, señora?
—Vaya con Dios, non sea terca,
Que aquí xa non caben máis
Nin probes nin ricos, ¡ea!
—¿Qué dí, ña filla?... Son xorda,
E non oyo aunque me fendan,
¡Brrr, qué frío, señoriña!...
Vosté que é tan limosneira
Déixeme entrar, y estarei
N-o cortelliño, onde as bestas.
¡Brrr..., que morro c'a friaxe!
¡*Quenja*!, ¡*quenja*!, ¡*quenja*!, ¡*quenja*!...
¡Qué tos..., Dios me valla..., brrr!...
¡Xa non podo máis!...
—Pois veña,
E si non ten onde pôrse
Brinque á cabalo d'artesa—
Falou a dona, que tiña
O corazón de manteiga.
—¡Dios llo pague, queridiña!
Xa topará a recompensa
N-o ceu... Abra, miña xoya...—
Excramou de pronto a vella.
—Logo n'é xorda, que oyeu—
Dixeron dentro, antramentras

Que quitaban o tranqueiro
D'a porta.
—¿Qué di, ña prenda?
Non lle oyo nada, mais teño
Moito sentido...
—¡Abofellas
Que non mente!... ¡Vaya, vaya!,
Adentro...
—Santas e buenas
Noites teñan mis señores...
¡Xesú, seica están de festa,
Q'hai moita xentiña xunta!...
D'hoxe n-un ano aquí os vexa;
¡Dió llos bendiga...; el Señor
Lles dé fertuna á mans cheas
E saudiña...
—¡Amén, amén!
—Busque un sitio n-a lareira
E quéntese...
—¿Qué me dixo?
Son xorda como unha pedra,
Y a máis non probei frangulla
Desde onte â noite, e n-as veas
Xa teño o sangre callado
Pol-o frío...—
Y antramentras
Que esto di, vaise arrimando
Ó lume moi compangueira
Có os outros probes, e fura
Por antre eles, por antre elas.

Brinca por riba d'o cego;
E que queiras que non queiras,
Sempre tembrando de frío
E xorda como unha pedra,
Según di, n-o mellor sitio
Con moita homildá se senta
Y arrima un mando de lume
Pra onde ela está.
—¡Ei, miña vella!
Mire q'hai máis que vostede
Aquí. ¡Qué comenenceira
Parece!...—lle di outro probe
C'unha cara de desteta-
nenos...
—¿Cómo di, meu fillo?...
Sorrindo reprica ela
Sentándose máis á gusto—:
Eu de calquera maneira
Me amaño; ¡que así n-o ceo
Me amañe el Señor...
—¡Bah!, seica
Quer facer mofa d'a xente...
¡Poche!, có o xuncras d'a vella!
Mesmo parece un espeto.
—¿Si quero un neto ña prenda?
Si m'o desen, inda pode
Que pouco á pouco o bebera,
Pois teño moita sediña,
E fame, e frío...
—¡Rabéa,

Can!, que non vin unha xorda
Máis fraca nin lagarteira.
¿É filla d'algún raposo?
—¿Que pille un oso?... D'a vella
Quérense rir... ¡Ai, Dios mío!
Pero a fame che é moi negra:
Tráyam'o se é que inda ten
Apegada algunha febra,
E irei-n-o raspando á modo
C'un canteiro que me queda.—

Todos riron c'a resposta
E...: —¡Inda nunca Dios me dera-
Dixo o cego—, que esa xorda
Sabe máis que eu, abofellas!
—Merece comer compango
E vous ll'o dar, miña vella;
Porque onde queira que a atopo
Gústame sempre a sabencia:
¡Coma, e fártese!... Aquí ten
Talladas e viño...; beba,
Beba pol-a miña conta
A salú d'as montañesas—
Dixo a dona, e doulle un plato
De callos como unha cesta
Â probe; e viño, e pan branco
Canto quixo; fartouse ela
Mesmo hastra que tuvo a tripa
Coma un pandeiro. Raventa
Por pouco...; mais o pelexo

Tiña duro, e nin siquera
Ll'arregañou, y ô outro día
Xa estaba tan peneireira.

—Coidado—lle dixo a dona
Cando se foi—: conta teña
De no volver por aquí
Mentras lle dure a xordeira.
—¿Qué di, miña queridiña?—
Respondeu rîndose a vella—;
Son mesmo como unha tapia,
E non ll'oyo anque me fendan.

XAN

Xan vai coller leña á o monte,
Xan vai á compoñer cestos,
Xan vai á podá-l as viñas,
Xan vai á apañá-l o esterco;
E leva o fol á o muiño,
E trai o estrume á o cortello,
E vai â fonte pou augua,
E vai á misa có os nenos
E fai o leito y o caldo...:
Xan, en fin, é un Xan completo,
De eses q'a cada muller
Lle conviña un pol-o menos;
Pero cando un busca un *Xan*,
Casi sempre atopa un *Pedro*.

Pepa, a fertunada Pepa,
Muller d'o Xan que sabemos,
Mentras seu home traballa,
Ela lava os pés n-o rego,

Cátalle as pulgas ô gato,
Peitea os longos cabelos,
Bótalles millo âs galinas
Marmura có o hirmán d'o crego;
Mira si hai ovos n-o niño,
Bota un ollo ôs manzanceiros,
E lambe a nata d'o leite,
E si pode bota un neto
C'a comadre, q'agachado
Traillo en baixo d'o mantelo.
E cando Xan pol-a noite
Chega cansado e famento,
Ela xa o espera antre as mantas,
Y ô vel-o entrar dille quedo:

—Por Dios, non barulles moito.
Que me estou mesmo morrendo.
—¿Pois qué tés, ña-mulleriña?
¿Qué hei de tere? Deita eses nenos;
Que esta *madre* roe en min
Cal roe un can n-un codelo;
Y ô cabo ha dare comigo
N-os terrós d'o simiterio...
—Pois, ña Pepa, toma un trago
De resólio que aquí teño,
E durme, ña mulleriña,
Mentras os meniños deito.—

De bágoas se henchen os ollos
De Xan ô ver tales feitos;

Mais non temás, que antre mil
N'hai máis q'un anxo antre os demos:
N'hai máis que un atormentado
Antre mil que dan tormentos.

O ENCANTO D'A PEDRA CHAN

Có o sono d'a inocencia
Que non turban remorsos d'a concencia,
Y a Virxen ô seu lado
Dormían os meus ánxeles n-a cuna,
Cando, âs furtadas, n-un sereno día,
Có o peito palpitante de alegría
Soya saín en busca d'a fertuna.

Iña tras d'un tesouro cobizado,
De todos iñorado,
Mais d'o que solasmentes eu sabía;
E n'era sô de prata, nin sô d'ouro,
Aquel sin par tesouro;
Que era, d'un canto apetecer podía.

Nunca eu fora nin rica nin dichosa
Y ô ver que para sel-o
Sô me faltaba o gordo d'un cabelo,
De seca espiña me tornara en rosa.
E como virxen pura
Que por primeira vez sinte a dozura

D'as inquietús d'o amor, así eu sentía
Que algo que en min dormía
Despertaba, chamándome â ventura.

Por eso, dando ô olvido
As penas que me houberan consumidc
Dendes de que nascera,
Vía a terra y o ceo côr de espranza,
Y ô meu redor, perene primadera.

¡Cál o sol relumbraba!
¡Qué mansamente marmuraba o río!
Y o paxariño voador cantaba,
Mentras que eu caminaba
Lixeira ô meu avío.

Tal como a neve, albeas,
As roupas y as marañas
Tendidas n-as silveiras y as montañas,
Xa en raro, xa as moreas,
Cal pinta branca nube o ceo sereno
Brilando ô sol pintaban o paisaje,
Como ningún ameno.

Cabo d'a ría n-a ribeira verde,
Á cál gana, á cál perde,
Xogaban os rapaces c'a onda escrava;
Á anxeliño tocaba
En un lugar veciño,

Y anque os pais d'o meniño,
Ô enterrá-l-o choraban que partían.
Compasivo-l os vellos
¡De cántas penas se librou!, decían.

En tanto os carros sin parar chirraban,
Mentras, ô seu compás, os carreteiros
Despaciosos cantaban;
Y aquí a fonte corría,
Alá n-unha canteira resoaban,
Metálicos, os picos d'os pedreiros.
Mais preto, os cans ladraban
Y antre a follax o vento rebulía
Indo d'as encanadas á os outeiros...
¡Cánta paz!, ¡cánto sol!..., ¡cánta alegría!...

¡Ô fin, sorte, cansache!
Y o quiñón que famenta me negache
N-a herencia d'os praceres,
Dándome sô o d'as ansias y as peleas,
Cal á aqués que ben queres
Hora darasm'o en gustos âs man cheas.»

Esto eu iba dicindo,
De dichosa cal no outra presumindo,
Mentras que caminaba
Tan contenta e segura
D'atopar a fortuna en que esperaba,
Cal sei que atopa á Dios quen o precura.

Antre buxos e silvas agachado
O encanto deseado
Estaba como merlo n-o seu niño,
Pol-o romor d'as auguas arrolado
D'o apartado muiño...
Eu din volta â debesa,
Pasei a corredoira d'a Codesa,
¡Y ô fin cheguei!..., y enriba d'unha lousa,
En donde â amañecida o corvo pousa.
Un nobre cabaleiro
C'a sua pruma enrisada n-o sombreiro,
E vestido de seda e pedrería
A estilo d'a treidora mourería,
Dou en chamarme arteiro,
C'un modo loumiñeiro
Que d'o ceo, non d'a terra, parecía.

¡El é!, dixen ô punto temerosa..
Mais o d'o encanto, afeito
Seica á tratar con damas dende antaño,
Sin que de verme s'atopase extraño
Dende lonxe chamándome sorría.

Y o ceo póndose foi de côr de rosas,
Mentras n-as carballeiras y encañadas
Sopraban unhas brisas repousadas,
Soaves e saudosas,
Cal promesas compridas y esperadas

Eu non sei qué sentía
Vendo que el en chamarme proseguia,

Pois antr'ansiosa y adusta,
C'unha valor que asusta,
Funme indo cabo de el, de gozo chea,
Cal palomiña vai tras d'a candea.

Tiña n-as mans un cetro adiamantado;
Bateu con el n-a laxe misteriosa
Que s'abreu, como se abre d'o granado
O froito sazonado:
E con voz armoniosa
E garrido sembrante,
«¡Vamos!—me dixo gasalleiro—; ¡adiante!»

E fun cal folla inxel vai c'a encalmada
Corrente, que primeiro asosegada
A arrastra n-as suas auguas cristaiñas
Pra darlle sepultura cariñosa
N-as orelas viciñas,
E que dempois a leva arrebatada
Pol-a negra enxurrada
Á os abismos d'a mare tormentosa.

¡Y entrei pensando penetrar n-o ceo!...
¿Por qué ten a maldade forza tanta?
Pois canto â vista encanta
E nos finxe o ardentísimo deseo,
Nunca farto nin cheo,
Alí os meus ollos viron; e prendados
Quedaron como nunca e namorados.

D'o tesouro escondido
O brilo e fermosura,
Á quén que fose de muller nacido,
Á qué mortal criatura
N'a houbera contrubado e seducido?

E n-a lumieira y antraberta porta
Sin astreverme, de primeiro ausorta,
Á vixiar d'a espréndida morada
Unha tras d'outra extensa galería,
Cal si quedase para todo morta
Menos para o que vía,
Excramei n-o supremo d'a alegría:

«Aquí, ¡Dios!, aquí as dichas d'o universo.
Sin voltas nin reverso:
Aquí o que á maxiñar nunca chegara
A comprida ventura;
¡Que nunca outra topara
Máis grande, nin máis santa, nin máis pura!»

Tal brasfemei, sin medo nin coidado:
¡Tola de min, cegábame o pecado!
Y aquel brilo que vía
Ó par que me alentaba a fantesía
Daba comprida fe d'o ben buscado.

Pensando que por sorte
Ó paraíso terrenal chegara

Y era verdade a dicha que soñara,
Sin me acordar d'a vida, nin d'a morte
Olvidando o pasado y o presente
Có o porvir xuntamente,
Soyo pensei en abarcar n-un punto
Aquel tanto ben xunto,
Iñorado d'a xente.

Có o poder d'o que pode, erguínme altiva
Sin coidar cánto a humana natureza
É falible e cativa;
E maxinando eterna fonte viva,
Tanta e tanta riqueza
Como ante min soberba se ostentaba,
Dixen seguindo ô hermoso cabaleiro:
—Xa que vos atopei tan lisonxeiro
Pra gozar logo d'o que é meu, decime
Por ónde debo encomenzar primeiro.

—Por onde vós querrás, reina e señora—
Contestou gasalloso
Có o seu falar gracioso—:
Que é voso canto aquí vos enamora;
Pero vós e máis eu antes bebamos
N-esta copa dourada,
Pol-os mals que nos deixan e deixamos,
Y os bês que nos sorrín dende a alborada
D'unha mañán d'abril nunca acabada.

—¡Pois bebamos!, ¡bebamos!—

Repetín eu, trubada e non de viño,
Sin que a sinal d'a crus antes fixese
Pra que ben me emprestase o que bebese...
Y hastra o líquido fresco e cristaiño
Os dous nos abaixamos
Y ambas bocas mollamos...

Nunca me olvidarei d'aquel momento
D'imensa dicha e d'infernal tormento;
Pois de dentro d'a copa
Saindo de repente
Unha y outra cabeza de sarpente
Contra min se volveno desatadas;
E todas xuntamente
Á un tempo asubiaron,
E n-as entrañas mesmas
O aguillón pezoñaso me encravaron.

Caín, caín ferida
E caseque sin vida,
E inda enriba de min, feras volveno
C'o seu mortal veneno
Unha y outra sarpente maldecida.

Cal brétema espallada
Pol-o Sur, n-a encanada
Dispareceu o lindo cabaleiro,
Y espesa nube de trebóns preñada,
Partindo d'a sombrisa Compostela,

Que n-o confín lexano se trasvía
Cal se trasvé n-a tarde morimunda
A raya sin fulgor d'a noite fría,
Veu contrubar a miña mente inxela.

Y alí enriba d'a lousa
En donde á mañescida o corvo pousa,
Atopeime de pronto, sin ventura,
D'as miñas dòces ilusiós despida,
Soya e probe cal n'outra criatura,
Envenenada, triste e malferida.

E non sei qué voz rouca marmuraba,
Có o vento que soaba:
«Coma ti, mal tesouro,
Que aquí deixou o mouro
E que a cubiza alaba,
Son os encantos todos terrenales:
Á tan grande pracer, tan grandes males.»

* * *

«Tanto e tanto nos odiamos,
Tanto e tan mal nos quixemos
Que por non verme morriche
E desque morriche, alento.
Mais hora tócame á min
Tamén marchar; e di ô crego
Que che perdone, pois logo
Á axuntarnos volveremos.
¡O crego volveuse tolo!
¡Xuntarnos!... Nunca máis, penso;
Que si ti estás ond'a Dios,
Eu penso d'ir xunto ô demo.»

Esto unha vella, viuda
E terca como un carneiro,
Falaba d'o seu difunto
Xa d'os bichocos comesto:
Y en tanto q'así falaba,
Tamén ela iba morrendo;
Mais din q'o difunto y ela
Se atoparon n-os infernos

Man á man e codo á codo
Como dous bôs compañeiros.

—¿Conque estás aquí?—lle dixo
Estonces a vella á o vello—;
Pois voume adonde está Dios,
Xa que ti estás onde o demo.—
E sin saberse por ónde
Colleu direitiña á o ceo;
Mais topou pechada a porta,
Que ll'a pechara San Pedro.

¡Prum!, ¡prum!; ¡abrí, que son eu!—
Falou a vella moi recio.
—¡Non hai!—respondeu o Apóstol
Apertando o tarabelo.
—Coidá que xurei n'estar
Onde el esté, meu San Pedro...
—¡Non hai!—repiteulle o Santo,
Índose inda máis adentro.
—¡Por vida d'as vosas chaves,
Que facés un bon porteiro,
E qué roncás!... Xa se ve...
¡Cómo estades satisfeito!...

Mais eu xureí e Dios manda
Que un cumpra os seus xuramentos.
¡A terceira vez!... ¿Abrides?
—Nin ás tres nin ós trescentos;
A muller vaya onda o home:

¡*Al infierno, anda al infierno*
Con el, por sempre en jamás!
—¡Poche!, meu santo San Pedro,
Que ben deixás conocer
Que andiveches sempre ceibo,
Que nunca foches casado
Nin n-a terra nin n-o ceo!
Todiña-l as comenencias
Para vós quixeches, ¡deño!
¿Y á min non me das ningunha?...
Pois ve que eu tamén as quero.
Si aló con cadea andiven,
En tel-a agora non penso;
Que todo c'a morte acaba
Según predican os cregos.
Unha ves nos separamos
Eu y o meu home; e por certo
Que foi pra sempre..., e está dito,
Pois son terca, si sois terco.
¿Que non me querés n-agroria?
Pois xurei non ir á o inferno,
Donde el está; y acabouse,
E n'hai que falar máis de esto.
¿Qué habés de facer de min?
¿Irei á o limbo d'os nenos?
¡Me vayas!, que xa estou de eles
Hasta a punta d'os cabelos.
—¡Caramba co'a a muller esta!
—Dixo enfadado San Pedro—,
Que si non fora por Dios...

—Bah, señor, deixavos de eso
E permitime que pase...
—Non, non e non. ¡Caramelos!
Fora d'aquí... E ¡pum!, botou-n-a
Direitiño cara ô inferno.
—¡Q'o xurei!: Xa o teño dito...—
Berraba a vella...—Non entro.
Señor, Señor... Sursum corda,
Aquí estou, y aquí me quedo.—

E quedouse, sí, quedouse;
¿Ónde? Non se sabe certo,
Nin si foi porqu'a o oíse Dios
Ou porque n'a quixo o deño.
Sô se sabe, ben sabido,
Que anda n-as alas d'o vento
Metendo medo ôs rapaces
N-as negras noites de inverno;
Encelando namorados,
Desfacendo casamentos,
Malquistando matrimonios...
¿Por qué n'a levou San Pedro?
Que hora anda ceiba e ben ceiba
Para meternos n-o inferno.
Poñélle a figa, mociñas,
Si querés ter casamento;
Q'onde ela esté, nin un home
Toparés para un remedio.

EN CORNES

I

¡Fermoso campo de Cornes!,
Cando te crubes de lirios
Tamén se me crube a y-alma
De pensamentos sombrisos;
De Cornes, lindo lugare,
Que cruzan tantos camiños:
Anque cuberto de rosas,
As rosas tamén fan guizos.

Antre as pedras, alelises,
Antre os toxos campanillas;
Por antre os musgos, vïolas,
Regos, por antre as curtiñas.
Río abaixo está o muiño;
Compostela río arriba...
Río arriba, ou río abaixo,
Todo é calma n-a campía.

Convidando á meditare,
Soan de Conxo as campanas;
Beben os bois n-o teu río;
Y o sol alegra a escampada.
D'as tuas casas terreñas
Sai fume; y os galos cantan...
¡Quén en tan fresco retiro
Dirá que as dôres fan lama!

Donde hai homes hai pesares;
Mais n-os teus campos, ña terra,
Maxino q'os hai máis fondos
Cando te amostras máis leda;
Porque eses trinos d'os páxaros,
Eses ecos y esas brétemas
Vaporosas y esas frores,
N-alma triste, ¡cánto pesan!

Pol-as silveiras errante
Vexo unha meniña orfa
Que triste vai marmurando:
—¡Ña Virxe, quén rosa fora!
—¿Por qué ques ser rosa, nena?—
Lle preguntei cariñosa:
Y ela contesta sorrindo:
—Porque no tên fame as rosas.—

Costa arriba, costa arriba,
Desandamo-l o camiño.
¡Fuxamos de este sosego

D'os pesares enemigo!
¡Qué negro contraste forman
D'a natureza o tranquilo
Reposo, co'as ansias feras
Que abaten o inxel esprito!

II

¡Cruceiro de Ramírez que te ergues solitario
D'os Agros n-a expranada, antr'as rosas d'os campos! :
O sol d'a tarde pousa en ti o postreiro rayo
Como n-un alma triste pousa un soño dourado.

Algunha vez n-o estío, eu ô teu pé sentada
Escoito silenciosa, mentras a tarde acaba;
Baixo d'as pedras mudas, que o teu secreto gardan
Maxino que resoa o brando són de un arpa,
¡Música incomprensible que d'outros mundos fala!

¡Tal de Memnon se oían ô amañecer n-a estatua,
Aqueles sóns divinos que as almas encantaban!

III

Ódiote, campo fresco,
Có os teus verdes valados,
Có os teus altos loureiros
Y os teus camiños brancos
Sembrados de violetas,
Cubertos de emparrados,

Ódiovos, montes suaves,
Q'o sol poniente aluma,
Que en noites máis sereas
Vin ô fulgor d'a lua,
Y onde en mellores días
Vaguei pol-as alturas.
E ti tamén, pequeno
Río cal no outro hermoso,
Tamén aborrecido
Es antre os meus recordos...
¡Por qué vos amei tanto,
E por qué así vos odio!

SAN LOURENZO

I

O mirar cál de novo n-os campos
Iban á abrochá-l as rosas,
Dixen: «¡En ónde, Dios mío,
Irei á esconderme agora!»
E pensei de San Lourenzo
N-a robreda silenciosa.

N-algún tempo aqués vellos carballos
Amostrando as suas raíces,
Calvas as redondas copas
Que xa de musgo se visten,
As tristes almas falábanlles
Tan soyo de cousas tristes.

O alciprés que dereito se asoma
D'o convento tras d'o muro,
Y o lixeiro campanario
Cuberto de herbas e musgo,

D'a debesa, có o cruceiro
Eran cintinelas mudos.

Y aquel Cristo que n-o arco de pedra
Abatido a frente incrina,
Soyo, cal si indo n-o Gólgota
Loitase co'as agonías,
Os corazós oprimidos
Resignación ll'infundía.

E si dentro d'o craustro deserto
E ruinoso penetrabas,
Nunca d'o olvido unha imaxen
Viras n-o mundo máis crara,
Nin de máis grande silencio
N-a terra vos rodearas.

N-o profundo d'a fonte escondida
Medraban con libertade,
Antre as silvas as violas,
Antre o buxo as dixitales,
Y a morte, ¡cál fora grata
N-aquel deserto lugare!

E por eso ô mirar cal n-os campos
De novo abrochan as rosas
Dixen: «¡En ónde, Dios mío,
Irei á esconderme agora!»
Y á o bosque de San Lourenzo
Me encamiñei silenciosa.

II

¿Ónde estaba o sagrado retiro?...
Percibín ruidos extraños,
Pedreiros iñan e viñan
Por aquel bosque apartado.
¡Era que unha man piadosa
Coidaba ôs desamparados!

D'unha ollada medín o interiore...
Todo relumbraba branco,
Cada pedra era un espello:
Y o vello convento un pazo
Cuberto de lindas frores...
¡Qué terrible desencanto!

¡Negra sombra anubrou de repente
Os meus ollos asombrados;
E máis que nunca abatida
Fuxín!... Que o retiro amado
Pareceume a y-alma limpa d'un monxe
Sumerxida n-os lodos mundanos.

Marzo de 1880.

LIBRO QUINTO

AS VIUDAS D'OS VIVOS

Y

AS VIUDAS D'OS MORTOS

¡PRA A HABANA!

I

Vendéronlle os bois,
Vendéronlle as vacas,
O pote d'o caldo
Y a manta d'a cama.
Vendéronlle o carro
Y as leiras que tiña;
Deixárono soyo
C'a roupa vestida.
«María, eu son mozo;
Pedir non me é dado;
Eu vou pol-o mundo
Pra ver de gana-l-o.
Galicia está probe,
Y â Habana me vou...
¡Adiós, adiós, prendas
D'o meu corazón!»

II

Cando ninguén os mira
Vense rostros nubrados e sombrisos,
Homes que erran cal sombras voltexantes
Por veigas e campíos.
Un, enriba d'un cómaro
Séntase caviloso e pensativo;
Outro, ô pé d'un carballo queda inmóvil,
C'a vista levantada hacia o infinito.
Algún, cabo d'a fonte recrinado
Parés que escoita atento o marmurío
D'a augua que cai, y exhala xordamente
Tristísimos sospiros.
¡Van á deixá a patria!...
Forzoso, mais supremo sacrificio.
A miseria está negra en torno de eles,
¡Ai!, ¡y adiante está o abismo!...

III

O mar castiga bravamente as penas,
E contra as bandas d'o vapor se rompen
As irritadas ondas
D'o Cántabro salobre.
Chilan as gaviotas
¡Alá lonxe!..., ¡moi lonxe!,
N-a prácida ribeira solitaria
Que convida ô descanso y ôs amores.
De humanos seres a compauta línea

Que brila ô sol adiántase e retórcese,
Mais preto e lentamente as curvas sigue
D'o murallón antigo d'o Parrote.
O corazón apértase d'angustia;
Óyense risas, xuramentos se oyen;
Y as brasfemias s'axuntan có os sospiros...:
¿Ónde van eses homes?
Dentro d'un mes, n-o simiterio inmenso
D'A Habana, ou n-os seus bosques,
¡Ide á ver qué foi de eles...!:
¡N-o eterno olvido para sempre dormen!...
¡Probes nais q'os os criaron,
Y as q'os agardan amorosas, probes!

IV

«¡Ánimo, compañeiros!
Tod'a terra é d'os homes;
Aquél que non veu nunca máis q'a propia
A iñorancia o consome.
¡Ánimo! ¡Á quen se muda Dio-ll o axuda!
¡Y anque hora vamos de Galicia lonxe,
Verés desque tornemos
O que medrano os robres!
Mañán é o día grande, ¡â mar, amigos!
¡Mañán, Dios nos acoche!»
N-o sembrante a alegría
N-o corazón o esforzo:
¡Y a campana armoniosa d'a esperanza,
Lonxe, tocando á morto!

V

Éste vaise y aquél vaise,
E todos, todos se van:
Galicia, sin homes quedas
Que te poidan traballar.
Tés, en cambio, orfos y orfas
E campos de soledad;
E nais que non teñen fillos
E fillos que non tên pais.
E tés corazós que sufren
Longas ausencias mortás.
Viudas de vivos e mortos
Que ninguén consolará.

¡OLVIDEMO-L OS MORTOS!

I

¡Profanemos d'o bosque as umbrías!...
Y ante estes mudos testigos,
O río, a fonte y os ceos
Que eu rompa os xa vellos vínculos.
D'o pasado correron as horas,
Sô Dios sabe antre qué abismos.
¡Non tornarán..., olvidemos!,
Q'a recordanza é un martirio.

II

Hai un niño de rosas silvestres
Cabo d'a fonte escondido,
Y un prado de herba trebiña
Alfombra o arredor sombriso.
Cal un tempo, rebuldan as brisas;
N-a fronda cantan os xílgaros,
As margaridas sorrinme,
Y oyo o marmurar d'o río.

III

¡Sin amar, cál é negra esta vida
E perde o sol o seu brilo!
¡Deixa que o sorbo postreiro
Beba d'o celeste viño!
Din que dorme o privado n-o leito
Ancho d'os fondos olvidos:
Ambos, pois, xuntos bebamos
De este bosque antre os espiños.

IV

¡Qué armonioso n-a altura resoa
O zoar ronco d'os pinos!;
Mais maxino que nos miran
Sereos dend'o monte arisco
E parés que travexo antre a brétema
N-as vaguedás d'o infinito
O perfil triste, emborrado,
D'os meus ensoños perdidos.
E que adustas me axexan as sombras
Tras de eses coutos e riscos,
D'os meus mortos adorados
E d'os meus delores vivos.
¡Mais no importa!: d'a antigua debesa
Profanemos os retiros...:
Séntate á o meu lado e díme,
Díme... o que tantas oiron.

V

Es garrido e lanzal y os teus ollos
N-os meus como estrelas fixos,
Dormentes, din q'o amor n-eles
Pousa o seu dedo divino.
Eu contémprote en tanto serea,
Dura coma os seixos fríos,
E d'o teu corazón conto
Os turbulentos batidos.
Faise a atmósfera densa ô redore...
¡Decote o mesmo camiño!
Como o seu cantar os páxaros
Tés, corazón, o teu ritmo:
Mais de bágoas s'inunda o meu rostro;
E d'a y-alma n-o máis íntimo
O hastío lento penetra
Como espada de dous fios.
¡Ea!, apártate lonxe..., non quero
Profanar este retiro
Nin pode o corazón tolo
Ser de sí mesmo asesino.
¡Sosegáivos, ñas sombras airadas!,
Que estou morta para os vivos.
¡Sagrado quedaches, bosque!:
¡Sin mancha ti, meu esprito!

¡TERRA A NOSA!

I

Baixo a prácida sombra d'os castaños
D'o noso bon país;
Baixo aquelas frondosas carballeiras
Que fan dòce o vivir;
Cabe a figueira d'a paterna casa,
Que anos conta sin fin,
¡Qué contos pracenteiros, qué amorosas
Falas se din alí!
¡Risas que s'oyen n-as seráns tranquilas
D'o cariñoso abril!
E tamén ¡qué tristísimos adioses
S'acostuman oir!

II

—Quen casa ten de seu, ten media vida;
Unhas telliñas para nos crubir,
Catro paus q'ardan n-a lareira nosa:
¡Y a traballar sin fin!

¡Valor, valor!: Y espera, desdichado
Mentras teñas aquí
Unhas paredes tristes e desnudas
Máis que herdache, infeliz,
E d'as que naide despoxarte pode.
¿Naide?... A miseria, sí.

III

O forno está sin pan, o lar sin leña;
Non canta o grilo alí
E si non é c'a pena que o consome
O probe soyo está c'o seu sofrir:
Sin qué comer e sin abrigo tembra,
Porque os ventos sutils
Húmedos inda, silban entre as pedras
Y as portas fan xemir.
¡Qué ha de facer, Señor, si o desamparo
Ten o redor de sí!...
¿Deixa-l a terra en que naceu y a casa
En que espera ter fin?:
¡Non, non!, q'o inverno xa pasou y a hermosa
Primadera vai vir!
¡Xa os árbores abrochan n-a horta sua,
Xa chega o mes d'abril!:
Y anque á torrentes chove en horas tristes,
En outras o sol ri;
Xa a terra pode traballarse: a fame
D'os probes vai fuxir.
¡Ai!, o que en ti naceu, Galicia hermosa,
Quere morrer en tí.

IV

¡Ou, miña parra d'albariñas uvas,
Que a tua sombra me das!;
¡Ou ti sabugo de froriñas brancas,
Que curas todo mal!;
Ou, ti, en fin, miña horta tan querida
E meus verdes nabals!,
Xa non vos deixo: q'as angustias negras
Lonxe de min se irán!
O vran chega cubríndovos de fruto,
Todos son ricos xa;
Os paxariños tên grau n-as campías,
Abrigo n-a follax:
As noites son tranquilas e serenas,
Craro é sempre o luar;
Por antre as tellas entran os seus rayos
Y hastra o meu leito van,
Y así durmo alumado pol-a lámpara
Que ôs probes lle luz da:
Lámpara hermosa, eternamente hermosa,
Consolo d'os mortals.

V

Esos varios sendeiros d'as montañas
A os fondos valles ân...
Aló enriba o *sun sun* d'os pinos bravos,
En baixo, a dòce paz;

N-a cima, crara luz, aires purísimos,
Salvaxen soledá,
Romores misteriosos que despertan
Pensamentos de brava libertá,
Prefumes penetrantes que deseios
Loucos y extraños dan;
En baixo, amante calma, cariñosas
Brisas que ô rebuldar
Por antre as follas, n-as suas alas traen
Romores de siudad,
Eco de algunha vos fresca e sonora
De timbre virxinal;
D'a campana d'aldea o cramoroso
Prolongado soar,
D'a presa d'o muiño o ronco estrondo
Y o batidor compás
D'a lavandeira que có os brancos liños
Contra unha pedra da.

VI

¡Sí, sí! Dios fixo esta encantada terra
Pra vivir e gozar;
Pequeno paraíso, este é un remedo
D'o que perdeu Adán.
Este prácido sol que nos aluma,
Estes aires d'o mar;
Este tempre soave, estas campías
Que non teñen igual;
Esta fala mimosa que nós temos,

De tan dòce solás,
Que non sabe decir sinon cariños
Que hastra os corazós van;
Esta terra, n'hai duda..., Dio-l a fixo
Pra ser amada e amar.
¡Ei Galicia, a que dorme soños d'ánxel
E chora ô despertar,
Bágoas que si consolan as suas penas,
Non curan os seus mals.

VII

Que te aman os teus fillos;... Que os consome
D'o teu chan s'apartar;
Que ximen sin consolo, si a outras terras
De lonxe á morar van;
Que aló está o corpo n-as rexiós alleas
Y o esprito sempre acá,
Que sô viven, sô alentan c'as lembranzas
D'o seu país natal
E c'a esperanza ¡c'a esperanza ardente!
De á Galicia tornar...
E ¡cómo n'adorarte de este modo,
Santa e querida nai!:
¡Cómo non morrer lonxe d'aquel seo
Que mel de meles da,
Y é groria y é contento e paraíso
N-o mundo terrenal!

VIII

¡Qué hermosa te dou Dios, terra querida,
Desdichada beldá! :
¡Qué brando e melancólico sosego
Sinto ô te contemprar!
¿Por qué, por qué antre as frores as espiñas
Entretexidas van,
N-esa coroa que a tua testa ciñe
De verdor eternal?
¡Ou, Galicia, Galicia! ; A arpa sonora,
Pronto, descolga xa
D'a seca ponla ond'olvidada dorme,
Dorme, á sigros contar;
Os bardos fillos teus a voz levanten
D'as cordas ô compás
Y henchan o mundo armónicas y altivas
Tan sô pra te alabar.

* * *

Tecín soya a miña tea,
Sembrei soya o meu nabal;
Soya vou por leña á o monte,
Soya a vexo arder n-o lar.
Nin n-a fonte nin n-o prado,
Así morra c'oa carráx,
El non ha vir á me erguer,
El xa non me pousará.
¡Qué tristeza! O vento zoa,
Canta o grilo ô seu compás...;
Ferve o pote..., mais. ¡Meu caldo!
¡Soiña te hei de cear!
Cala, rula: os teus arrulos
Ganas de morrer me dan;
Cala, grilo, que si cantas
Sinto negras soïdás.
O meu homiño perdeuse.
Ninguén sabe en ónde vai...
¡Anduriña que pasache
Con el as ondas d'o mar!
Anduriña, voa, voa:
Ven e díme en onde está!

* * *

Os manantiales sécanse,
Á os robres cânll'as follas;
Pero a tua y-alma é plena primadera:
Non viu máis que unha aurora.

Y en vano oyes d'o mundo,
En vano oyes d'a vida...
No apagará a tua sede o á outros beben
N-as auguas maldecidas.

Mais cando chegue a tarde d'o teu día
E chegue o teu outono,
Ven hastra a miña tomba paseniño,
E deposita n-ela os teus remorsos.

DÔR ALLEO N'É MEU DÔR

Uns magoan querendo consolare,
Outros o dedo afíncannos n-a chaga;
Mais o pior de todos é o traidore
Que repite ô ferirnos: «¡Todo pasa!»

Y a concencia tranquila,
Déixanos tan dichoso e tan sereno,
Entregados á un dôr que, se non mata,
Fai d'a vida un inferno.

Mais si o trance lle chega
D'o mesmo que magóa ser magoado,
Di que eterno cal Dios é o seu penare
E pon n-o ceo o lastimeiro layo.

* * *

—¡Como venden a carne n-o mercado
Vendeute o xurafás!
¡Pero qué importa ô fin que me vendese,
Si eu no o podo olvidar!
—Matoute á penas, sin piedá, e deixoute,
Deixoute o desleal.
—Pois olvidada morrerei e triste,
Que olvida-l-o... ¡non xa!
—Cal se pisan as herbas, el pisoute...
¡Ódiate!... ¿E no o odiarás?
—Anque me odie, e me pise, e me maldiza,
Heillo de perdoar.
—¡Mal haya a tua constancia, probe tola,
Y a tua lealtad!
Mais anque ti o perdones, Dios, que é xusto,
No o pode perdoar.

(*Un incrédulo, aparte,*
Sorrindo c'un sorrir de Satanás.)
—Fiádevos en Dios e non corrades
¡Dios!, ¿quén sabe s'o hai?

(*Unha vella que pasa.*)—Aquél que as fixo
Eu sei que tarde ou cedo as pagará.
(*Outro.*)—Âs escuras vamos,
Sin que sepa ninguén pra dónde vai.
Pero, cobre n-a man o que poidere:
Máis val ter en seguro que esperar.
(*Un bon.*)—Hai tantos homes
Como intenciós e pensamentos hai;
Pero dichoso aquél que inda morrendo
Ô que o matou lle pode perdoar.

* * *

Foi á Pascoa enxoita,
Choveu en San Xoan;
Á Galicia a fame
Logo chegará.
Con malenconía
Miran para o mar
Os que n-outras terras
Tên que buscar pan.

* * *

Non coidarei xa os rosales
Que teño seus, nin os pombos;
Que sequen, como eu me seco,
Que morran, como eu me morro.

* * *

Eu levo unha pena
Gardada n-o peito;
Eu lévoa, e non sabe
Ninguén por qué a levo.
Orelas vizosas
D'o Miño sereno,
Onde o paxariño
Ten o seu espello,
Y antre as margaridas
Pacen os cordeiros,
Vós soyas sabedes
O meu sentimento.
Cabo d'unha pena
Onde mana un rego,
Â sombra d'un pino
Manso e xigantesco
Que soberbo brama
Cando o move o vento,
Como n-un sepulcro
Dorme o meu sacreto;

Mais anque alí dorme
Vive en min desperto.
  Eu levo unha pena
Gardada n-o peito,
Tamaña, tamaña,
Bon Dios, que no a rexo.
¡Quén me dera, orelas
D'o Miño sereno,
Ser un d'aqués cómaros
Que en vós tên asento!
Sin medo e sin penas,
De vran e d'inverno,
Un sigro tras d'outro
Morara onde eu quero...
Co'a veiga por paço,
Co'o espaço por teito.

* * *

Meus pensamentos, ¡cál vo âs tolos...!
¿Adónde vâs?
¿Adónde? Adonde si eu non o digo,
Naide o sabrá.

D'a fonte á o río, d'o río â veiga,
D'a veiga á o mar.
¿Qué buscás, tolos?... Si eu no-no digo,
Naide o sabrá.

Meus pensamentos... ¿por qué perenes
Me atormentás?
¿Por qué îs decote, ¡ai!, si adond'ides
Naide o sabrá?

Cal palomiña buscás a chama
Que vos queimar...
Y a triste morte que vós teredes
Naide a sabrá.

VIVIR PARA VER

Marcháchete un día
Ti, aquél que eu quería;
Fuxiste d'a terra
Que tanta alegría
Y encantos encerra.
Dixeches: «María,
Máis dòce q'as meles,
Máis linda q'as frores;
Paloma sin feles,
Non chores, non chores:
Que ausencia envivece,
Non mata, n'esquece
Os dòces amores
Que a dicha axuntou.
¡Eu voume!..., mais si hora
Delor nos ofrece
Fertuna traidora,
Jamás te olvidara
Quen tanto te adora,
Quen tanto te amara.
¡Adiós, miña vida!

N-o peito escondida
Te levo, antretanto
Non torno á te ver.
¡Ti espera!, pois xuro
Por Dios sacrosanto,
Que si non morrer,
Aquí hei de volver.»
  Morrer, non morreche...
Y anque eu esperara...
¡Qué ben que compriche
Palabra que diche!
¡Amor que tiveche!
Que os anos pasaron,
As frores mucharon,
Os negros cabelos
En brancos tornaron;
E nunca máis, nunca,
¡Poder d'un querer!,
Quixeches volver...
Vivir para ver.

N'É DE MORTE

—¿Xa estás de volta, Rosa d'Anido?
Eu non coidara verte tan cedo.
Y as meigas todas contigo, Rosa,
Aló n-a vila seica andiveron,
Que de difunto tés a colore
Y a vista brava, y o falar seco.
—É que de pena, d'a terra lonxe
Pouquiño á pouco me iba morrendo;
Mais... colorosa me verás logo,
Que agora vivo porque te vexo.
—¡Tola de Rosa, có o que ela sai!
¿Inda t'acordas d'aqueles tempos?
—¡Sí, inda m'acordo!... ¿Cóm'olvida-l-os
Cando tan soyo sei pensar n-eso?
Bebemos xuntos n-aquela fonte,
Xuntos pousamos n-aquel portelo,
Herba collimos xuntos n-o prado,
E íbamos xuntos tomá-l o fresco
N-o mes d'agosto dendes q'a a lua
Branca saía tras d'os outeiros.
Estas lembranzas, ¡ai!, consumíanme,
De ti apartada, d'a terra lexos...

Pero e ti, dime, ¿non t'acordaches
E non t'acordas de todo aquelo?
—¿Ti qué me pides, rapaza, cando
Desmemoriado son como un deño?
Y ademáis, Rosa, diréicho todo,
Pra que non volvas á pensar n-esto:
Bebín co outras n-aquela fonte,
Pousei con outras n-aquel portelo,
¡Ai, e con tantas â luz d'a lua
N-o mes d'agosto tomei o fresco!...
Dime, meniña, si un home pode
Cargar con tantos recordos de estos,
E si non debe bota-l-os fora
Porque no estorben n-o pensamento.
Quíxete un día, quíxete, Rosa;
Mais di unha copra q'o amor y o vento
Des que fixeron o seu facido,
Vanse, rapaza, como viñeron.
¡E qué lle vamos á facer, Rosa,
Si aquestas cousas non tên remedio!
¡Adiós!, pra Habana domingo embarco;
Y anque hora chores, non teñas medo:
Que mal de amores n'é mal de morte,
Y ô fin y ô cabo pasa có o tempo.

* * *

¡Quérome ir, quérome ire!
Para dónde, non o sei.
Céganme os ollos a brétema,
¿Para dónde hei de coller?
N'acougo c'unha inquietude
Que non me deixa vivir;
Quero, e non sei o que quero,
Que é todo igual para min.
Quérome ir, quérome ire
Din algún que á morrer van;
¡Ai!, queren fuxir d'a morte;
¡Y a morte con eles vai!

* * *

O meu olido máis puro
Dérache si eu fora rosa;
O meu marmurio máis brando
Si é que d'or mar fora onda;
O bico máis amoroso
Se fose rayo d'aurora,
Si Dios... Mais ben sei que ti
Non qués de min nin a groria.

* * *

Medico, doille a cabeza...
Zuruxan, doille unha man,
Mais se é q'o esprito lle doi,
¿Qué menciña lle darás?
—Para infirmidás d'as almas
N-a terra cura non hai;
Pídelle á Dios que che a leve;
Quizáis n-o ceu sandará.

* * *

—Anque me des viño d'o Ribeiro d'Avia,
Todo-l os almibres e toda-l as viandas
D'as que os reises comen e n-o mundo haxa,
¡Ña madre querida!, non sei qué me falta.
Anque me trayades como un santo en palmas,
E que me poñades de toda-l as galas
E que me levedes â corte de España,
¡Ña madre querida!, non sei qué me falta.
Y anque me des ouro, y anque me des prata,
Diamantes y alxofres, pelras y esmeraldas
E canto hai n-o mundo, non me dades nada,
Porque, ¡ña madriña!, non sei qué me falta:
D'a esperanza hermosa cortáronme as alas,
E n'hai alegría si n'hai esperanza.

* * *

Dend-aquí vexo un camiño
Que non sei adónde vai;
Pol-o mismo que no o sei
Quixera o poder andar.
Istraitiño sarpentea
Antre prados e nabals,
Y ándoo feito, aquí escondido,
Relumbrando máis alá.
Mais sempre, sempre tentándome
Có o seu lindo crarear,
Que eu penso, non sei por qué,
N-as vilas que correrá,
N-os carballos que o sombrean,
N-as fontes que o regarán.
¡Camiño, camiño branco!
Non sei para dónde vas;
Mais cada vez que te vexo
Quisiera poderte andar.
Xa collas para Santiago
Xa collas para o Portal,
Xa en San Andrés te deteñas,

Xa chegues á San Cidrán;
Xa, en fin, te perdas..., ¿quén sabe
En dónde?, ¡qué máis me da!;
¡Que ojallá en ti me perdera
Pra nunca máis m'atopar...!
Mais ti vas indo, vas indo,
Sempre para donde vas,
Y eu quedo encravada en onde
Arraigo ten o meu mal.
Nin fuxo, non que anque fuxa,
D'un lugar á outro lugar,
De min mesma, naide, naide,
Naide me libertará.

N-O CRAUSTRO

Dábanse bicos as pombas
Voaban as anduriñas,
Xogaba o vento co'as herbas
Pobradas de margaridas,
Y as lavandeiras cantaban
Mentras a fonte corría.
Fóronse indo unha tras d'outra,
Y alí se quedou soiña,
Co'a triste frente incrinada
Cabe unha arcada sombrisa...
Estonces, non sei qué sombras,
Quizáis de memorias vivas,
Quizáis d'os frades difuntos,
Pasar en procesión mística
Veu n'aquelas soedades,
Que amaba canto temía.
Tembrou d'angustia e de pena;
E con amarga sorrisa,
Mirando ôs xasmíns sin follas
Que iban á brotar axiña,

Marmurou, mentras d'os ollos
As bagullas lle caían:
«Todo volve, todo torna,
Menos o ben que eu quería;
Todo, todo aquí se queda,
Eu soya vou de fuxida.
Non hei de vervos máis, frores,
Adorno de esas cornisas,
Nin á oír os teus marmurios,
Fonte q'a gozar convidas;
Nin á contemprarvos, pedras
Testigos d'a pena miña:
Outros virán profanarvos,
Mentras eu morro esquencida.»
Sonaron pasos n-as bóvedas,
Soprou unha forte brisa,
Oyeuse unha carcaxada
Cal si d'o inferno saíra:
Era o Trasno d'o convento,
Que recordando outros días,
Ríase d'as ansias negras
E d'a orfandá d'a meniña.

* * *

¡Cómo lle doi á y-alma,
Pero cánto lle doi!
De día nin de noite
Non para co'a delor.
¡Señor, vo-l a fixeche,
Señor, curai-n-a vós!
Y o corazón ferido,
Tamén ¡cánto lle doi!
Y eu ben sei que non pode
Sandar d'o corazón.
¡Señor, dáille descanso
N-a terra q'a criou;
¡Q'o polvo torne á o polvo,
Y o esprito á o ceu, bon Dios!

* * *

O sol fun quentarme,
Doume escallofríos,
Cal si o Norte bravo
Me arrastrase arisco.
Sentín unha gaita
D'alegre sonido,
Y os cabelos todos
Puñéronseme hirtos;
E tembrei, cal tembra
N-a beira d'o río
Herba que a corrente
Toca có os seus limos.
Miña, alma, meu corpo:
Meu corpo inxeliño;
Faivos mal a gaita,
Davos o sol frío.
Miñ'alma, meu corpo:
Se non é feitizo,
É q'a morte quêrme
Para o seu enxido.

* * *

Sempre pol-a morte esperas,
Mais a morte nunca ven,
¡Coitada! : ¿pensas q'as penas
Poden matar de unha vez?
Nunca, que son como o hético:
Tras de roer e roer,
Sô deixan un corpo cando
Xa non tên que comer n-el.
Cando a y-augua d'as penas
Se reverte n-a copa sin medida,
Soyo é remedio a morte
Para curar d'a vida.

¿QUÉ LLE DIGO?

—Eu volvo para a terra;
Â tua muller Antona, ¿qué lle digo?
—Pois pra non meter guerra,
Por que non veñan á petar conmigo,
Olvidarás que foches meu testigo.
O demáis...: Boi á libertade adoito...
Xa sabes o refrán, meu compañeiro:
A libertá primeiro,
E mellor que alá broa é aquí biscoito.
—Máis val aquí, como quen di solteiro,
Que casado e con fillos
Andar alá sudando aqueles millos...
¡Entendo, compañeiro!
—Que como poida se goberne Antona;
Y anque de ela me doyo,
Como de lonxe nada sei nin oyo...
Que non sabe nin ve... sempre perdona.
Cando xa vello sea,
Tornarei có os meus osos para a aldea:
Que algo ll'hei de levar â terra nosa;
Mais mentras mozo son, non pode sere,

Porque si é por mullere,
Si é q'Antona está alá, teño aquí á Rosa.
—Esa che é a naido d'o año,
Bon Antón de Riaño:
Pero en verdad che digo
Q'as mulleres son todas o enemigo
E xa que esto así o sea,
Antre a nosa y a allea
Mais ou menos graciosa,
Pois... muller por muller, val máis a nosa.
—A nosa é quen nos quer e nós queremos;
Que si falta o cariño
Coidando que unha pomba tés n-o niño,
Unha cóbrega tés, filla d'os demos.
—Â cóbrega a cabeza se lle esmaga
E co'a sua vida paga;
¿Mais d'Antona a pacencia
Con qué lle paga, díme, a tua concencia?
¿Qué cura d'o seu dôr a fonda llaga?
—Déxate de concencias e delores,
Que non teñen lugare
Tratando de mulleres e d'amores;
Que ela vexa, se quer, de se curare;
E cóntalle que cando eu o tivere
Xa lle darei con qué se precurare
Y agora, ¡adiós! ¡hastra que Dios quixere!

* * *

Teño un niño de tolos pensamentos,
Onde o lar escondidos,
E dès que ven a noite
Y o lume está alcendido
Y arrimo o pote y á fiar me sento
N-aquel meu corrunchiño:
Mentras que quence o caldo, estonces dígolles:
«¡Vinde, meus queridiños!»
E corren e rebuldan
Tan contentos de estar soyos comigo,
C'a sua nai, c'a sua dona,
Seu único agarimo.
E ¡cánto alí falamos en sacreto,
E sempre de el, Dios mío!
De el, que por irse alá... soya deixoume,
Có o corazón ferido.
¡Cántas tristezas! ¡cántos
Queixumbrosos sospiros
M'atormentaron! ¡Cántos,
D'o meu peito saíron!

Pero todo en secreto:
Que esto á ninguén llo digo,
Non foran á pensar que marmuraba
D'os feitos que el me fixo.
¡Eu marmurar de ti con xente allea!...,
Nunca, meu queridiño:
Que ti es meu home, eu tua muller, e debo
Calar a miña dôr y os teus desvíos.
Sô có os meus locos pensamentos falo
Porque son meus amigos,
E tan discretos, tanto,
Que sô din o que eu quero e lles premito.
Sin eles, meu Xaquín, ¿qué de min fora?
¿Soya aquí, donde un tempo houben contigo
Estalara de dôr, tal como estalan
N-o lume eses espiños?
Moitas veces, sí, moitas...
Pra non deixarme descansar, ¡rabizos!,
Hastra o meu leito veñen,
E donde ti dormiche fan o niño;
Mais eu, tal coma agora
Pra non chorar á fío
E non ter que levar mañán de cedo
Os ollos como brasas alcendidos
Cando vaya á o mercado,
Séille decir: «¡Endinos!,
Non m'atormentéis máis; ide á escondervos
N-o voso buratiño.»
E despídoos de paso
Con un amante bico...

Mais si llo dou á eles ese beiso,
É para ti tan sô, Xaquín querido.
¡Volve, volve onde á min, porque anque diga
Que consolada vivo
Con esos loucos pensamentos, ¡seica,
Seica m'axudan a morrer, Dios mío!
Xaquín, Xaquín, que de muller nasciches,
E que d'outra muller tiveches fillos!,
¡Ai, cal teu pai sin túa nai morrera...
Vé que morro sin ti, Xaquín querido!

BASTA UNHA MORTE

Cala, can negro, no oubees
Â porta de quen ben quero:
Corvos: non voéis por riba
D'o sobrado onde está enfermo;
Có o teu resprandor, *compaña*,
Váite, non lle poñas medo.
Se é que queres q'alguen morra,
Eu sei d'un san que contento
Por el déravo-l a vida
E irá con vosco á os infernos.

AS TORRES DE OESTE

A y-agua corría
Pol-o seu camiño,
Y eu iba á o pé de ela
Preto d'os Laiños,
Sin poder co'as penas
Que moran conmigo.

Con tamaña carga,
¿Para dónde eu iba?
A Virxe sabrá-y-o,
Que eu no-no sabía;
Mais seica fuxindo
De min mesma iña.

Por antre os herbales,
Profunda e sombrisa,
Cal unha sarpente
De escamas bruñidas,
Brilaba ôs meus ollos
Dándome cobiza.

¡Estaba tan soya!
Nin bote, nin lancha,
Nin velas, nin remos
A vista alegraban;
E soyas as veigas
Tamén se quedaran.

¡Qué bonitas eran
N'outro tempo as rosas
Que n-aqueles campos
Medran e se esfollan!
Mais muchas estonces
S'amostraban todas.

Y o sol, cal a lua
En noite de brétema,
Brilaba tembrando
Por antre as vimbieiras,
Tan descolorido
Coma a mesma cera.

Y ô ferir as ondas
Revoltas y escuras,
Víanse n-o espeso
D'a negra fondura
As herbas mariñas
E longas que a surcan.

De pronto unha y outra
Poñéndome medo,

As loitosas cruces
Se m'apareceron,
Que se erguen n-a orela
Cal n-un cimiterio.

—Meu ben, ¿ónde moras?—
Perguntei chorando:
Xa que ti morreche,
¿N-o mundo, qué fago
Coma vós, ¡ou Torres!,
Soya e sin amparo?

Soidás me consomen,
Bágoas m'alimentan,
Sombras m'acompañan,
Cómeme a tristeza.
¿Quén pode con tanta
Fartura de penas?

Y eu non sei qué negra
Tentación maldita
M'afrixíu o esprito,
M'anubrou a vista,
E sorriúme como
Me o demo sorrira.

Dende a fonda orela
Mirei arredore...
A marea viva
Petaba n-as Torres,

Orfas antre a líquida
Sabán que as envolve.

—¡Alá vou!—lle dixe:
Dáime morte dòce,
Auguas onde as penas
Para sempre dormen!...—
Saltei... y a corrente
Calada levoume.
... ...
... ...
... ...
¡Ou, Torres de Oeste!;
¡Malas tentadoras
Auguas apromadas,
De calma treidora!
Cómaros pelados
Onde o corvo pousa!

¡Ou, Torres de Oeste!
Tan soyas e mudas:
¡Cál vós atentaches
A miña tristura!
¡Ninguén triste vaya
Cabo de vós nunca!

D'os desamparados
Tendes o menaxen,
E inda ô redor voso
Non resorde o aire,

Como si temese
De vós despertare.

É d'as que se apegan
A tristeza vosa;
D'as q'o peito oprimen,
D'as abrumadoras,
Que á o inferno encamiñan
As almas loitosas.

Que si inda estou viva,
Foi que un mariñeiro,
Medio morimunda,
Por estes cabelos
Tróuxome d'as ondas,
Á o mundo en que peno.

Non vayades nunca,
Eu vó-l o aconsello,
Ás Torres de Oeste
Có o corazón negro.

¿POR QUÉ?

—Escoitái: os algoasiles
Andan correndo a aldea;
Mais ¿cómo pagar, cómo, si un non pode
Inda pagá-l a renda?
Embargaránnos todos, que non teñen
Esas xentes concencia, nin tên alma.
¡Quedaremos por portas,
Meus fillos d'as entrañas!

¡Mala morte vos mate
Antes de que aquí entredes!...
D'os probes ô sentirvos,
¡Os corazós, cál baten tristemente!

—María, se non fora
Porque hai un Dios que premia e que castiga,
Eu matara eses homes
Como mata un raposo á unha galiña.

—¡Silencio! ¡Non brasfemes,
Que este é un valle de lágrimas!...
Mais ¿por qué algúns lles toca sufrir tanto
Y outros a vida antre contentos pasan?

* * *

De soidás morríase
N-a vila, sospirando pol-a aldea;
Asombrábana as casas có os seus muros,
Y asombrábana as torres y as igrexas.

As ruas enlousadas somellábanlle,
Sin verdor nin frescura,
Cimeterio onde os mortos
Fora andaban d'as tristes sepulturas.

Y as comidas sabíanlle
Á fariña sin sal y á xaramagos,
Y as poucas que tocaba,
En vez de darlle alento a iñan matando.

Algunha vez chegaban hastra ela,
Non sei si en ilusión, si de verdade,
Uns agrestes olidos
De lejanas ribeiras e pinares.

Iñase estonces á sentar n-un alto;
Contempraba os extensos horizontes,

E rompendo en sospiros que a afogaban,
Ronca excramaba saloucando: «¡Eu vóume!»

¡E íñase aprèsa e sin remedio!... ¡Íñase
Co'a tristeza mortal que a consumía!
¡Íñase a probe Rosa,
Pero... ¡para a outra vida!

* * *

Pois consólate, Rosa:
Que moito ten que padecer n-a vida
Quen moito de ela goza;
Y olvidada ha de ser quen foi querida.
O que á ti che pasou, pásalle á todos.
De esa *maneira* ou de distintos modos.
¿Non t'acordas d'aquéla?
Todo n-ela era encanto e fermosura,
Todo inocencia pura;
E con fonda ternura
E c'un amor que as pedras abrandaba,
Eu decote a chamaba
Pomba sin fel e fonte de cariño.
Bebía n-o seu peito o paxariño,
¡Tan branco, relumbraba!
Y olor, color, sabor que eu ben sabía
O que sabía Anxela,
Anque n'inda á cheira-l-a m'astrevía...,
¡Todo ôs meus ollos era santo n-ela!
Esto n-un tempo foi, tempo dichoso,
Q'inda o corazón lembra cariñoso,

Porque despois d'aquelo
E que un d'outro vivimos apartados,
Ela índose á Ferrol y eu á Cambados,
Topámonos n-a feira d'o Campelo;
Y eu busca que te busca na sua cara,
E n-o seu xeito todo,
O encanto que n-un tempo me encantara,
E no o puiden topar de ninguén modo.
Y ela era a mesma, tan lanzal y hermosa,
Tan fresca e colorosa
E dòce coma a mel d'os seus cortizos;
Mais á tantos feitizos
Eu estaba insensibre:
E d'o pasado en vano perseguía
Un voluble fantasma que fuxía
Libre d'amor e de cadeas libre.
Meditei un momento;
E con certo remorso e sentimento
O cabo comprendín, ña Rosa cara,
Que tanto ben y encanto que namora,
Nada para min fora
Si aló cando eu a amara
Outros o meu amor non lle emprestara.
Porque non val sabencia,
Bondade, fermosura n'inocencia,
Pureza nin virtude,
Para ser ben querido e ben querere,
Porque basta có o sere.
Mentras o amor non mude,
Si es fea como a ti n'habrá mullere

De mayor xentileza e mellor pranta;
Si es infame e perdida, serás santa
D'as q'o son sin quere-l-o parecere;
E si es boba e sin sal, é que escondida
Tés a esencia y a gracia bendecida,
Dentro d'un misterioso relicario
Donde sô o amante cego e visionario
A esencia atopa y o elixir d'a vida.
Mais desque o amor quere voar, ña prenda,
E que lle cai a venda,
Forza é deixa-l-o ire:
Que n'hai virtude nin poder que o prenda,
Y o que antes nos mirou tras d'unha nube
Ou trasparente gasa,
Dès que a gasa se rompe y a nube pasa,
Rosa, val moito máis que no nos mire.

CO'A PENA Ô LOMBO

¡Cántas frores silvestres n-os valados,
Qué festós e qué encajes
Primorosos de musgos e verdura!;
¡Qué colorido, qué follax n-os arbores
Mentras as brisas mansamente corren,
Coma alento d'os ánxeles!
Reina n-a veiga un prácido sosego;
Cai a luz n-os regueiros en cambiantes,
Y cómaro y cañada soavemente
Van quebrando o paisaxen,
Lixeiramente envolto n-os vapores
D'a misteriosa tarde.
Sô se sinte o piar d'o paxariño,
O marmurar d'as auguas;
En n-a cima d'o monte o cantar triste
D'unha muller que pasa,
Mentras có o seu marmurio o manso rego
N-aquel ritmo monótono a acompaña.
¡Qué tristeza tan dòce!
¡Qué soidá tan prácida!

Mais para un alma en orfandá sumida,
¡Qué soidá tan deserta e tan amarga!
Sin mira, fixa os ollos
N-as brétemas leixanas,
Vaporosas e leves
Que o sol pinta de grana,
Y as mans en cruz, y os ollos
Arrasados en bágoas,
Marmura saloucando: «¡Quérome ïre,
Porque agonizo aquí desconsolada!...
Millor que acá antre rosas
¡Ai!, ¡quero ir á morrer adonde el vaya!»
E n-o fondo d'o barco
Soiña, abandonada,
Tras seu amor y a morte, para América,
Para morrer de dôr, á o mar se lanza.

TAN SOYO

Os dous, d'a terra lonxe
Andamos e sufrimos, ¡ai de min!
Mais ti tan soyo te recordas de ela,
Y eu, de ela e máis de ti.
Ambos errantes pol-o mundo andamos
Y as nosas forzas acabando van;
Mais ¡ai!, ti n-ela atoparás descanso,
Y eu tan soyo n-a morte o hei d'atopar.

VOCABULARIO

A

A = la
as = las
á = a (preposición)
â = a la
âs = a las
abella = abeja
abofellas = en verdad
abonda = en abundancia
abós = abuelos
abrochar (las flores) = arrojar el botón
acañar = agobiar de necesidad o escasez
acorar = afligir, acongojar
achegar = allegar
achego = ayuda, acto de allegar
adiante = adelante
agarimo = amparo, arrimo
alumar = alumbrar
ameneiro = álamo
anaco = pedazo
anduriña = golondrina
ano = año
año = cordero
apousar = posar
aqués = aquellos
area = arena
arrecender = dar olor
arrinquei-n-o = lo arranqué
asente = ajenjo, amargo
asubiar = silbar
atopar = encontrar
aunar = ayunar
avafar = echar el vaho
axexar = acechar

B

Bágoas = lágrimas
bagullas = lágrimas
bataladas = golpes del badajo, campanadas
bater = batir
beira = vereda, vera
berce = cuna
berrar = gritar
bicar = besar
bimbieira = de bimbios; mimbres en castellano
bolo = bollo
bois = bueyes
bos = buenos
botar = echar

brétema = niebla
broa = borona
bulrón = burlón
burato = agujero
buxo = boj

C

C'a = con la
cadea = cadena
cadelo = moneda de cobre; perro pequeño
cai = cae
caixa = caja
calar = callar
cala's = calláis
campaña = conjunto de ciertas flores inclinadas hacia abajo
can = perro. Can no se usa en castellano
cân = caen
candea = candela
caravel = clavel
cativo = pequeño, raquítico, encogido
carraxe = inquietud, impaciencia
caseque = casique
cativo = ruin, pequeño
cedo = pronto
ceibo = suelto, soltero
ceo, ceu = cielo
cerello = guiñapo; embrollo
cinza = ceniza
co'o = con el, con lo
cobexar = cobijar
cobiza = codicia
cóbrega = culebra
coidar = creer, suponer
coitelo = cuchillo
coller = coger
collin = cogí
coma = como
cómaro = pequeña elevación de terreno inculto
comenenceira = amiga de su conveniencia
comesto = comido
compango = lo que acompaña en la comida al caldo y se toma con pan después de aquél (carne, huevos, etc.)
compangueira = que hace buenas migas con todos, que compagina
compaña = luces nocturnas (fuegos fatuos), que los supersticiosos toman por procesión de brujas
cortello = pocilga de cerdos, pequeña cuadra
cortiña = terreno labrantío cerrado sobre sí mismo
cortizo = cubete de corcho para sal o para enjambre de abejas
cor = color
cores = colores
corruncho = rincón
cotomelo pequeña elevación, bulto
conto = coto
cova = cueva
crás = clase
crebar = quebrar
crego = clérigo
croque = ruido que se pro-

duce al chocar un palitroque en la cabeza
crubir = cubrir
curmán = primo carnal
curtiñas = como cortiñas

Ch

Chaga = llaga
chama = llama, verbo y llama del fuego
chamar = llamar
chan = suelo
charamuscas = chispas que saltan de la leña
chave = llave
chavellos = dientes grandes y desiguales
che = te, a ti
chegar = llegar
chilar = chillar
chorar = llorar
chuchona = chupadora

D

D' = de
debesa = dehesa
decote = de continuo, siempre
deitar = acostar
deixá = dejad
deixárono = dejáronlo
deño = demonio
derradeira = última
detidas = detenidas
dez = diez
di = dice
diaño = demonio
din = dicen
dixen = dije
doente = doliente
doer = doler
dono = dueño
dor = dolor
dores = dolores
doum'a = me la dió
doya = duela (verbo doler)
doyo = duelo (verbo doler)

E

E = conjunción ante consonante
e' = él es
el = él
ela = ella
eles = ellos
elo = ello
enloitada = enlutada
enxoito = enjuto
enxurada = concurrencia de aguas llovedizas que, por las materias que arrastran, se utilizan para abono
ermo = yermo
es = eres
escoitar = escuchar
esmagar = aplastar
esquencer = olvidar
estadea = como compaña
estivada = terreno cuya broza se cava y quema para sembrar en ella

estrume = abono estercoráceo hecho por el labrador
eu = yo

F

Fado = hado
faivos = os hace
falar = hablar
falla = falta
fan = hacen
fariña = harina
farrapo = harapo
farto = harto
fas = haces
fazulas = mejillas, especialmente las carnosas
feitiño = bonito, bien acabado
feitizo = hechizo
feito = hecho
feixe = haz
fel = hiel
fero = fiero. Daño, agresión del dolor
fiar = hilar
fieito = especie de helechos
filla, o = hija, o
fío = hilo, filo
fixeches = hiciste
fixo = hizo
folla = hoja
fomegar = humear
fono = fueron
frade = fraile
frangulla = migajas
freba = hebra, filamento
friaxen = frialdad
fume = humo
fun = fui
furtar = hurtar
fuxir = huir

G

galo = gallo
grau = grano
grilo = grillo

H

Hedra = yedra
hencher = llenar
hirtas = yertas
hoco = hueco
hoso = hueso
hoxe = hoy

I

inda = aun
indo = yendo
inxel = más delgado que lo común
iñan = iban
íñase = íbase

L

Lampo = carro cuyas ruedas no tienen llanta férrea

lar = donde se enciende la lumbre en la cocina
lareira = piedra sobre la que se pone la leña para que arda
layar = lamentar, quejar
layo = lamento, quejido
leda = alegre
leito = lecho
lembrar = recordar
lene = blando, suave
levar = llevar
levano = llevaron
lixo = corpúsculo, mota
loitar = luchar
lonxe = lejos
lostregar = relampaguear
loureiro = laurel
lua = luna
lume = lumbre
laxe = losa
lle = le

M

Máa = mamá
magoar = lastimar
maino = tranquilo, manso
mais = pero
máis = más
malfadada = malhadada
man = mano
manciña = manita
mantelo = delantal aldeano sujeto a la cintura con broches; cubre-refajo
mantenta = con mano sostenida; adrede
marmurano = murmuraron
medrano = medraron
meiga = bruja
mel = miel
merlo = mirlo
meu = mío, de mí
millo = maíz
miña = mía
moito, muito = mucho
monear = dar cabezadas de sueño
molete = pan de mollete
mollar = mojar
morno, a = tibio, templado
morrer = morir
mortás = mortales
moucho = mochuelo
mucha = mustia
mucharse = ponerse mustio
muiño = molino
munda = mondada, monda

N

N- = en
Nadal = Navidad. A diciembre le fechan *nadal*
nai = madre
naiciña = madrecita
neto = medida de un cuartillo
ninguén = nadie
niño = nido
noite = noche
nós = nosotros
noso, a = nuestra, a; nuestro, a
nosco = con nosotros

Ñ

Ña = mía, de mí, como miña

O

O = el, lo
ô = al, a lo
os = los
ôs = a los
olido = olor grato
ollada = ojeada
ollo = ojo
onte = ayer
orela = orilla
orfo, a = huérfano, a
oso = hueso
ou = o (conjunción)
ovella = oveja

P

Pai = padre
palla = paja
parés = parece
parruma = niebla
paseniño = pasito a paso
pau = palo
pé = pie
pechar = cerrar
pechadura = cerradura
peiño = dim. de pie
peito = pecho
peitear = peinar
pelexo = pellejo
pelouro = peladilla de río, piedra redondeada
pena = peña, pena
penedos = peñascales
peneireira = bullanguera
petar = llamar a la puerta
petei = llamé
pitos = pollitos
pol-a = por la
pol-o = por lo
pomba = paloma
póndoche = poniéndote
ponla = rama
poñer = poner
poñe-l a figa = poner el pulgar entre otros dedos como señal supersticiosa de conjuro contra los maleficios
porvir = porvenir
praga = plaga, maldición
praguear = invocar un daño contra el enemigo, maldecir
preguiza = pereza
preto = cerca
proya = torta de pan
puxeron = pusieron

Q

Q' = que
quen = quien
quencer = entrar en calor, calentarse a la lumbre
quentar = calentar
quer = quiere, querer
ques = quieres
quiñon = cerdo

R

Ran albariña = chicharra
ralo = cárabo (insecto)
rato = ratón
ratiño = dim. de ratón
rebuldar = diablear, enredar
regato = arroyuelo
remexer = revolver
remorso = remordimiento
resolio = aguardiente con azúcar y canela
rexer = estar recio, fuerte
rexo = robusto
rexós = chicharrones
romaxe = romería
roxa = roja
rula = tórtola

S

Sabrá-y-o = lo sabrá
sabugo = saúco
sai = sale
sair = salir
salla = salga
salpresas = envueltas en sal
saloucar = sollozar
san = sano
sân = salen
seica, seique = sé que, acaso, tal vez
seixo = piedra blanca y dura que forma picachos
seo = seno
serán = fresco grato de las tardes, noche de verano
será-y-o = lo será
silva = zarza
silveira = zarzal
sô = sólo
soidades = soledades, tristeza de ausencia lejana
soiño = dim. de solo
somellaban = semejaban
son = soy
sono = sueño
sorrir = sonreir
soyo, a = solo, a

T

Tallada = tajada
tallo = banquillo de madera para una sola persona
tarabelo = cerrojillo, pasador
tea = tela
teito = techo
tel-a = tenerla
telliñas = dim. de tejas
ten = tiene
tên = tienen
tenro = tierno
teño = tengo
ter = tener
terá = tendrá
tés = tienes
teu = tu, de ti, tuyo
ti = tú
tiña = tenía
tiven = tuve
tolo, a = loco, loca
topar = hallar, encontrar
toxo = tojo, planta silvestre

trân = traen
traspoleirado = v a r i o, cambiante
trebiña = dim. de treba, que es tiniebla
trebón = golpe fuerte de lluvia
tua = tuya

U

Un = un, uno
unha = una
uns = unos

V

Vafo = vaho
vaise = se van
val = vale
val = valle
valado = valladar, cerramiento de piedras sin cal ni barro, muy común en el campo
valdeiro = vacío
valla = valga
vanse = se van
vello, vella = viejo, a
vellés = vejez
ven = viene
veñen = vienen
vés = vienes
veu = vió; él vino
vexa = vea
vexo = veo
viches = tú viste
vin = vine
vinde = venid
vindes = venís
viño = vino (bebida)
vir = venir
virán = vendrán
viron = vinieron
voar = volar
volveno = volvieron

X

Xa = ya
Xan = Juan
xaneiro = enero
xeito = modalidad
xiada = la helada
xiar = helar, fenómeno atmosférico
xílgaro = jilguero
xiña vaxiña = en seguida
xogar = jugar

Y

Y = conjunción ante vocal
y = partícula eufónica en *a y-alma, sabrá-y-o, será-y-o*, etc.

Z

Zanfona = instrumento músico teclado, que se lleva y usa colgado al cuello
zugar = chupar.

INDICE

	Páginas
DEDICATORIA	7
PRÓLOGO DE D. EMILIO CASTELAR	9
DUAS PALABRAS D'A AUTORA	27

LIBRO PRIMERO

VAGUEDÁS

D'aquelas que cantan âs pombas y âs frores...	37
Ben sei que non hai nada	37
Tal coma as nubes	38
Diredes de estes versos, y é verdade	39
¡*Follas novas*!, risa dame	40
¿Qué pasa ô redor de min?	41
Algúns din ¡miña terra!	41
Alá, pol-a alta noite	42
¡Paz, paz deseada!	43
Unha vez tiven un cravo	44
Cando un é moi dichoso, moi dichoso	45
Haxe ou mañan, ¿quén pode decir cándo?	46
Xa nin rencor, nin desprezo	47

Páginas

Aquel romor de cántigas e risas..... 48
Á un batido, outro batido..... 50
Cando era tempo d'invierno..... 50
Mais vé que o meu corazón..... 51
Có o seu xordo e constante marmurio..... 52
Ando buscando meles e frescura..... 53
¡Silencio! 54

LIBRO SEGUNDO

¡D'O ÍNTIMO!

¡Adiós! 57
Grilos e ralos, rans albariñas..... 59
Cál as nubes n-o espacio sin límites..... 60
Rico ou probe, algún día..... 61
N-a Catredal 62
¡Corré, serenas ondas cristaiñas..... 66
Cada noite eu chorando pensaba..... 68
Ti onte, mañan eu..... 69
Deixa que n-esa copa donde bebes..... 70
Bôs amores 71
Amores cativos 72
Abride, as frescas rósas..... 73
De balde 74
¿Quén non xime?..... 75
Ladraban contra min que camiñaba..... 77
¿Por qué, miña almiña..... 79
O toque d'alba..... 81
¡Mar!, c'as tuas auguas sin fondo..... 83
Cava lixeiro, cava 84

Páginas

Cando penso que te fuche..... 85
A ventura é traidora..... 86
Lévame á aquela fonte cristaiña..... 87
O pazo d'A..... 88
N-o ceo, azul crarísimo..... 89
A xusticia pol-a man..... 90
Dios puso un velo enriba..... 92
Tas-tis, tas-tis, n-a silenciosa noite..... 93
Amigos vellos 95
Mayo longo..., mayo longo..... 97
Lua descoorida..... 98
¡Qué prácidamente brilan..... 99
Extranxeira n-a sua patria..... 101
¡*Padrón*!... ¡*Padrón*!... 103
Pasade 107
¿Por qué, Dios piadoso..... 108
¡Soya! 110

LIBRO TERCERO

VARIA

N'hai peor meiga que unha gran pena..... 113
Vamos bebendo 120
Un verdadeiro amor é grande e santo..... 121
Non cantes, non chores, non rías, non fales.... 121
¡Adiante! 122
¡Nin as escuras!..... 123
Xigantescos olmos, mirtos..... 125
Cada cousa n-o seu tempo..... 127
Cabe d'as froles a nena..... 128
Pelouro que roda 131

	Páginas
A disgracia	132
¡E ben! Cando comprido	135
Sin niño	137
Eu por vós, e vós por outro	138
¡Valor!, que anque eres como branda cera...	141
Dulce sono	142
Espantada, o abismo vexo	143
Para a vida, para a morte	144
N-a tomba d'o xeneral inglés Sir John Moore.	146
Cal grasiosa brandeas	151
Sin terra	154
Para algúns, negro	155
Tristes recordos	158
D'aquí vexo os seus campos	163
Meses d'o inverno fríos	164
Era n-o mes de mayo	165
¿Qué ten?	171
Ti, a feiticeira e branca como as neves	172
Ruinas	173
Chirrar d'os carros d'a Ponte	177
A bandolinata	178
Brancas virxes de cándidos rostros	181
Vanidade	182
Apresa, Álvaro Anido	183
Decides q'o matrimonio	184
Agora cabelos negros	185
Premita Dios que te vexas	186
Teño un mal que non ten cura	187
«Sarna con gusto non pica»	189
É verdade que ún pode	190
¡Fas uns versos...!, ¡ai, qué versos!	191
Tembra un neno n-o pórtico húmido	192

Páginas

LIBRO CUARTO

D'A TERRA

De Galicia os cimiterios 197
¡Calade! 198
Miña casiña, meu lar 199
Soberba 202
¡A probiña, que está xorda...! 205
Xan 217
O encanto d'a pedra chan 220
«Tanto e tanto nos odiamos 229
En Cornes 233
San Lourenzo 237

LIBRO QUINTO

AS VIUDAS D'OS VIVOS
Y AS VIUDAS D'OS MORTOS

¡Pra a Habana! 243
¡Olvidemo-l os mortos! 247
¡Terra a nosa! 250
Tecín soya a miña tea 256
Os manantiales sécanse 257
Dôr alleo n'é meu dôr 258
¡Como venden a carne n-o mercado 259
Foi á Pascoa enxoita 261
Non coidarei xa os rosales 261
Eu levo unha pena 262
Meus pensamentos ¡cál vo âs tolos...! 264
Vivir para ver 265

	Páginas
N'é de morte	267
¡Quérome ir, quérome ire!	269
O meu olido máis puro	270
Medico, doille a cabeza	270
Anque me dés viño d'o Ribeiro d'Avia	271
Dend-aquí vexo un camiño	272
N-o craustro	274
¡Cómo lle doi á y-alma	276
O sol fun quentarme	277
Sempre pol-a morte esperas	278
¿Qué lle digo?	279
Teño un niño de tolos pensamentos	281
Basta unha morte	284
As Torres de Oeste	285
¿Por qué?	290
De soidás morríase	291
Pois consólate, Rosa	293
Co'a pena ô lombo	296
Tan soyo	298